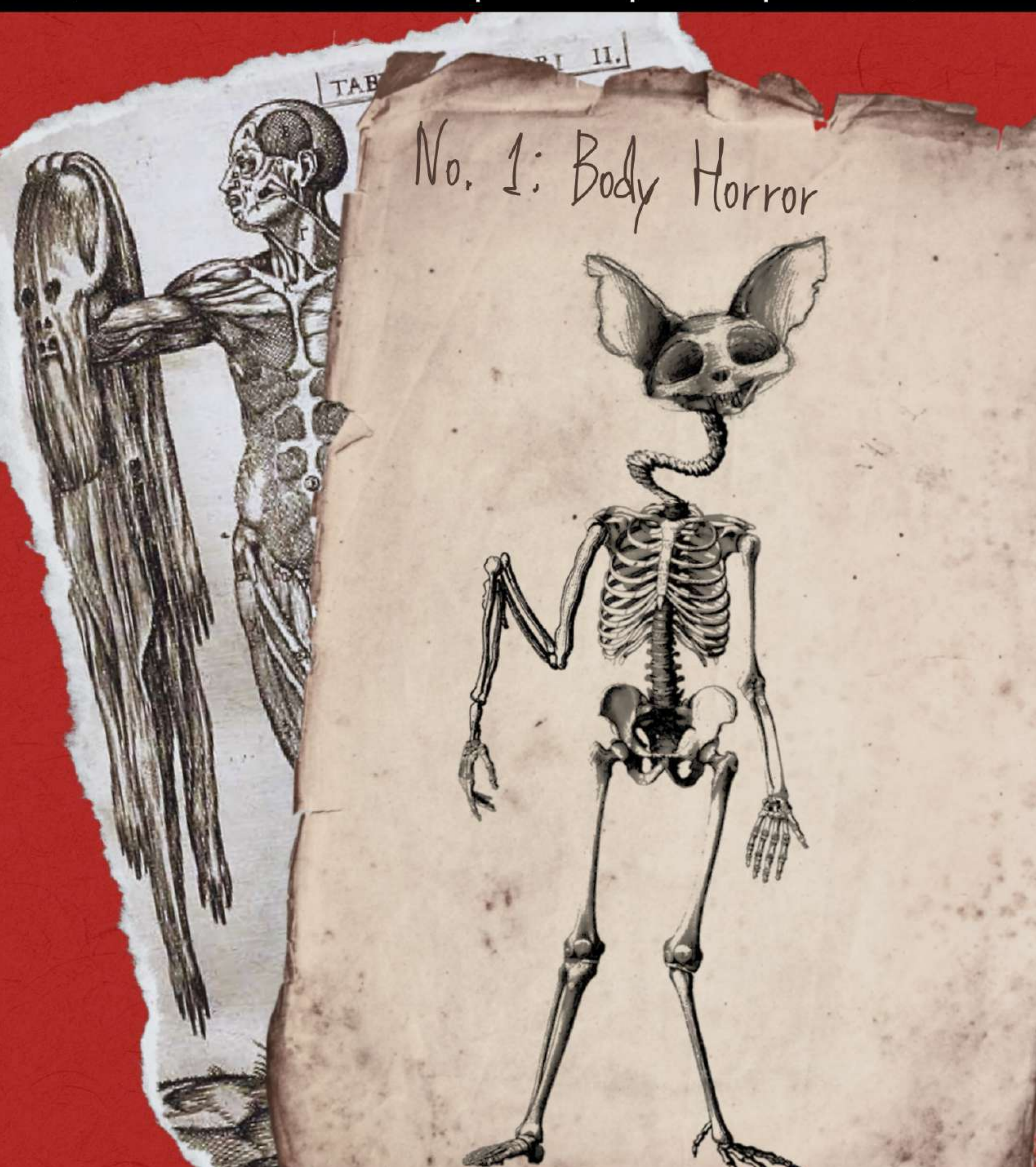
Retazos de Ficción

Revista: Weird fiction | Fantasía | Horror | Sci-Fi



Retazos de Ficción

Revista: Weird fiction | Fantasía | Horror | Sci-Fi

No. 1: Body Horror

Esta obra está editada virtualmente. Se prohíbe su reproducción y copia. Si se desea compartir su contenido por medio de la citación, será necesario mencionar a la revista, la editora y los autores de cada una de las obras que estén incluidas en este número.

Autores participantes: A.L.H., Alex VAE, Carlos Alberto Dávalos Alonso, Carlos Ruiz Murcia, Chokani Yaguarón, Crealis, Génesis García, Giancarlo Melgar, Gilberto Bustos A., Guillermo Ríos Bonilla, Israel Montalvo, J. Belmar Belmar, Jorge de León, Lucas Naranjo, Marcelo Medone, Pilar Alvarellos Lema, Pluma de Ícaro, Russbelt Guerra, Sheila Fernández

Advertencia: Este número hace gala de su temática de horror corporal, por lo que contiene horror, misterio, violencia, magia ritual, seres no humanos, demonios, experimentación humana, dilemas humanos, erotismo de terror y naturaleza mágica

Autores de las fotografías utilizadas: Allen Beilschmidt sr., Anastasiia Chaikovska, Annie Spratt, Антон Жук, cottonbro studio, Dids ., eberhard grossgasteiger, Mathias Reding, Maria Orlova, Mikhail Nilov, RDNE Stock Project, Ron Lach, Toa Heftiba, Volker Brau, 何 颖

© Revista Retazos de Ficción, No. 1, 2023, Costa Rica
Editora: Egeria Hipona
© De las obras, varios autores

TABVLA I, LIBRI II
© Andrés Vesalio (1514-1564), *De humani corporis fabrica*
© Juan Valverde de Amusco (1525-1588), *Vivae imagines partium corporis humani aereis formis expressae*

Índice de contenido

Presentación

El cuerpo humano es fascinante, de eso no cabe duda. A través de la historia hemos obtenido numerosos registros de momentos fascinantes, ya sea por resistir la más increíble prueba de supervivencia o por el simple goce de llevar el cuerpo al extremo. Lo sabemos, las millones de células trabajando en perfecta sintonía para formar una figura proporcional, útil y autónoma son absolutamente geniales.

El cuerpo nos acompaña toda la vida, incluso si no lo entendemos por completo, incluso si nos enfermamos. Parte de las cosas más horrorosas que nos pueden suceder es, precisamente, el que algo malo les suceda a nuestros cuerpos o al de algún ser querido. Nuestras almas los necesitan en buen estado para seguir caminando en este planeta, después de todo.

Entonces, ¿qué podemos especular cuando pensamos en el horror corporal? El llamado popularmente *Body Horror* habla por sí mismo. Es simple, es fácil de recordar y, más importante para la imaginación, es tan general que permite numerosas posibilidades. Aquí no hay personas que obtienen habilidades maravillosas luego de un incidente extraño, sino dolor, confusión, desconcierto, tristeza, frustración, asombro…, horror. Aquí no hay un descubrimiento de nuevos poderes mediante la alteración corporal, no; lo que hay es monstruosidad y extrañeza.

Lo más interesante de este tema es que, mientras un artista piensa en un protagonista que no sabe si enloquece o está padeciendo una agonía surrealista, otro más pretende inyectar en sus personajes afecto ante ciertos horrores. Así es el mundo del artista, y así es como nos gusta explorar la literatura. Toda la vida con nuestros cuerpos es un proceso, del mismo modo que el arte de acomodar las palabras para formar ideas curiosas o redescubrir planteamientos antes explorados con el fin de encontrar novedades. Este Número nace a partir de una variedad de formas en la que un artista se propone desenvolver la idea del *Body Horror*; sólo una pequeña parte, claro, pues no tenemos tantas páginas para tantos autores que enriquecen la literatura del habla hispana.

Muchísimas gracias por darnos la oportunidad de mostrarles las obras de estos talentosos autores. Agradecemos enormemente el aporte artístico de los autores participantes, pues, sin ello, este Número no sería lo mismo. Sin más, disfruten con nosotros.

Egeria Hipona, editora


Relatos



Fotografía de Maria Orlova, 2020

Desde la profundidad

Carlos Alberto Dávalos Alonso

México

Instagram: @carlos_its_me

30 de abril

Hoy no ha sido un día nada especial, de hecho, fue todo lo contrario. Me paré para ir al trabajo y realizar cada una de mis actividades cotidianas. El clima ha sido agradable, pero por la tarde unas peculiares nubes se han posado sobre la ciudad. Creo que eso podría ser lo más destacable de todo lo acontecido.

1 de mayo

A primeras horas de la madrugada un terrible temblor sacudió el edificio, he tenido que salir de mi apartamento. Por fortuna no hubo daños graves ni pérdidas humanas, solo fue un pequeño susto que alteró a toda la colonia. Tuvimos que esperar unos minutos para poder ingresar de nuevo a la comodidad de nuestros apartamentos; como el mío queda hasta el último piso de la torre, fui de los últimos en entrar. Cerca del ascensor de la recepción hay unas escaleras que conducen hacia el estacionamiento. Juraría que antes de subir a mi casa oí unos raros susurros provenir de ese lugar; sin embargo, tenía más prisa por regresar a mi descanso e intuyo que se trataba de algunos residentes checando sus vehículos.

Por la mañana pregunté al guardia de seguridad si había habido daños en el estacionamiento. Como este me dijo que no había pasado nada inusual, le pregunté por las voces que hace unas horas yo había oído, pero él respondió que luego del temblor solo un par ingenieros que viven cerca de ahí fueron los que habían inspeccionado. Solo que cuando se permitió que la gente entrara nuevamente estos ya habían ido a revisar otras propiedades. Es probable que el agotamiento de ayer fuera tal que aquello solo haya provenido de lo más profundo de mi imaginación.

Al regresar del trabajo he notado que luego del movimiento telúrico mi apartamento sí sufrió un leve daño. Se trata de una grieta situada en el muro detrás de mi cama, mañana mismo llamaré para solicitar que la sellen. Antes de ir a dormir me he dado una vuelta por cada una de las habitaciones y no hay rastro de algún otro muro lastimado, creo que hoy podré descansar mejor.

2 de mayo

Por la madrugada tuve una pesadilla, en ella podía sentir otro temblor, más fuerte, todo se movía con tanta violencia que los muros se resquebrajaban como migajas de galletas. Tras unos segundos de pánico todo se detuvo, hubo silencio, la noche era devorada por una clase de oscuridad mucho más siniestra e inquietante. El edificio terminó por ceder y yo era sepultado en los escombros. Me sentía muerto, y veía cómo de entre las ruinas crecían árboles y plantas fosforescentes por doquier, pronto todo se había transformado en un luminoso bosque.

Desperté casi brincando de la cama. No había indicios de terremotos ni de otro desastre, pronto fui azorado por un frío cosquilleo que recorrió mis pies por leves instantes, fugazmente retiré las cobijas y sábanas para cerciorarme de que nada estuviera provocando la peculiar sensación. No encontré nada y pasé los siguientes minutos buscando una respuesta, luego recordé haber leído en un artículo que hay casos en los que, cuando un ser humano sufre un repentino

despertar, al cerebro le tarda unos cuantos segundos asimilar el nuevo estado del individuo y que en esos casos uno puede sentir ciertas sensaciones que aun pertenecen al sueño. Era de madrugada y no iba a cuestionar si el sitio web que había proporcionado la información tiempo atrás era fiable o no, a lo que me volví a recostarme y dormité mientras me convencía de la explicación que daba a todo el asunto.

Durante el día mi humor encalló en las costas de lo taciturno, en el trabajo arduamente efectué mis labores, estaba algo distraído y ocasioné un leve incidente al derramar mi taza de café sobre el escritorio de uno de mis compañeros. Tuve que ofrecer varias explicaciones y un par de disculpas, pero afortunadamente ello no pasó a mayores.

De vuelta en casa, sufrí de un breve disgusto, pues el señor que arreglaría mi muro canceló de último minuto alegando diversas excusas. Confieso que una de las razones por las que me he sentido enfurecido es que la grieta del muro supone ser una alteración a mi orden cotidiano y eso repercute en mi estabilidad. ¿Quién no se siente molesto cuando su estado natural de tranquilidad se ve afectado por la más leve irrupción?

Antes de ir a dormir noté dos o tres pequeños charcos a los pies de mi cama que rápidamente procedí a limpiar, temí que algún tipo de fuga se estuviera filtrando a la habitación desde el agujero. Mientras limpiaba los charcos noté que el líquido era muy viscoso y la sensación al tacto era similar a la del gel para cabello y al aceite. Moví la cama temiendo encontrar alguna especie de lagunajo debajo de esta; sin embargo, solo había un ligero rastro de humedad, lo que realmente me sobresaltó fue notar varios pedazos de concreto que se habían desprendido de la grieta haciéndola más larga y ancha de lo que era.

Opté por colocar el lecho al centro de la recámara y pasar la noche lo más lejos posible del muro. Aprovecho para adjuntar un recordatorio, cancelaré la cita con el hombre que originalmente arreglaría la pared y veré si un estructurista puede revisarla, no valla a ser que el daño requiera otro tipo de atención.

3 de mayo

Nuevamente he sido interrumpido a mitad de la noche. He vuelto a sentir la misma sensación que ayer, un frío roce, pero en esta ocasión ha empezado por los pies y ha subido por la espinilla hasta desaparecer en el muslo. Creí que alguna clase de roedor podría estar merodeando entre las sábanas, sentí asco e inmediatamente tuve oportunidad de patalear. Lo hice lanzando almohadas y cobijas por los aires. Me paré y encendí las luces solo para corroborar mi soledad, hurgué por cada mueble, por el armario y el baño —que tenía la puerta emparejada y ofrecía una ruta de evacuación al posible intruso—, pero no hallé nada. Cuando me giré en dirección a la grieta, volví a encontrar los mismos fastidios charquillos desperdigados por derredor del agujero en el muro acompañados de más trozos de concreto. No cabía duda de que algo se tenía que hacer urgentemente.

Un colega me recomendó a un primo suyo. Por el grado de mi aprieto el estructurista accedió a verme esa misma tarde. Una vez hubo inspeccionado todo el apartamento, se enfocó en la única grieta que tanto él como yo habíamos encontrado, la revisó con sumo detalle y al cabo de unos minutos se dirigió con afable tranquilidad hacía mi para decirme que aquello no era nada grave y que obviamente se había producido por el movimiento telúrico de hace unos días. Aseguró que no sería complicado arreglar el agujero y que lo tendría listo lo antes posible, solo que yo debería pasar un par de noches en la sala.

Después de que el ingeniero partiera de mi hogar, hice los preparativos para que dieran inicio las composturas. Cubrí con sábanas y envolturas de plástico cada mueble, así como las puertas del armario. Pasé unas cobijas y almohadas e improvisé una cama en el sillón más largo que tenía.

4 de mayo

A las dos de la madrugada sufrí un tremendo susto con el estrepitoso sonar de algo que caía al suelo. Luego de levantarme del sillón tomé el teléfono celular y con este alumbré para guiarme. Intenté encender las luces; no obstante, no había electricidad en el apartamento, por lo que continué conduciéndome por medio de la linterna de mi dispositivo móvil. Descubrí que el ruido había sido originado por la colisión de un libro, el cual tenía sobre una repisa, contra el suelo. Naturalmente, recogí el objeto y cuando lo coloqué en su sitio observé el lugar tratando de sacar de entre las tinieblas lo que yo pensaba era el dichoso roedor de la otra noche —y al que culpaba de haber tirado el objeto.

Derrotado por no hallar al escurridizo animal, me recosté y fingí dormir con la esperanza de que en el momento de que aquello notara mi quietud volviera a moverse. No pasaron ni dos minutos cuando logre divisar una extraña sombra que no distinguía si reptaba o se desplazaba a cuatro patas. Lo que sí se veía era su movimiento sutil surcando la oscuridad. Tomé el móvil y rápidamente alumbré en dirección a la criatura, pero esta se movió con tal destreza que solo alcancé a ver un montón de patas corriendo a toda velocidad hacía mi habitación ¡Aquello debía ser un espantoso arácnido!

Intenté dar persecución a la araña, cuando está se adentró a mi cuarto ya no pude dar con ella. Decidí dejar la puerta completamente cerrada y fumigar los bordes creyendo que eso bastaría para aniquilar a la bestia esa. Sentía repulsión y nauseas de tan solo pensar que eso era lo que me había estado caminando por las piernas, quizá ya había anidado en mi casa y sería necesario fumigar. También me abrumaba el tamaño del intruso, pues juraría que las proporciones que había divisado fácilmente entraban en el rubro de lo bestial, empero, estaba cansado y creí estar exagerando un poco.

Durante el transcurso del día logré agendar una cita con unos fumigadores a los que convencí de estar plagado de arañas, ellos accedieron a ir por la tarde luego de que los trabajadores del estructurista se fueran. Todo mi plan transcurrió con presteza y sin mayor dificultad. El único

detalle fue que absolutamente nadie —ni albañiles, ni fumigadores—, dieron con el arácnido ni con el nido, y todos descartaron la posibilidad de que este se ocultara en la grieta, pues se descubrió que el agujero no era profundo, el cual esquebrajaba la superficie de la pared sin afectar las capas interiores.

Noté que el tono que ambos grupos utilizaron conmigo aludía a que yo había imaginado todo el asunto, lo cual me disgustó, pues no podía haber imaginado el libro en el suelo ni al espantoso animal arrastrarse entre las sombras. Por otro lado, me aliviaba que el apartamento sí se hubiera fumigado propiamente. Así existiera el arácnido o no, no habría forma de que el insecticida no le fuera mortífero.

6 de mayo

No cabe duda de que algo raro está sucediendo. Intranquilo ante las fútiles intervenciones de los fumigadores y a la falta de pruebas sobre el arácnido, decidí rebuscar en cada sitio que pudiera ofrecer un escondite al animalejo. Cada habitación fue inspeccionada minuciosamente, cada rincón y hueco, y, aun así, nada. Era obvio que se escondía y que el arácnido se sabía perseguido, pero yo no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de encontrarle y acabarle de una vez por todas.

Los dorados rayos de la tarde pasaron a ser naranjas y luego rojos. El sol se empezaba a ocultar y el crepúsculo se postraba en el cielo. Yo me encontraba en el baño utilizando un palo de escoba para tantear por detrás del inodoro. De pronto oí un rápido tecleo sobre el suelo y cuando me giré solo alcancé a vislumbrar las puntas de una serie de tentáculos que terminaban de pasar por el pasillo en dirección a mi habitación. Sujeté el palo con fuerza y di cacería a eso que acaba de contemplar.

Entré fugazmente en la habitación y de un portazo cerré la puerta detrás de mí. Aún quedaba algo de luz que disminuía con cada segundo que pasaba, intenté encender la lámpara de techo y noté que nuevamente se había cortado la electricidad. Ello me importó poco, y me valí de la tenue iluminación que todavía quedaba para encontrar al furtivo invasor.

Busqué con intensidad. Lleno de un pasional ahínco moví ásperamente la cama y demás objetos con el fin de revelar cada posible escondite. No me importó que la obra de reparación me obstruyera, yo hice cuanto pude por dar con aquella araña ruin, incluso extendí la búsqueda a las profundidades de mi armario. Saqué cada prenda y gancho con tal celeridad que en un abrir y cerrar de ojos ya había vaciado el closet. Toda tentativa por dar con el animalejo terminaba en rincones vacíos y desprovistos de cualquier nido o animal.

Caí al suelo en total frustración y negación. Era imposible que viera algo que se desvaneciera en el aire sin dejar mayor rastro que una serie de vagos recuerdos de los que ahora yo empezaba a dudar. Justo en ese instante un pedacito del muro cayó y se estrelló contra el suelo. Fui iluminado por un delicado vilano de esperanza, me levanté para ver qué había originado el desprendimiento de una pieza del muro. La penumbra del cuarto se asentaba cada vez más, llegué

hasta donde estaba la grieta en compostura, tomé los fragmentos de pared y los miré con detenimiento. Luego de un rato, alcé la mirada y me topé con que aquella fisura parecía está más abierta que antes, pese a que el tamaño se mantenía casi igual, la profundidad que esta mostraba era similar al que uno experimenta al asomarse desde la cima de un pozo para contemplar la oscuridad del abismo y sentir su inmensa oquedad.

Desde el ignoto vacío surgió una insidiosa y leve corriente de aire que rápidamente infestó el lugar con un pútrido hedor. Ni siquiera bastó con cubrir mi nariz para evitar que mi olfato siguiera expuesto ante tal porquería. Corrí a la puerta para abandonar el cuarto; sin embargo, esta parecía estar bloqueada, y por más que tiré de la manija, no conseguí abrirme paso al exterior. Fui presa del nervio. Me sentí atrapado, por lo que el baño fue mi siguiente ruta de evacuación, quizá ahí habría estado a salvo, empero, tras dar unos pasos fui distraído por el aquella corriente de aire que cada vez era más chirriante.

Momentos después tres cadavéricos y pálidos dedos de tono verde azulado surgieron de la oscura brecha de la grieta. Lentamente se sujetaron a la superficie del muro y apuradamente se empezaron a abrir paso hacia mi habitación. Estaba anonadado. Mi sangre se heló a la par que aquella cosa ensanchaba la grieta para salir. Una vez incrementada la ranura esta mostró el cuarto y quinto dedo, trabajosamente se impulsó apoyándose de la parte exterior de la pared para salir de aquel abismo como si lo hubiese escalado de abajo hacia arriba en vez de una forma horizontal.

La mano se dejó caer en el suelo, pero de la muñeca para atrás solo había una larga hilera de negros tentáculos unidos al resto de la criatura, cuyas ventosas estaban forradas de afilados dientes y que emulaban el movimiento mandibular. La piel era rugosa y pegada al hueso, descompuesta y descuidada, poseía una largas y amarillentas uñas y la textura de toda la criatura daba la impresión de haber emergido desde algún tipo de manto acuífero. ¡Aquello era la misteriosa araña! ¡Y esa agua era el mismo líquido de carácter viscoso y aceitoso de los charcos! ¡Eso era el invasor!

La mano había caído boca arriba y sus largos tentáculos se amontonaron sobre ella enterrándola, sin embargo, segundos después la bestia se volteó y clavó las uñas en el suelo. Lentamente se empezó a desplazar. En ese instante el movimiento y posición de los dedos realmente asemejaban las patas de un arácnido. Al momento que distinguí que aquello se dirigía hacia mi retomé mi huida al baño, entré en este y pavorosamente me resguardé dentro de la bañera.

Mi más grande error fue haber olvidado que lidiaba con un ser que al igual que yo poseía una mano como extremidad, por lo que la puerta no sería obstáculo para aquella cosa a menos de que le hubiera puesto el seguro. La perilla giró lenta y continuamente, la mano no tardó en adentrarse en mi refugio. Traté de defenderme lanzándole todo lo que tuviera al alcance como productos de higiene corporal, esponjas y uno que otro zacate. No acerté al blanco ni una sola vez y no por falta de puntería, sino que la monstruosidad demostró ser bastante más ágil de lo que yo pensaba. Mi último recurso fue tomar una bomba destapa caños y un largo cepillo con el que me

lavaba la espalda, los cuales utilizaría como reemplazo del palo de escoba que había soltado mientras inspeccionaba mis aposentos.

Para sorpresa mía, aquel ser poseía otro movimiento que demostró al impulsarse a uno o dos metros de mí mientras extendía sus huesudos dedos. En esta ocasión mis movimientos fueron más astutos, pues solté la bomba destapa caños para sujetar la cortina de la ducha y extenderla con el fin de protegerme. El resultado fue que la abominación se enredó y quedó presa de la cortina. Intenté envolverla, pero esta no tardó en rasgar su prisión para escapar. Solté el bulto, y emprendí la retirada, lamentablemente uno de los tentáculos se enredó en mi espinilla y tiró de mí, lo que ocasionó que me tropezara y me asestara un buen golpe en la cabeza que me dejó algo aturdido.

Otros tentáculos rodearon mis pies atándome fuertemente y así fue como ahora yo era quien estaba preso de aquel monstruo. Sentí que aquella soga infernal se apretaba más, y luché por tratar de liberarme; por su lado, la cadavérica mano terminaba por rasgar la cortina hasta quedar completamente libre. La bestia procedió a caminar sobre mis piernas, yo traté de quitarla, pero una de las múltiples ventosas me mordió e inyectó algo que me paralizó. El ser continuó su trayecto hasta colocarse sobre mi rostro, ahí noté que la palma estaba plagada de unos seis u ocho agujeros irregulares de los que escurría el desagradable líquido. Estaba en silencio contemplado tan cruda demostración, el monstruo parecía jadear y el hedor de afuera se había filtrado, aquello era tan insoportable que terminé por perder la razón y quedar tendido, totalmente exánime.

A la mañana siguiente desperté en el sillón, tapado y cubierto en mi cómoda pijama, ¿Qué significaba eso? Sé bien que eso no fue producto de mi imaginación, había sido tan real, tan incómodo y tan terrible. Miré el reloj del móvil y noté que llegaría tarde a la oficina, me arreglé tan apresuradamente como pude, pero no sin antes revisar mi alcoba y el baño. Sí había indicios de lo que había ocurrido la noche anterior, solo que en las evidencias no figuraban los rastros de la temible mano, la grieta ya no era oscura ni abismal, sobre el suelo no quedaban rastros de las uñas con las que la criatura se desplazaba, y en el baño, pese a haber vestigios de batalla, todo lucía extrañamente distinto. La cortina estaba hecha jirones, no obstante, sería imposible determinar la procedencia de los cortes, había tantos que no era sencillo crear un patrón reconocible. Para mayor infortunio, la única lesión que aún era visible había sido la del golpe en mi cabeza, mas no había rastro de los tentáculos que ataron mis pies o de la mordedura.

En la oficina varios colegas mostraron sincera preocupación por el moretón que traía en la cabeza, otros solo se acercaron para curiosear, y luego de varios pretextos logré que me dejaran en paz. Antes de concluir mi jornada sentí una hinchazón en el rostro acompañada de un fuerte dolor de cabeza. Mediante la cámara frontal del teléfono celular comprobé que sí lucía un aspecto tumefacto, unos instantes más tarde había logrado abandonar las instalaciones laborales sin que nadie se percatara de mi trastornada apariencia.

Una vez en el apartamento, hallé que las labores de reparación habían concluido, la grieta estaba sellada y la pared completamente resanada. Yo, por otro lado, me encontraba bastante confundido y abrumado con todo lo que había estado viviendo y mi malestar físico no ayudaba en

nada. Pensaba en ir con un médico a la mañana siguiente, pues había una probabilidad de que la hinchazón y el dolor de cabeza fueran frutos del golpe recibido.

7 de mayo

Velé durante toda esa noche, en ningún momento me sentí capaz y seguro de poder dormir. A primeras horas de la madrugada cabecee un par de veces y al momento de cerrar los ojos podía ver destellos del monstruo atacándome mientras me enterraba bajo sus húmedos tentáculos y filosas ventosas. Las terribles visiones que venían a mí condujeron a la preparación de tres o cuatro tazas de café con las que pude aguantar mi guardia.

Cerca de las cinco de la mañana sufrí un salpullido que ningún ungüento pudo calmar, este recorría mi cuerpo de pies a cabeza siendo más perceptible en la espalda, en los muslos, en el abdomen, en los glúteos y el pecho. Para tratar de quitarme la sensación tomé una ducha con agua fría, lo terrible fue verme en el espejo y notar que el volumen de mi cara había incrementado y que unas raras verrugas habían aparecido en diversas partes de mi cuerpo, lo que provocaba que algunas áreas se tornaran rojas y sensibles al tacto.

Estando en el hospital ninguna enfermera o médico aceptó atenderme de emergencia, ellos no veían ningún malestar en mí, e incluso procedieron a preguntarme si había ingerido algún tipo de sustancia. Accedí a que me hicieran pruebas toxicológicas con la esperanza de que en ellas encontraran algo inusual que les hiciera ver cómo me encontraba realmente. Tras la toma de muestras empecé a sentir una extraña sensación punzante originada en las verrugas, luego experimenté náuseas y finalmente mi nariz y boca sangraron. El chorro de sangre caía de mi cara a mis manos con las que intentaba prevenir que el líquido diera a parar hasta el suelo, pero de todos modos se terminó por desbordar.

La enfermera que me había atendido me miro juiciosamente. Luego de que me preguntara con recelo qué me ocurría supe que tampoco había manera de que alguien viera el sangrado. Para el personal de salud yo lucía tan normal como antes, al menos eso veían ellos, y por esa razón no había forma de que me pudieran brindar ayuda.

Como a los ojos de la sociedad estaba aparentemente sano, no tuve complicaciones para escabullirme fuera del hospital sin ser notado. Al mismo tiempo discurría en posibles soluciones de lo que me estaba ocurriendo. Volví a casa y hojeé mi diario solo para corroborar que todo había iniciado la noche del treinta de abril justo después del temblor. Leí lo acontecido en el estacionamiento y decidí bajar a echar un vistazo. Algo andaba mal y estaba decidido a dar con una respuesta. Mientras descendía en el elevador recibí varias llamadas de la oficina, pero las ignoré por prestar atención a ciertos momentos en los que parecía que la electricidad volvía a desaparecer.

Salí del ascensor en el la zona del estacionamiento. Este lugar siempre había sido oscuro, pero ahora parecía tener un velo de lobreguez mucho más siniestro, por lo que vacilaba en mi andar. Por otro lado, mi piel estaba más inflamada, el salpullido era atroz y mi ojo derecho se

empezaba a cerrar por la severa hinchazón de mi cabeza, así que cada vez deseaba más que todo volviera a ser como estaba antes. Pese a que las linternas estaban encendidas, estas no parecían alumbrar nada que estuviera a más de unos cuantos centímetros de su alcance. Al ser las tinieblas tan espesas me vi obligado a guiarme por medio del tacto, caminaba despacio y tanteaba tanto el suelo como los muros.

No tuve que explorar mucho, sentí que las paredes estaban repletas de aquellas insidiosas grietas. Por doquier había inmensas ranuras. Probablemente habrían estado ahí desde el día del sismo, pero, así como la gente no podía ver mis síntomas, tampoco habrían visto eso; y, como yo carecía de un vehículo, tampoco había ido inspeccionar.

Yo no era el que estaba mal, no había imaginado nada, sino que el maldito edificio era la fuente innoble. Tenía que salir de ahí. Me apresuré a regresar al ascensor, pero al querer escapar de esa premura no fui cuidadoso y en un momento me apoyé sobre una de las grietas que se abrió más, lo que ocasionó que mi brazo fuera tragado por aquel abismo. Antes de tropezar completamente dentro del agujero me aferré al muro con mi otra extremidad. La sensación que percibí desde el otro lado de aquella abertura fue similar a la de haber hundido mi brazo en dentro de gélido cubo de agua. Tan prontamente sentí eso fui invadido por un ardor que me quemaba todo el miembro, seguido de aquellos tentáculos que me sujetaban con sus filosas dentaduras que roían mi carne. Era la maligna criatura. Una fuerza de supervivencia llegó a mí y pude zafarme de aquel monstruo que yacía del otro lado, la fuerza con la que me liberé causó que fuera a parar contra el suelo, me levanté y fui a preparar mis maletas para abandonar aquel sitio.

Dentro del apartamento estaba a punto de preparar las maletas, empero, tuve un raro presentimiento y he preferido escribir los acontecimientos de este día. Mientas lo hacía he sentido cómo mis articulaciones se han empezado a atrofiar. Me cuesta escribir, ya no tengo salpullido y poco a poco he empezado a sentir un indecible dolor similar a un burbujeo que pareciera reacomodar cada tejido y hueso dentro de mí. No me he querido ver en el espejo, estoy seguro de que mi aspecto se ha deformado más, lo pude constatar hace un momento que he visto mis manos y he notado cómo los dedos se han curveado de una singular manera; aun así, he seguido escribiendo. Siento un mareo que pronto me hará perder la razón.

10 de mayo

No creo disponer de mucho tiempo, sin embargo, haré un último esfuerzo por relatar lo que ha sucedido en estos últimos días. Posteriormente a mi desmallo, desperté el ocho de mayo hasta casi el anochecer, estaba tendido sobre piso, incapaz de realizar algún movimiento, el móvil no paraba de vibrar, eran colegas del trabajo que seguramente querían saber qué clase de justificación tendría para mi ausentismo de aquellos dos días. Durante varias horas el único control que ejercía era el de mis ojos, traté de inspeccionar mis alrededores, poco a poco mi mente fue ultrajada por el tamborileo que había oído el día que tuve mi enfrentamiento contra la monstruosa mano.

Temí que la criatura volviera a estar cerca, al asecho. Después de eso mis cuatro miembros sufrieron violentos e involuntarios movimientos muy similares al que tienen los pescados recién sacados del mar. Aquello era bastante doloroso, pues sentía el duro golpeteo de cada extremidad contra el suelo, al cabo de unos instantes mi cabeza también replicó el mismo comportamiento y volví a perder la razón.

Al alba, me encontraba en mi cama. Había recuperado la movilidad al cien por ciento, no sentía hinchazón, ni dolor alguno, mi piel no estaba cubierta de ninguna imperfección ni enrojecimiento. ¿Había sanano? De un salto salí de la cama y me dirigí al baño, ahí contemplé con maravilla que mi aspecto era el de antes, incluso noté cierta gallardía en el reflejo y eso me tranquilizó. Quería suponer que la pesadilla había llegado a su fin, mas no tenía las agallas para bajar al estacionamiento y corroborar el desvanecimiento de los maliciosos abismos.

El teléfono celular sonó y recordé las múltiples llamadas recibidas. Me dirigí a atender la notificación pensando que habría algún reclamo por haber estado faltando a mis compromisos laborales. Contrariamente a lo esperado, un indescifrable aire de misterio estrujó mi alma. Había una conversación con la jefa de área, en los que unos mensajes aparentemente redactados desde mi celular la convencían de no alarmarse pues cursaba un raro cuadro gripal, incluso había dos imágenes anexadas de una receta médica en la que se me indicaba descansar. La jefa de área contestaba con buenos deseos para que pronto recuperara la salud asegurando no tener problema con que regresara a la oficina hasta la siguiente semana.

No era posible, ¿quién había redactado tal mentira? Había convalecido de un malestar físico, pero en absoluto era un simple resfriado. Estos mensajes cumplían la función de dar a entender que la situación no había terminado. Peor fue revisar la alegada receta y constatar que el logotipo de la supuesta clínica del «Remedio Natural» era una mano, que terminaba en la muñeca, extendida con una pequeña planta creciendo desde la palma. Gracias a una minuciosa revisión de la fotografía pude constatar que esta aparentemente había sido tomada sobre una mesita que tenía en la sala. En efecto, había un trozo de papel en el lugar indicado que coincidía con las dimensiones de la receta, solo que no poseía contenido alguno, era un pedazo en blanco y algo humedecido.

Sin pensarlo más puse una maleta sobre la cama y empecé a vaciar el armario, no estaba dispuesto a ver en qué desembocaba todo eso. En esta metí toda la ropa que pude, y también saqué un portafolio en el que suelo guardar mis documentos oficiales, como actas de nacimiento, y diplomas. No requería de nada más, con eso me bastaba, cerré la maleta y procedí a sacar una chaqueta —pues el día había empezado a oscurecerse con densas nubes que amenazaban con diluviar sobre la ciudad.

Estaba indeciso de qué prenda elegir para llevarme y decidí que tomaría una y las otras las metería en algún espacio restante dentro de la valija, tomé todas las prendas y, al momento de remover los ganchos de los que colgaban, mis ojos fueron presa del horror. ¡Una nueva grieta se abría paso en lo profundo del armario! De la oscura abertura la misma corriente de aire putrefacto fue exhalada. Cerré el closet, metí la ropa y salí de ahí.

Me encontraba girando la perilla para abandonar ese apartamento, abrí la puerta, pero el viento que salía de mi habitación la cerró con fuerza. Tiré con todas mis fuerzas, pero la puerta no se abrió. En eso un fuerte dolor abdominal me hizo contraerme, y al cabo de unos instantes me hallaba vomitando cántaros de sangre y pedazos de carne roídos. Me estrujé y retorcí de dolor, también vomité otras tres veces más. Arranqué mi camisa, pues sentí seis desagradables bultos formarse entre el pecho y mis entrañas, estos se inflamaron y se llenaron de venas para luego empezar a palpitar. Corrí a la entrada e hice todo lo que pude por escapar de ahí, pero nada sirvió.

Transcurridos unos minutos, los bultos poseían un tamaño descomunal, se inflaron un poco más y todos reventaron casi al mismo tiempo esparciendo una mezcla del terrible líquido viscoso y mi sangre. De los seis agujeros que tenían en el torso brotó una especie de mucosidad amarilla que me impregnó de un hedor similar al de una cañería y una mofeta. De entre los restos que habían eclosionado noté el movimiento de seis pequeñas criaturas —no mayores de ocho centímetros—, que emergían de aquella viscosidad sangrienta y se arrastraban velozmente hacía mí.

Aquellos seres eran pequeñas versiones de la otra bestia, ¡y yo era su incubadora! Comencé a entrar en cierto estado de letargo —probablemente por el mefítico hedor que la viscosidad expulsaba—, lo que disminuyó considerablemente mi capacidad de respuesta. Las diabólicas crías llegaron hasta mis pies. Arduamente logré repeler a dos; a una la pateé y esta voló por los aires fuera de una ventana, y pisé a la otra hasta que reventó esparciendo una sustancia de un brillo color amarillo neón. Sin embargo, las otras cuatro lograron trepar por mis piernas e introducirse por las aberturas de las que habían sido expulsadas. Pude sentirlas reptar dentro de mis entrañas, roer mi carne y nadar entre mi sangre.

Distinguí que una de las perversas manos se desplazaba por mi brazo se encontraba debajo de mi piel y su silueta se marcaba con claridad en la superficie. Corrí a la cocina y tomé un cuchillo, y sin dilaciones lo clavé en lo que debía ser la palma del pequeño monstruo. Entre la abertura de mi piel que había hecho con el filo, pululó la misma sustancia fosforescente cuyo tacto inmediatamente causó un ardor que quemaba la carne. Instintivamente lavé el líquido. Al momento en que el agua entró en contacto con este, el brillo y el ardor se esfumaron.

Sentí otra de las manos trepando en dirección a mi cuello, logró entrar en la cavidad mandibular y contemplé como los pequeños tentáculos brotaban de lo profundo de mi boca. Aproveché la oportunidad y rápidamente sujeté al monstruo para tirar de los tentáculos y extirparlo, el ser se sujetó y araño cuanto pudo ocasionando varias heridas. Pude sacarlo junto con más chorros de sangre que los arañazos habían causado, luego utilicé el mismo cuchillo para atravesarle la abominable palma.

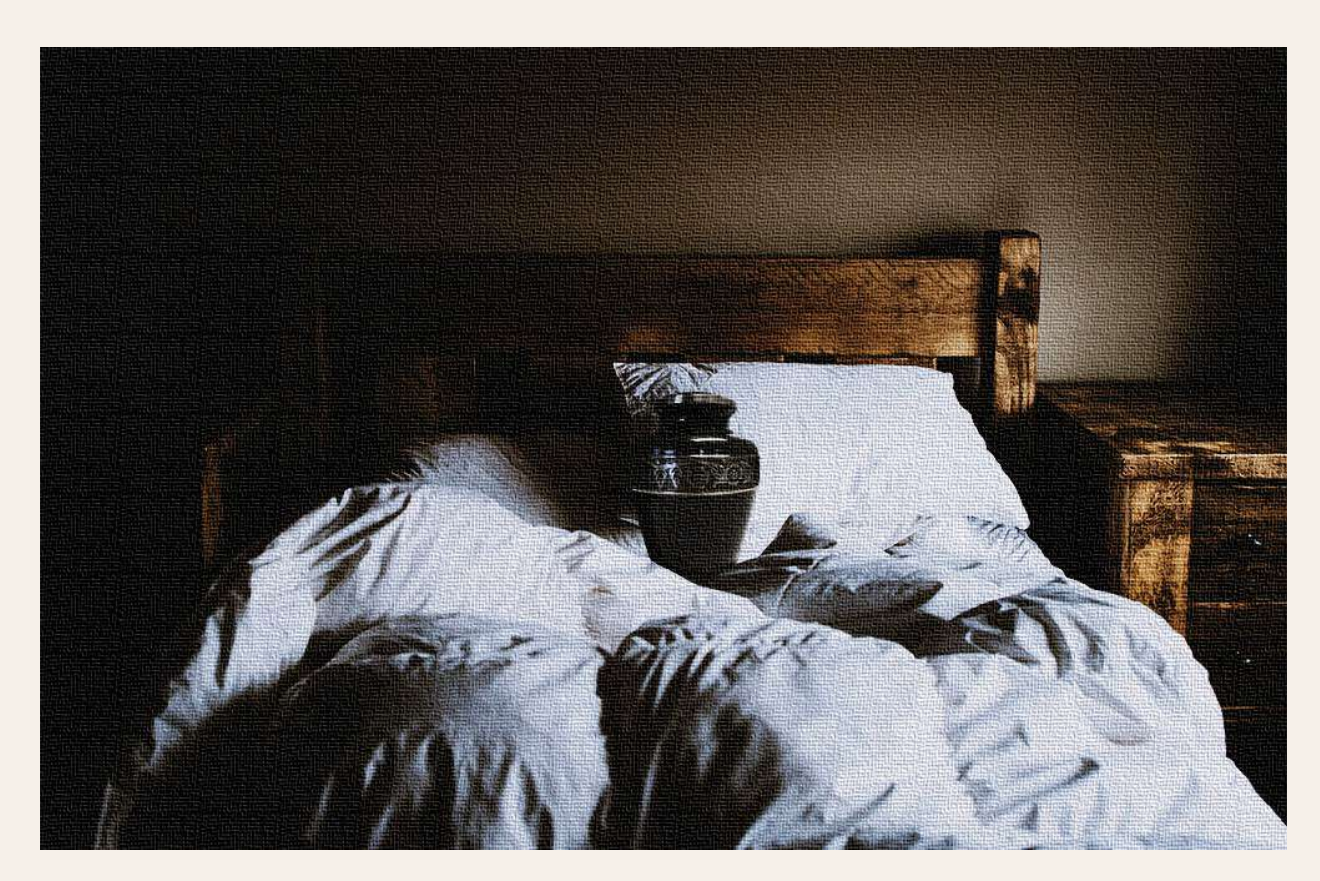
Faltaban dos bestias que aún permanecían dentro, quise ubicarlas, pero estas se habían detenido ocultando todo rastro que indicara su posición. Respiré y luego fui al baño para intentar sanar mis heridas, ahí sentí el incremento de mi peso seguido de la sensación de los tentáculos creciendo como raíces que se extendían desde el pecho a cada una de mis extremidades. Los

monstruos aumentaban su tamaño y pronto perdería la guerra. Ya no era más que un saco de alimento. Dejé de intentar curarme, mi piel volvía a tornarse roja, cientos de pequeñas punzadas me advertían del festín que daba inicio.

Tomé mi diario y la computadora, en un archivo empecé a transcribir el documento que da fe de este voraz infierno, y con todo el dolor y desesperanza escribí lo que sería mi despedida. Tecleé y me entregué a esta última labor con cierta presteza, las horas pasaban y las criaturas seguían creciendo y devorando, yo expulsaba sangre por cada orificio, pero no fue suficiente para que yo me detuviera. Revisé cada página para asegurarme que todo fuera claro, pronto moriré y lo único que me ha reconfortado es poder escribir esto para que todo el mundo sepa de los horrores que nos asechan. Desconozco si cuando encuentren mi cadáver, vean la monstruosidad en que me convertido, o si sean incapaces de verlo como las veces anteriores donde ustedes veían la normalidad ignorando la bestialidad.

Espero que hallen pruebas de los acontecimientos, que se familiaricen con las amenazas preternaturales de nuestro universo. No sabemos qué o quién habite aquellos abismos insondables, aquellos páramos de terror ni cuales sean sus intenciones más allá de devorarnos. Me siento débil, han transcurrido varias horas, he visto que el reloj marca las cero con treinta y cinco, mi dolor se prolongado hasta un nuevo día y, pese a estar gravemente herido, aún me quedan fuerzas para continuar escribiendo. La sangre no para de brotar, de lo profundo de mi carne emergen tentáculos quienes continúan deglutiendo.

Las temibles manos se mueven con más excitación que antes. Algo va a suceder, el viento de la grieta es más gélido que antes. Pronto todo acabará. En unos minutos daré a luz a estas cosas y nada quedará del hombre que una vez fui, nada más que solo huesos roídos.



Fotografía de Annie Spratt, 2018

La Bicho

Sheila Fernández

España

X (antes Twitter): @sheyncognito

Nadie se ha atrevido a decirle a mamá que su idea era mala, y ahora están aquí, encerrados en el coche (mamá y papá y Judit y Dani y las cenizas de Carla en su preciosa urna funeraria), donde pasó todo. Es marzo, pero el invierno se niega a liberar a los árboles y al aire y al gris de las nubes. Nunca han visto el camping tan desamparado, por eso al principio no lo reconocieron, y mamá y papá decidieron pelearse con el motor apagado y la urna de Carla bailando sobre las rodillas de mamá, mientras ella insistía en que tenían que seguir, seguir más allá, un poco más allá. Dani empezó a llorar entonces, y eso sólo empeoró la discusión. Y Judit se quedó sentada y mirando por su ventanilla, hasta que un chaparrón los acalló a todos. La lluvia revienta contra el parabrisas como bichos destripándose. Sí, han vuelto a donde pasó todo, y esperan en el coche a que el aguacero amaine.

Su cabaña es la cinco, como siempre, y papá agarra a Dani de la mano cuando va a buscar las llaves, y mamá agarra la urna de Carla bien firme contra su pecho y bajo la gabardina, para que no se moje, y nadie, nadie agarra a Judit. Hunde los zapatos en la hierba embarrada, tiene los calcetines mojados, y sus dedos ahí dentro parecen babosas. Los pájaros se refugian en la penumbra y graznan. Como si les diera risa. Crueles, burlones. Judit reprime un escalofrío y camina detrás de mamá.

Si hay silencio en la cabaña es porque Carla siempre fue la reina de los ruidos y las exigencias. Quería la habitación más grande, quería la cama más cómoda, quería cobertura, quería que papá matara a ese bicho horrible que había visto y que lo matara ya, ahora mismo, o gritaría; quería, quería, no hacía más que querer. Pero las cenizas no quieren nada, y ahora la lluvia sisea en su silencio y se desliza por las ventanas de la cabaña como gusanos sobre carne muerta. A Judit le revuelve las tripas, por eso sube a ayudar a Dani a deshacer su mochila, llenando el silencio con algo.

Pero cuando terminan y va a su habitación, mamá ya está ahí.

Solía compartir cuarto con Carla, porque, bueno, la habitación grande, la que ella quería, era la única en la que cabían dos camas: la de Carla, la mejor, y un camastro auxiliar que encajaban junto al armario. Ahora el camastro está recogido, pero la urna de Carla descansa orgullosa sobre la que fue su colcha. Judit la mira, en silencio, mientras mamá acaricia las filigranas de la vasija, con tanto amor, tanta ternura, tanta mortificación. Cuando alza la vista hacia Judit, lo hace a la defensiva, como si la acusara de algo sólo quedándose callada.

—No podemos despedirnos de tu hermana mientras llueva —dice mamá, y se levanta, y se alisa la falda negra—. Esperemos que mañana escampe. ¿Te encargas sola de la cama?

—Vale.

—Pues descansa.

Se va (y deja la urna de Carla en la cama de Carla) con nada más que un último vistazo a la habitación, a Judit, a la hija que le falta. Y aprieta los labios, como siempre. Nunca lo dice,

aunque Judit no necesita oír las palabras para saber que están ahí, reptando por la garganta de mamá. Por qué tuvo que pasarle a ella, eso piensa.

Por qué no pudo pasarte a ti.

Judit ya se ha acostumbrado, y con un suspiro empieza a prepararse la cama, asegurándose (siempre) de que la vista no se le escape al lado de la habitación de Carla. Le cuesta, porque es como si la viera ahí, por el rabillo del ojo, tirada en la cama, quejándose de las arañas, burlándose de ella, llamándola «la bicho». Cuando tenía la edad de Dani solían encantarle los insectos, y desde entonces Carla empezó a llamarla así. Casi la oye riendo, suspirando, masticando chicle de fresa, y gritando, gritando, gritando mientras moría.

Se gira un poquito. La urna sigue en la cama. Nada se mueve en la habitación, salvo quizás las arañas del techo. Judit respira hondo y sigue con su camastro. Ningún médico supo decir de qué murió Carla. Bueno, claro que supieron de qué, lo que no encontraron fue un virus o bacteria o parásito capaz de hacerle a su cuerpo lo que aquella cosa le hizo. No sabían cómo ocurrió, sólo que fue espantoso, y por eso el cadáver de su hermana estuvo tanto tiempo en los laboratorios forenses, mientras mamá lloraba y gritaba y amenazaba con arrancarles los ojos a los médicos. Casi un año después les dieron permiso para incinerarla.

Y ahora han vuelto a donde pasó todo.

Judit tampoco sabe cómo murió Carla. Cree que creen que sí lo sabe. Papá, mamá, los médicos. Pero no. Le han preguntado muchas cosas muchas veces, y a muchos les ha contado la historia. La versión aceptable de la historia. En la que Carla no es más que una pobre chica que murió. Y la historia empieza así: estaban jugando en el arroyo.

Bueno, en realidad, Judit estaba jugando en el arroyo.

Descalza entre la piedra húmeda, buscando ranas, con barro hasta las rodillas, el pelo enredado, los juncos acariciándole la piel. Feliz. El agua estaba llena de bichitos, de esos que nadan con patas como garfios negros, y no le importaba si le correteaban por las pantorrillas, o si le hincaban las bocas por detrás de las piernas. Le gustaba el arroyo y estaba feliz allí, sola.

Carla vino después, con un bikini que la hacía parecer mayor. Vino a tomar el sol, dijo, y se tumbó en las rocas junto al riachuelo, y eso hubiera sido todo, pero tuvo que reírse así. Como siempre. Judit recuerda girarse hacia ella, barro en las manos, las piernas llenas de esos bichos mordiéndole la piel, el pelo mojado sobre la cara, sintiéndose, de repente, fea. No, no sólo fea, monstruosa.

Carla sabía hacerla sentir así con sólo ese cuchillito al que llamaba sonrisa.

Su hermana, tirada ahí, recostando la cabeza en una mano, con las gafas de sol en el pelo, dijo algo así como: «Oye, bicho, qué pena que no seas uno de esos bichos que se envuelven en un capullo y luego se vuelven guapos, ¿verdad?», pero a los médicos y a la policía y a sus padres

Judit nunca les ha contado que Carla dijo eso. Sólo que jugaban en el arroyo. Una mañana tranquila, veraniega, soleada, con la frescura de pinos y hierba (y bichos y barro y ranas y peces muertos), hasta que a Carla le pasó aquello.

Algo se mueve detrás.

Judit se gira, no hay nada en la habitación. Claro. Nada. Sólo la urna con las cenizas de Carla sobre la cama y, bajo esta luz, es verdad que las filigranas azules sobre la cerámica blanca se parecen un poco a sus ojos. Los tenía tan azules. Los tuvo azules hasta que le pasó eso, allí, en el arroyo. Una vez lo tuvo dentro, lo que fuera, Carla no duró mucho; no, no mucho. Lo suficiente para intentar arrastrarse hasta la cabaña gritándole a papá que matara a los bichos, que matara a los bichos, que matara a los putos bichos.

Y luego murió.

Deberían haber cerrado el camping, pero sabe (porque se lo escuchó a papá), que los dueños les demandaron por difamación. En ese momento no sabía qué significaba difamación, tuvo que buscarlo en el diccionario. Lo que aseguraban ellos era que lo que fuera que mató a Carla ya lo tenía dentro antes del camping y el arroyo, así que no había por qué darle aquella mala fama a su negocio, y querían a los científicos fuera de sus terrenos y sus aguas, y tenía que ser ya. Ganaron, porque no encontraron nada allí, nada de nada.

Quizás buscaron mal. O quizás lo que se le metió dentro a Carla se quedó en Carla, escondido como un niño muy asustado porque era tan, tan pequeño, y nadie lo encontró, así que lo quemaron y ahora…

Oye algo, seguro. Cerámica. Sólo un rozón. Pero tal vez sea la lluvia o el viento o el riachuelo ahí fuera o esos pájaros que se reían en la oscuridad y ahora acarician su ventana con las plumas. Mira a la cama sólo de reojo, las filigranas azules la observan y acusan. Esto me lo hiciste tú, le dicen, y Judit se vuelve rápido hacia su camastro: sábanas, edredón, almohadas. Debió pasarte a ti, a ti en vez de a mí, debió pasarte a ti, tú eres la bicho.

—¡Cállate! —le grita.

Pero no hay nada en la habitación. Claro.

La urna está justo donde estaba, no se ha movido. Será sólo la luz, será sólo por volver aquí, será sólo porque mamá y papá vuelven a pelearse abajo, será sólo Dani que se mueve entre las sábanas, su cama está pegada a la pared y tal vez le ha dado un golpe. Una arañita baja por la puerta del armario frente a ella. Es pequeña y amarillenta y sus patas se retuercen sincronizadas, pestañas rubias, como esas que se abrieron en la garganta de Carla ahí abajo, en el arroyo. La aplasta con el pulgar y murmura:

—Bicho tonta, bicho idiota.

Da igual lo que digan los científicos y los abogados, Judit lo sabe, pasó en el arroyo. Estaba ahí. Se lo ha contado a todos. Algo entró en Carla, aunque no sabe qué (¿o sí?), debía ser pequeñísimo porque no lo vio (¿o sí?) hasta que Carla ya lo tuvo dentro, y la oyó toser y toser y toser. Y dijo: «tengo algo en la garganta». Entonces, Judit pensó que se estaba ahogando, porque se habían peleado, sí, y fue Judit la que tiró a Carla al agua, sí, arrastrándola del pelo, sí, diciéndole que se callara, que se callara, que se callara, porque, antes, antes ella había estado sonriendo y cantando:

—La bicho, la bicho, la fea de la bicho…

Cuando empezó a toser y a escupir agua (un gusano, eso vio, entrando por su nariz, pero era tan pequeño), Judit todavía tenía mechones del pelo rizado y perfecto de Carla entre los dedos. «Tengo algo en la garganta», dijo ella, lo jadeó, lo silbó, y Judit estaba ahí delante con las piernas en el agua, llena de barro y bichos, con su pelo enredado en los dedos, sí, y vio a Carla arañarse la garganta, luchando por respirar, los ojos tan abiertos y asustados… Hasta que su piel se deshilachó en hebras como las patas de los bichitos del río, pero pálidas, amarillentas. Pestañas. Y en mitad de su garganta apareció un ojo de mosca, grande y rojo y compuesto por cientos de panelitos. Durante un segundo, Carla sólo respiró, aliviada por salvarse de la asfixia.

Después rozó con los dedos la superficie de aquella cosa. Y empezó a gritar.

Gritó de todo, llamándole cosas a Judit, diciendo que era culpa suya, era su culpa, exigiéndole que se lo quitara, que se lo arrancara, que la librara de eso. Pero entonces ya habían empezado a hinchársele esas ampollas entre los dedos y eran translúcidas y dentro había larvas retorciéndose, retorciéndose, empujando la membrana de su piel como si se murieran por salir.

Sólo que no salieron, aunque Carla se arrancara las ampollas, y al romperlas rezumaran pus sucio, negruzco. Se arrastraron por dentro de su piel, subieron por sus brazos, sus codos, sus clavículas, su pecho. Anidaron en más ampollas y ella no dejó de gritar, y se arañó el ojo rojo que tenía en la garganta, y sangró, claro que sangró, tiñó el agua de rosa. Los bichitos del río se alteraron, entusiasmados, sí, por el olor de la sangre, eso creyó Judit, porque nadaron hasta Carla y se incrustaron en su piel: rodillas, muslos, caderas, cintura. Se clavaron ahí y en sus ampollas con esas boquitas puntiagudas y moviendo las patitas como si aún quisieran nadar.

Carla corrió como pudo, a la cabaña, gritándole a papá que matara a los bichos. Judit no sabe si lo decía por los bichos del río o por los que incubaba bajo la piel. Y tampoco vio a cuáles intentó matar papá, porque se quedó en el arroyo, chorreando, boquiabierta, la corriente viva entre sus tobillos. La bicho, la llamaba Carla. La bicho, había deseado que le pasara algo.

Algo malo.

No aquello, pero algo. Porque a Carla nunca le pasaba nada. Podía ser cruel y mala y retorcida y salirse con la suya con un solo aleteo de pestañas de esos ojos azules, y no era justo. La bicho. Quería que le pasara algo, y la corriente se llevó la sangre de su hermana infestada de

bichitos de río y ella aún los tenía pegados a las piernas mientras los gritos de Carla se volvían un borbotón y se ahogaban y se moría.

Judit fue a la cabaña después. Papá tenía a Carla en brazos y estaba muerta. Era evidente que estaba muerta, aunque las cosas bajo su piel siguieran retorciéndose y moviéndose y el ojo de mosca tan rojo en su garganta siguiera parpadeando con pestañas rubias. Los ojos de Carla, esos ojos azules que usaba para embaucar a cualquiera, eran ya pústulas. La esclerótica abultada empuñaba sus iris con el color de un huevo a medio cocer. Y cobijaba a más larvas ahí dentro.

Y los bichitos del río todavía intentaban nadar sobre ella.

Las larvas desaparecieron antes de que llegara la ambulancia. No antes de que mamá y Dani la vieran, pero sí antes de que algún médico pudiera atraparlas y diseccionarlas y averiguar qué eran. No salieron, se metieron en Carla, dónde, exactamente, era algo para lo que nadie tenía respuesta. Sólo dejaron llagas en su piel, abiertas y chamuscadas, la carne rota y el agujero en su garganta con hilillos de piel cayendo dentro de su tráquea.

No fue hasta más tarde, mucho, mucho más tarde (en el coche, en el garaje, en casa) cuando Judit descubrió al gusanito transparente arrastrándose por el tirante de su camiseta. Aunque era diminuto, tenía cara. O un ojo, al menos. Rojo, hecho de mil paneles, con pestañas. Rubias. Como la cosa en la garganta de Carla. Tuvo el impulso de matarlo, pero (la bicho) lo dejó seguir arrastrándose por su hombro, y luego lo perdió de vista para siempre.

Se le ocurre ahora, ahora con la cama hecha y la luz encendida y la urna funeraria de Carla reposando en la cama grande, que quizás los científicos y los médicos y los abogados tenían razón. Quizás la cosa que mató a Carla nunca estuvo en el agua.

Quizás siempre estuvo en ella (la bicho), porque era fea y monstruosa y por dentro estaba podrida.

Porque debió pasarle a ella.

Algo se tambalea en la habitación. Suena bien alto ahora, inconfundible. Judit se levanta de la cama de un salto. Los muelles crujen. Es la cerámica. La tapa de la urna de Carla se tambalea. No mucho, sólo un poquito. Sólo se agita y para. Se agita y para. Se agita. Y para. Se agita.

Si grita, si grita ahora mismo, mamá vendrá a su cuarto. Papá no, lo sabe, porque él sigue viviendo en otro grito, sigue atrapado ahí con Carla en sus brazos ordenándole que mate a los bichos que él no pudo matar. Mamá vendrá a su cuarto y le dirá que sólo quiere llamar la atención, ¿y es que no puedes entender que estamos destrozados? Su hermana está muerta, muerta, y ella debería estar llorando, ¿y por qué no has llorado ni una vez, Judit? Ni en el hospital, ni durante todos los meses que examinaron a Carla, ni en el velatorio, ni en la incineración. Si grita ahora, tal vez mamá le dirá de verdad lo que piensa, que debió ser ella la que muriera carcomida por larvas. Ella, la bicho.

Así que se calla. Se calla, y va de puntillas por el suelo de madera hasta la cama de Carla, hasta la urna con filigranas azules, azules, de ojos, todos acusándola, todos burlándose, todos mirándola. La tapa se agita. La tapa se queda quieta. Pero no le tiembla la mano al abrirla y encontrarlos: gusanos revolviéndose entre las cenizas.

Hay muchos, demasiados para contarlos; todos pequeños, todos translúcidos, todos tienen ese ojo rojo haciendo de cara. Pestañeando. Todos miran a Judit. Y Judit les devuelve la mirada.

No se mueven, ella apenas respira. Un gemido se le muere en los labios, uno que debería sonar a: «¿mamá?» si lo dejara escapar. Pero piensa en recorrer el pasillo y bajar las escaleras y encontrar a sus padres delante de la tele apagada, sin hablar, sin mirarse, y enseñarles la urna llena de cenizas, llena de gusanos. Piensa en pedirle a papá que por favor mate a los bichos. Piensa en cómo la mirará mamá. Y la posibilidad de que le pregunte si (la acuse de) los ha puesto ella dentro, con los ojos azules como los de Carla y la boca fina como la de Carla, y se le retuerce toda la piel. Se imagina que su madre contrae los labios, pero en vez de decir las palabras que siempre la imagina diciendo, esta vez le canturrea:

—La bicho, la bicho, la fea de la bicho…

Y para acallarla, Judit hunde la mano en las cenizas y acoge a los gusanos entre sus dedos y los mira y ellos la miran y entonces se los acerca a los labios y abre la boca y los deja culebrear dentro. Entran veloces, como si llevaran toda la vida esperándolo. Debió pasarle a ella, lo saben también, por eso entran y serpentean por su lengua, se retuercen entre sus dientes, se le deslizan garganta abajo y abajo y abajo. Hay más gusanos mirándola desde la urna, así que los coge en otra bocanada. Y sigue, hasta que quedan solamente cenizas, y entonces cierra la tapa y se mira las manos sucias.

Pero no ocurre nada.

Se le retuercen en el estómago, sí, los siente, y espera a que la piel se le hinche y se le abra y le supure, como la de Carla. Espera a sentir que tiene algo en la garganta y que esa cosa abra el ojo en su cuello, desenredando las pestañas.

Pero no ocurre nada.

Y tanto la enfurece que casi agarra la urna y la tira contra la pared, pero, al final, se derrumba de rodillas, con la cara sobre la colcha tan lisa, y empieza a sollozar.

«¿Por qué no lloraste, Judit?», le preguntó mamá. Porque es como si lo hubiera hecho ella, porque fue su culpa, porque debió pasarle a Judit, porque es la bicho, y no un bicho de esos que se envuelven en un capullo y luego se vuelven guapos. Sólo un bicho de río, retorciendo las patas en el agua y fingiendo ser pez cuando sólo llega a pesadilla. Quizás no lloró porque creyó que ahora que Carla no está ella podría ser Carla.

Pero ni siquiera puede morir como ella.

Por eso ahora llora y llora hasta quedarse dormida.

Por la noche, sueña que su cuerpo cambia.

Está tirada en el suelo de madera, junto a la cama de Carla y las cenizas de Carla, y sueña que los gusanos le salen por las orejas y la nariz y la boca y por los lagrimales también. Sueña que se arrastran por todo su cuerpo y le comen la piel y se la cambian por otra nueva, sueña que se retuercen dentro de sus ojos y se juntan y se mezclan y se aplastan sobre sus iris, mordiéndose unos a otros, alimentándose unos de otros. Sueña que la estiran: le estiran los huesos anidando en los huecos entre sus articulaciones, le estiran la piel rompiéndola y después cosiéndose a las heridas para alargarla con sus cuerpos, sueña que devoran todo su pelo y se incrustan en su cabeza, enredados y rizados y casi, casi hermosos. Sueña todo, lloriqueando entre pesadillas, llorando bajito en la oscuridad de la cabaña mientras la lluvia lame las ventanas.

Debe estar soñando porque nadie se despierta para ayudarla.

Debe estar soñando porque el dolor es delicioso.

La mañana llega clara, hace sol, y se siente mucho, mucho mejor. Le cuesta tres intentos levantarse, pero lo consigue, y su cuerpo es diferente, es mejor (aunque tiemble y se retuerza y se revuelva y esté hecho de millones de gusanos). Se refleja en la ventana; pero quien le devuelve la mirada es Carla.

Se toca la cara (de Carla) y el pelo (de Carla), se toca el cuerpo: el vientre, los pechos, los glúteos, las piernas. Y cuando sonríe, siente que los labios se le estiran demasiado, como puntos que van a soltarse, todos vibrando un poquito (los gusanos que se retuercen) y ve a uno o dos deslizándose por dentro de su mejilla y su paladar, pero ¿importa?

Más feliz que nunca, abre la puerta y dice:

—¿Mamá? ¿Mamá? ¡Soy Carla!

Y aunque mamá se deje el alma gritando cuando la ve (todos los gusanos que la forman se retuercen), ella sonríe porque sabe que se le pasará pronto, sí, pronto. Sólo ha perdido a la bicho.

Porque la bicho se ha envuelto en un capullo y se ha convertido en Carla.

¿Y no era eso lo que todos querían?



Fotografía de Ron Lach, 2021

Celeste

A.L.H.

España

X (antes Twitter): @ehcimra

¿Alguna vez has sentido estar atrapada en un cuerpo con el que no te identificas? ¿Atrapada en una realidad forzada por los designios de un ser superior? Así se sentía Celeste la mayor parte del tiempo, hasta que un día comenzó su transformación.

Era una mujer de mediana edad decidida a retomar el rumbo de su destino. Determinó que debería empezar por romper las cadenas de un matrimonio infeliz y tirar abajo todo ese teatro que lleva representando durante media vida. El objetivo lo tenía claro: estar en paz consigo misma, en cuerpo y mente.

De siempre le encantó observar las estrellas y todo lo que tiene que ver con la astrología, por eso decidió que no quería vivir en la ciudad. Prefería hacerlo un poco más lejos, donde la contaminación lumínica no le impidiese contemplar el cielo y sus secretos.

En su nueva residencia adoptaría ciertos hábitos, como el de escapar de la cotidianidad paseando por los linderos del bosque hasta un pequeño estanque, alejado del bullicio de la civilización, donde se sienta plácidamente a contemplar el firmamento.

El estanque se encuentra a mano derecha de algún punto indeterminado en el camino de Osorio. Le encantaba respirar el aire fresco del verdor y sentarse a los pies de la alberca, contemplando el bello paisaje que se abría ante sus ojos. De día, diminutos peces de colores bailaban bonitas coreografías subacuáticas para darle la bienvenida, o eso le gustaba pensar a ella. De noche, el croar de las ranas acompañan a un cielo brillante, cuyo reflejo en la superficie del estanque parece cobrar vida.

Muchas veces, no contenta con visitar el estanque, le apetecía llevarse un pedacito de él consigo. Capturaba algunos pececillos de alegres tonalidades para llevárselos a casa e introducirlos en peceras improvisadas. Tenía más de una docena de diferentes tamaños y formas: jarrones, barreños, garrafas de cinco y ocho litros… Todos ellos haciendo la función de mini estanques.

No miento si digo que dicha costumbre me pareció al principio digno de una persona que precisa asistencia en un sanatorio mental, pero tienes que conocerla personalmente para darte cuenta de que dichas acciones no son producto de una cabeza desequilibrada, sino de una mente que se encuentra en continúa búsqueda de connivencia con el cosmos.

Alguna noche me invitó a que la acompañase en sus paseos al estanque. Eran nuestras noches de pijamas, por así decirlo. Yo era su confidente. Algo más que una simple compañera de trabajo. Quizás la testigo que tiene que dar fe de los hechos extraordinarios que estoy por contar.

Si tuviera que reseñar lo más destacado de nuestro primer paseo, quizás me quedaría con las extrañas energías que pude presentir cuando me senté junto a ella en el borde del estanque, con los pies hacia el interior. Recuerdo que hablábamos de nuestras cosas y, cuando quisimos darnos cuenta, ambas estábamos sentadas en silencio, contemplando las estrellas que se veían reflejadas en la superficie del agua como un espejo. Todo el brillo celestial prisionero en un pequeño remanso

de agua. Y ahí el tiempo se esfumó, no sé muy bien cuándo sucedió, pero no fuimos conscientes del paso del mismo.

Transcendimos en algo más allá. Nuestras consciencias se sumergieron en aquellas aguas plácidas y se extrapolaron a dimensiones desconocidas para la humanidad.

No soy de esas chicas supersticiosas que buscan en la magia y en la influencia de los astros las respuestas a aquellas preguntas para las que la ciencia no las tiene. Pero sí soy una persona sensible a los estímulos. Y yo sentí algo. Algo que no puedo explicar. Algo que me cuesta recordar.

De algún modo, las aguas de ese estanque me atraparon y sumergieron en un torbellino de sueños nebulosos, de imágenes caóticas difícilmente semejantes a cosas vistas hasta ahora: paisajes irreconocibles de planetas lejanos, símbolos y jeroglíficos indescriptibles, sonidos casi inaudibles, pero de algún modo perceptivos, seres extraños de complejidad ínfima en cuanto a estructura molecular con respecto a nosotros, etc. Y todo ello, en vez de crear perturbación, de algún extraño modo transmitía una tremenda paz y sosiego.

Cuando volvimos en sí, la noche se despedía sobre nosotras y en el horizonte un brillo anaranjado nos invitaba a disfrutar de un bonito día. Sin darnos cuenta habíamos pasado horas absortas, inconscientes del tiempo y del espacio. Después de capturar al nuevo compañero de piso de mi amiga, volvimos andando a casa sin hablar, reflexionando sobre la experiencia extrasensorial. Sumergidas en nuestros propios pensamientos abstractos.

En ese momento entendí el porqué ella repetía una y otra vez las visitas al estanque.

En una de sus tantas visitas algo extraño le sucedió, y ese fue el inició de los terribles acontecimientos que sucedieron.

Recuerdo que recibí una llamada suya un jueves de madrugada, las horas intempestivas provocaron en mí un terrible sobresalto. Me relató que, no sabía cómo, pero llegó empapada a casa. Le pregunté si se refería a que la había cogido la inesperada lluvia primaveral por el trayecto, pero me contestó que no, que tenía la extrañara teoría de que cayó al estanque y permaneció en su interior, inconsciente, tantas horas o más de las que suele pasar siempre sentada en el borde. Ella insistía en que fuera posible que hubiera pasado varias horas sumergidas en el agua.

Por más que le dimos vueltas y que barajamos opciones, aquella noche no encontramos respuestas a lo que le pudo haber sucedido. Albergué la esperanza de que todo fuera producto de una confusión propia de la pérdida de consciencia que provocaban aquellas misteriosas aguas.

Debo confesarles una cosa, y es que hace tiempo que yo había empezado a advertir cambios en su persona. En mi humilde opinión, una dependencia psíquica y física a los estímulos extrasensoriales allí experimentados.

Yo había notado cómo su interés a los asuntos estrictamente terrenales disminuyó con el paso del tiempo, y en contrapartida aprecié cómo buscaba continuamente evadirse al más allá.

Había aumentado el período de frecuencia de sus visitas al estanque, ya no solo se trataba de visitarlo alguna noche de los fines de semana libre, sino también alguna tarde después del trabajo; y de un par de horas sentada a la orilla. Había pasado a pegarse más de la mitad del día en aquel lugar. Las peceras improvisadas se acumulaban de manera desordenada en su pequeño piso.

Cuando por cualquier motivo no podía ir, se notaba en su estado un ligero nerviosismo, impropio hasta entonces de ella. Temblores y sudores se manifestaban como si se tratase de un yonqui que no obtenía su dosis transdimensional. Podías percibir en su persona un claro síndrome de abstinencia. De algún modo, ella cruzó una línea muy peligrosa y que solo se puede explicar narrando con exactitud los hechos que prosiguieron al día que permaneció sumergida dentro del estanque.

Como era de esperar, el viernes no acudió al trabajo. Sinceramente, no le di la suficiente importancia, ya que pensé que probablemente se encontraría resfriada al haber llegado empapada a casa. Pero el domingo, al llegar a mi piso, encontré en el contestador un inquietante mensaje de voz en el que ella me pedía que la visitara urgentemente a su apartamento, que algo extraño le estaba sucediendo.

Me personé tan rápido como pude en el lugar. Su edificio, de seis viviendas, era la típica casa antigua donde sus propietarios habían levantado un par de plantas superiores para vivir de los alquileres. Ella vivía en el segundo piso derecha. Cuando me abrió la puerta y entré a su salón noté la casa diferente. Las peceras no se encontraban en sus sitios habituales, sino amontonadas unas sobre las otras en el centro de la estancia. Una manta gruesa colgaba del riel de la cortina para impedir, más aún, la entrada de luminosidad. El ambiente se encontraba cargado con un fuerte olor a agua empozada y comida de peces.

El aspecto de mi amiga no mejoraba el panorama. Me abrió la puerta completamente desnuda, empapada de arriba abajo y con una respiración dificultosa. Además, creí percibir algo extraño en el pelo que no me atreví a preguntar. Apenas pronuncié palabra alguna, pues mi asombro y búsqueda de lógica a lo que mis ojos observaban me lo impedían. Ella tampoco esperó, me agarró de la mano y me llevó hasta el cuarto de baño donde la tina se encontraba colmada de agua. No pude evitar poner cara de asco, pues al agarrarme de la mano noté un tacto distinto al acostumbrado, como si su piel se encontrara más escamosa de lo habitual. Me hizo gestos de que me sentara en el váter antes de sumergirse completamente en la bañera. No tardó mucho en salir, asomando solamente la cara y manteniendo el resto de su cuerpo dentro del agua. Fue entonces cuando me puso al día sobre lo que le estaba pasando.

Al parecer, la noche que llegó empapada no pudo dormir. Su mente fue azotada de extraños sueños que la mantenían activa. La temperatura de su cuerpo subió notablemente sobrepasando los límites naturales del ser humano. Me susurró, como si tuviera miedo de que alguien nos oyera, que la única manera de regular su temperatura era sumergiéndose completamente en el agua.

Y así pasó las horas. Y luego los días.

Según me contó, el agua es buena conductora de lo extrasensorial, así que no solo su mente se mostraba activa durante sus letargos sumergidos, sino que parte de ella se extrapolaba al más allá. «Ya no necesito ir al estanque para conectarme, lo puedo hacer desde la bañera de mi casa».

Me explicó cómo se había vuelto más irritable a los estímulos propios de los humanos: como la cegadora luz que entraba por su ventana, la cual le creaba molestias en la vista, dificultando considerablemente su visión; o los sonidos especialmente estruendosos que parecían perforarles los oídos.

Su piel había transmutado, volviéndose más porosa, y le costaba cada vez más separar sus dedos, notando como estos parecían unirse entre ellos a través de una fina membrana viscosa.

Mientras hablaba y me contaba todo esto, pude apreciar cómo su voz se había tornado bastante más nasal y grave. Su respiración también era diferente, e incluso creí percibir burbujas saliéndole de alguna parte del cuello. Su cabello, putrefacto de la humedad, se le había empezado a caer dejando grandes huecos claros en el cuero cabelludo. Como si de cráteres se trataran. Un extraño escalofrío recorría mi cuerpo.

Pero eso no era todo, me contó que había empezado a escuchar sonidos que hasta entonces le había resultados inapreciables. Sonidos que siempre habían estado ahí, pero que permanecían invisibles a cualquier percepción humana. Cuando los escuchó por primera vez simplemente se trataba de un ruido, pero poco a poco y de manera inexplicable, comenzó a entender que era un lenguaje hasta entonces desconocido para ella. Ahora los entendía, eran pequeñas voces susurrantes que la llamaban. La invitaban a dar el paso. Querían que se uniese a ellos.

Su aspecto y esas elucubraciones propias de un paciente de psiquiátrico me sobrecogían el alma. No sabía cómo podía ayudar a mi amiga, si llamar a un médico para que certificase su locura o a un clérigo para exorcizarle todo el mal.

Me hizo prometer que no le contaría nada a nadie, que seguramente en un par de días se encontraría mejor, aunque ambas sabíamos que eso era mentira. Nosotras sentíamos que algo extraño estaba ocurriendo y que eso, fuere lo que fuere, terminaría sucediendo. Lo peor de todo es que las dos estábamos completamente seguras de que su deseo era que ocurriese. Quería acudir a la llamada. Ella lo estaba deseando. En el fondo, yo sabía que mi amiga había dejado de existir para este plano dimensional y existencialista.

***

Habían pasado unos pocos días de la última vez que la visité en su casa, de cuando pude presenciar su aspecto deforme, y desde entonces mis intentos por comunicarme con ella resultaron infructuosos. Así que decidí desplazarme hasta la vivienda.

Toqué la puerta con reiteración, pero no obtuve respuesta. Me percaté de que los golpes en la misma sonaban extraños, como opacados. Así que sin pensármelo dos veces intenté tirarla abajo. Una fuerte patada, a la altura de la cerradura, fue suficiente para que la puerta se quebrara y para

que un torrente de agua me golpeara en el pecho con violencia. De la presión salí despedida contra la puerta de la vivienda vecina. Litros de agua manaron caudalosamente de la casa. Peces de colores brillantes y llamativos nadaron desenfrenados por el inmenso océano que se les abría a su paso.

La vivienda se encontraba completamente inundada y oscura. La única luz que se colaba en el interior, de manera tímida, procedía ahora de la puerta. Intenté abrirme paso hasta el grifo de la cocina para cerrar la llave y quitar el tapón del sumidero. El agua me llegaba a la altura de las rodillas. Algunos útiles del hogar flotaban a la deriva y los muebles, hinchados por la acción del agua, dificultaban el paso. Accedí como pude por el pasillo hasta el baño, la puerta se encontraba cerrada, y noté cómo se filtraba agua por sus marcos. Me llamó especialmente la atención que goteara del bastidor superior.

El corazón me dio un vuelco y me preparé para lo peor. Si el agua se encontraba a tal altura, ¿cómo era posible que mi amiga pudiera estar respirando en esa habitación?

Me dispuse nuevamente a abrir la puerta asustada, sabiendo que una vez abierta, el agua que saldría de ella me arrastraría. Así que pertrechada con una silla a modo de escudo que encontré flotando, la abrí y… ¡maldita sea! Como predije, el torrente de agua me golpeó salvajemente estampándome contra la pared del pasillo.

Sentí cómo mis carnes se abrían en la parte trasera de mi cabeza. Pero esto no me frenó y me abrí paso como pude hasta el interior. Cerré a tientas todas aquellas llaves que se encontraban abiertas y busqué a Celeste palpando a gatas toda la habitación, pero, para extrañeza mía, no la encontré por ningún lado.

O al menos su cuerpo orgánico tal y como lo recordaba. Lo único que hallé en el interior de la bañera fue un bello pez, casi del tamaño de una mano, el cuál emitía una luz intermitente que variaba en intensidad y color en cada parpadeo. Se movía de una manera tranquila y pausada, como aletargada, y su bonita cola de velo hipnotizaría incluso al más escéptico.

Mi cabeza no llegaba a comprender nada de lo que allí pudo haber acontecido. Solo sé que lo siguiente me estremeció más aún si cabe. En la puerta del baño, donde el agua aún cubría casi hasta las rodillas, un pequeño y ordenado ejército de peces de colores me intimidaban con sus ojos amenazantes; colocados en perfectas hileras rectas y flotando unos sobre otros, manteniendo la misma distancia entre ellos como si estuviera delante de las tropas del mismísimo Tercer Reich. Me dio la sensación de que se mantenían a la espera de algo que no querían que yo impidiese.

El pez lumínico, que se contoneaba lentamente en el interior de la bañera, inesperadamente dio un salto y se puso frente a mí en el centro de la estancia. El susto me sobresaltó de tal manera que al intentar retroceder me resbalé y me quedé sentada en el inodoro. El pez brillante nadó hacia mí y me miró profundamente a los ojos.

No me vais a creer, es imposible que una mente sana pueda comprender lo que voy a narrar a continuación. En sus ojos pude ver una imagen familiar, una imagen que ya presencié unas noches atrás. En ellos observé el cielo reflejado en la superficie del estanque, pero eso no fue todo, como si de un agujero negro se tratase, mi inconsciencia se hundió en las profundas aguas y nadé hacia la estrella más brillante. Esta estaba poblada por los más variados y bonitos peces de colores que jamás haya visto; y allí, en el centro de todos ellos, se encontraba mi amiga Celeste tal y como la recordaba. Entendí que no importara el aspecto que ella tuviera, yo siempre sería capaz de reconocerla.

El pez apartó la mirada de mí, lo cual me sacó bruscamente del shock en el que me encontraba, y salió del baño a la cabeza de aquel ejército de las profundidades. Cuando me recompuse, hice todo lo posible para seguirlos.

Era extraño el modo en el que el caudal de agua se mantenía de una manera regular en contra de cualquier ley de la física gravitatoria, como era subir pendientes creando una especie de camino acuático para aquellos seres. La luz que emanaba aquel pez especial me facilitaba la labor de seguimiento, pues podía verlo aún en la distancia. Salieron del portal, subieron la cuesta y tomaron la acequia, a la que la calle le debe su nombre, y en ella subieron la cuesta del Rincón; tomando el camino boscoso y terminando, como no, en el estanque al que tantas veces Celeste había acudido.

La tarde se estaba despidiendo, el sol primaveral se escondía tímidamente tras las montañas y la luna aguardaba en lo más alto su momento para brillar. Corrí con premura hasta el borde del estanque. El pez bioluminiscente parecía nadar a cámara lenta, luciéndose sobremanera y sumido en una paciente espera.

Cuando finalmente el sol se ocultó, ocurrió algo mágico e inexplicable. Un rayo de luna se reflejó en la superficie del estanque y, como si de agua se tratase, tendió un camino hacia aquel espécimen único, el cuál nadó por su superficie hasta que se perdió de mi vista en la inmensa negrura del cosmos.

Nadie volvió nunca más a ver a Celeste, o al menos tal y como la recordaban. Yo, en ocasiones, visito aquel estanque para contemplar el cielo y, cómo decirlo, comunicarme con ella.

Hoy, no sé cómo, he vuelto empapada a casa.



Fotografía de Anastasiia Chaikovska, 2023

Por amor

Génesis García

Chile

Instagram: @genesis_garcia2912
Facebook: Génesis García

Yo la amo. Todo se reduce a eso, finalmente. Yo la amo. La amo tanto que sería capaz de hacer cualquier cosa por ella.

Todo comenzó dos años atrás. Lucía apareció frente a mí un día como salida de un sueño. Era alta y preciosa, toda curvas y suavidad. Su cabello olía a fresas y su cuerpo rollizo y encantador siempre desprendía un aroma cálido y familiar… como el abrazo de mamá. Tenía los muslos más gruesos que jamás vi, una cosa exquisita y maravillosa entre los que moriría con gusto. Qué cosa más hermosa era su figura llena y voluptuosa, incitante y deliciosa. Era todo un placer para mí verla pasar, verla cruzar los pasillos con su sonrisa eterna, sus gafas de marco metálico y su cabello lleno de rizos. Solía quedarme embobado viéndola, sin comprender por qué el resto del mundo no se paralizaba como yo.

Mis compañeros se burlaban de ella en secreto, llamándola por toda clase de nombres crueles y, por lo demás, muy equivocados. Vaca. Ballena. Morsa. ¿Cómo era posible que no disfrutaran de la vista de sus mejillas llenas y salpicadas de pecas de sol? ¿Cómo podían ignorar el dulce aroma de su piel, el sonido líquido y precioso de su risa, la suavidad de su piel blanca como el alabastro? ¡Y su cuerpo, Dios mío, qué cuerpo! Tenía unos pechos enormes, unas caderas redondas y perfectas y unos brazos regordetes que seguro daban los mejores abrazos del mundo. Era tan hermosa… siempre fue tan hermosa.

Nos hicimos amigos con facilidad. Ella era una persona alegre, con la que era sencillo iniciar una amistad. Era abierta y confiable, muy dulce y tan generosa como su pecho pródigo. Estudiábamos largas horas en la biblioteca, compartiendo un termo con café y un par de panecillos de canela que ella siempre hacía aparecer como por arte de magia.

Me gustaba verla leer. Fruncía el ceño y mordía su labio inferior en un gesto completamente adorable. Me quedaba embobado observándola, deseando probar sus labios, beber de esa boca pequeña y dulce, perderme entre sus carnes y hundirme en los secretos de su cuerpo generoso. Y un buen día, mi deseo se hizo realidad. Ella vio más allá de nuestras diferencias y decidió darme la oportunidad de amarla y venerarla como merecía.

Al principio, se mostró tímida y reticente, especialmente en nuestra primera noche juntos. Pero, para mí su peso nunca fue un problema. Verla desnuda fue la culminación gloriosa de todos mis sueños y mis fantasías más locas. Amé y adoré cada centímetro de su cuerpo voluptuoso, cada marca, cada mancha, cada estría. Me hundí en ella con la sensación de estar cumpliendo un sueño y el placer que sentí al adentrarme en sus más íntimos secretos me tuvo en las nubes por semanas.

Juntos descubrimos los senderos y las posibilidades del placer y así, con entusiasmo y buen humor, construimos una relación en la que decidí abocar toda mi existencia. Lucía temía el momento en el que daríamos a conocer nuestro noviazgo. Contrario a lo que todos pensaban, ella conocía perfectamente las crueles burlas de las que era objeto y se dolía por los horribles apodos y el juicio constante. Temía arrastrarme al escarnio público, como si yo ya no fuese el blanco de las burlas de mis compañeros de facultad. Estaba asustada del qué dirán, de las comparaciones

odiosas y las risas maliciosas. Era demasiado consciente de su peso y su estatura y le costó mucho comprender que, para mí, su peso era pura belleza y que su estatura la alzaba al nivel de un ídolo para mí.

No me importaba que se rieran de nosotros. Para ellos, no éramos más que la improbable pareja formada por un idiota flaco y sin gracia, y una diosa voluptuosa que me sacaba una cabeza de altura, pero, para mí, tener la oportunidad de estar junto a ella era un regalo impagable. Por algún tiempo, todo fue bien. Queríamos pasar cada minuto del día juntos, escondiéndonos en los rincones para besarnos y dejar fluir nuestra encendida pasión. En la oscuridad de un pasillo o la soledad de un aula abandonada, hundía mis manos dentro de su ropa y la dejaba cabalgarlos hasta que remontaba las olas de su placer y gemía en mi boca, ahogando con besos los sonidos de su culminación.

Nunca tuve tanto sexo en mi vida como en esos primeros meses de relación. Pero, pese a todo el placer compartido y la pasión que me desbordaba, por lejos, lo que más disfrutaba era verla comer.

Lucía tenía una boca pequeña y carnosa, de labios gruesos y rojizos que se fruncían con deleite cuando un sabor agradable tocaba su lengua. Verla comer era casi tan orgásmico como tener sexo con ella. Emitía pequeños ruiditos de placer con cada bocado y muchas veces su escote y su cuello rollizo se llenaban de migas y jugos que yo, goloso, recogía con afán. Era como ser alimentado por una diosa y me sentía honrado de comer sus migajas, de probar una pequeña parte del placer que ella sentía al comer. Al principio, mi comportamiento le causaba risa. Le parecía muy divertida mi obsesión con verla comer y comer de sus migajas. Se reía constantemente, comparándome con un pajarillo. Pero, a medida que pasaba el tiempo, ya no le pareció tan divertido.

Comenzó a alejarse poco a poco de mí, espaciando nuestras visitas y reduciendo el tiempo que pasábamos juntos. Ya no se escondía conmigo por los pasillos para besarnos, ni pasaba las noches en mi casa. Comenzó a quejarse de mis intentos por ofrecerle un festín cada vez que me visitaba y me acusó de querer engordarla a propósito, con fines egoístas: creía que yo, celoso empedernido, la estaba volviendo aún más indeseable para los demás, para que nadie volteara a verla. Pero no eran esas mis intenciones. Todo lo que quería era verla comer, sentir su cuerpo rollizo y cálido presionado contra el mío, observar sus labios masticando con gula y su hermosa expresión al comer. ¿Acaso era malo desear verla feliz? Ella era feliz comiendo, ¿cómo privarla de ese placer?

Seis meses después de iniciada nuestra relación, ella la dio por terminada. Me pidió que la dejara en paz y se alejó definitivamente de mí, negándose a responder el teléfono o a contestar mis mensajes. Caí en una profunda depresión en la que adelgacé aún más, negándome a comer nada que no fueran las migajas de su pecho pródigo y generoso. Enfermé. Y cuando mi cuerpo enfermó, supongo que mi mente le siguió con rapidez. Pero, deben comprenderme. Yo la amo. La amo con pasión, con locura; la amo total y absolutamente. Nada existe en el mundo para mí fuera de ella.

Lucía es todo lo que siempre he querido, lo mejor que me pasó en la vida y no estaba dispuesto a dejarla ir, así como así. Comencé a seguirla, a esperarla en la entrada de su casa, a enviarle flores y chocolates, pero, nada daba resultados.

Un par de semanas después, finalmente accedió a hablar conmigo y se presentó en mi casa al atardecer. Mi corazón se saltó un latido al verla ahí, de pie frente a mi puerta. No importaba que su ceño estuviese profundamente fruncido, ni su postura incómoda. Estaba ahí y eso es todo lo que importaba en ese momento. La invité a pasar y ella se dejó caer sobre el sofá reforzado que compré durante nuestro noviazgo para poder poseerla en todo lugar de mi casa. Alzó la mirada y me enfrentó, muy seria.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Rodrigo? —preguntó, sonando muy cansada—. Me sigues todo el día, todos los días… Ya ni siquiera puedo dormir bien por las noches, imaginando que un día te encontraré dentro de mi casa, junto a mi cama.

En ese momento mordí mi mejilla interna, evitando decirle que ya lo había hecho un par de veces… No creí que fuese algo malo, pero ella parecía considerar mi devoción como algo perverso. Profano. Incorrecto.

—Solo quiero que me des otra oportunidad —supliqué, acercándome a ella un paso más. Quería volver a oler el perfume de su cabello—. Quiero que comprendas que te amo y que debemos estar juntos, porque somos el uno para el otro… —intenté explicar, pero la expresión en su rostro era de supremo cansancio.

—¿Es que no lo entiendes? Yo ya no quiero estar contigo —replicó, lo que rompió mi corazón en mil pedazos—. Ya no quiero estar con una persona que me ve como si no fuese de este planeta, que me obliga a comer, me vigila y me cela y no se preocupa para nada de mi salud y mi bienestar. Quiero mejorar, Rodrigo —afirmó, sonando tremendamente dolida—. La obesidad es una enfermedad y me ha acarreado muchos problemas. Si no cambio, no viviré lo suficiente como para arrepentirme.

Sus palabras me dolieron en el alma. ¿Por qué veía mi amor por ella como un incordio? ¿Por qué sentía que yo no me preocupaba por ella y su bienestar? ¡Todo lo que hice lo hice por ella, para que fuera feliz, para que estuviera bien y contenta y a gusto conmigo! Sin embargo, Lucía consideraba que mis esfuerzos eran una molestia, como una piedra en el zapato y debía sacarme de su camino sin misericordia. Yo era un pequeño tumor y ella el escalpelo que me extirparía de su vida.

—No tienes nada que cambiar, eres hermosa… —intenté rebatir, pero ella me calló con un gesto.

—¡Eso es lo de menos! —exclamó—. Me diagnosticaron diabetes, Rodrigo. Estoy enferma gracias a la comida y comprendí al fin que esto debe parar. Ya no más. Estoy decidida a cambiar de hábitos y de vida, a intentarlo una vez más y luchar por mi salud. Me someteré a una cirugía

bariátrica y, por una vez en mi vida, dejaré atrás este abrigo de grasa que tanto daño me ha hecho —afirmó, sin comprender el efecto que sus palabras tenían para mí.

En ese momento el mundo cayó a mis pies. ¿Cirugía bariátrica? ¿Iba a cambiar? ¿A adelgazar? ¿Dejaría atrás toda su felicidad solo por una piedra en el camino?, ¿por una enfermedad de nada? El aire pareció hacerse escaso y mi visión se nubló. De pronto vi todo negro y por un momento, me olvidé de mí mismo. Tenía que detenerla, fuera como fuera.

No sé en qué momento cogí la lámpara ni tampoco cómo hice para trasladarla escaleras arriba. Supongo que el dolor y la rabia me dieron las fuerzas. Una cosa buena de estudiar medicina es que tienes acceso a mucha información y los agentes farmacéuticos están siempre dispuestos a entregarte muestras de sus productos. Esterilizar el área fue lo más complejo. No quería exponerla a infecciones ni contaminación y por eso me esforcé mucho en dejar todo limpio para asegurar el éxito de mi misión.

Volver a verla desnuda fue todo un placer. La visión de su cuerpo rollizo y lleno de curvas me ocasionó la primera erección en meses y me obligó a trabajar con rapidez… no podía darme el lujo de satisfacerme aún, no cuando había tanto trabajo por hacer.

El escalpelo se deslizó con facilidad por su piel nívea y perfecta, sin alterarla ni sacarla del profundo sueño inducido por el éter. Corté lenta y cuidadosamente cada porción de piel, preparando meticulosamente su transformación. Recuerdo cantar entre dientes mientras separaba la piel de la fascia muscular y extendía la amplitud de su piel como una manta sobre mi cama. Cosí apretadamente los bordes de cada centímetro de piel a las sábanas de mi cama, impidiendo todo escape. Eso era lo más importante, impedir que se fuera de mi lado de nuevo.

Ella era mía, tenía que ser mía o iba a volverme loco. La aguja se hundía una y otra vez en el tejido y de regreso a la tela; de la tela al tejido epitelial en una larga danza que parecía no terminar. Ella era alta y había mucho espacio que cubrir. La operación duró horas y fue difícil controlar la pérdida de sangre, especialmente solo y con escasos recursos, pero finalmente lo conseguí.

Lucía yacía de nuevo en mi cama, sin embargo, esta vez para siempre. Aumenté el volumen del suero que circulaba por sus venas y pronto mi preciosa Lucía salió de su inconsciencia, volviendo lentamente a la consciencia. El dolor debió golpearla de inmediato, porque los gemidos no se hicieron esperar. No la culpo. Los receptores del dolor se ubican en las capas más superficiales de la piel y tenerlas así de expuestas debía ser una auténtica tortura. Pero ella se lo buscó. Se lo buscó cuando se alejó de mí, cuando me despreció, cuando decidió que sería buena idea cambiar de apariencia y negarme la oportunidad de amarla y venerarla como a una Venus de Milo.

Se quejó en voz baja e intentó removerse sobre la cama y entonces, sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando notó lo que pasaba. El horror llenó su rostro al notar que su piel estaba cosida a mi cama y que ya no podría escapar, y, antes que pudiese hacer nada, comenzó a gritar

como una desquiciada, llamándome con los nombres más horribles que jamás escuché y acusándome de cosas terribles. No me importó. Un poco de éter arregló las cosas y un par de puntadas bastaron para sellar esos labios preciosos que de pronto decidieron volverse en mi contra.

Horas más tarde, su boca ya no podía lastimarme. Fue su mirada la que me caló hasta el alma. Se veía tan dolida, tan traicionada, que no soporté tener esa mirada terrible sobre mí. Seis puntadas bastaron para cerrar sus párpados y entonces, al ver mi obra terminada, me estremecí. Ella era, de nuevo, perfecta. Perfecta y mía. Mía como nunca antes, mía para siempre. Por fin se había transformado y era perfecta, completamente perfecta. Ya no se quejaría ni se iría de mi lado, no volvería a reclamarme ni a exigirme cosas. Utilizando las técnicas correctas podía mantenerla viva tanto tiempo como quisiera y, si por mi fuera, ese tiempo sería eterno.

Me recosté a su lado, o, sobre ella, mejor dicho y disfruté de la deliciosa sinfonía de gemidos, quejidos y alaridos acallados que amenizaron mi noche. Una mano se hundió bajo mi ropa y por primera vez en semanas, pude, al fin darme placer a mí mismo, cobijado por el delicioso aroma y la exquisita suavidad de la piel de Lucía.

Yo la amo, ya lo dije. La amo y jamás, jamás, dejaré que se vaya de mi lado.



Fotografía de eberhard grossgasteiger, 2018

Cada luna creciente

Alex VAE

Costa Rica

X (antes Twitter): @Alex_VAE

Instagram: @Alex_VAE_

Blog: consejosdeunabetareader.blogspot.com

Un lobo marrón caminaba arrastrando un trineo vacío. El pelaje de la frente, orejas, pecho, patas y del costado izquierdo era de un color grisáceo oscuro y ligeramente más largo que el resto del pelaje. Se movía en medio de árboles sin hojas y grupos de coníferas sobre una capa generosa de nieve recién caída durante la noche. Se detuvo cuando llegó a su destino y esperó en la oscuridad nocturna.

A pocos kilómetros se hallaba una pequeña comunidad cuyas luces podía mirar a la distancia, ni se diga del olor. Todos los integrantes del grupo Luz de sangre tenían un peculiar aroma a vejez, incluso los jóvenes. La luna creciente acompañaba a las miles de estrellas que se alcanzaban a ver en el cielo despejado.

—Todavía no —se repetía Emir siempre que veía aquellas luces cada mes. El deseo de ir era inmenso, apenas refrenable.

Sus orejas lo alertaron. A veinte metros una camioneta que había venido de la villa se detuvo. Dos hombres con trajes rojos y cinturón amarillo salieron. Sacaron del asiento trasero a un hombre que dejaron tendido en la nieve a modo de una ofrenda. Hicieron una reverencia pronunciando palabras ceremoniales y regresaron por donde vinieron.

Emir no tardó en llegar hacia la víctima del ritual de aquella noche. El hombre era joven, estaba pálido y apenas lo cubría una bata blanca manchada de sangre. Emir ignoró el quejido de terror del joven al colocar el trineo al lado de él. Lo empujó para subirlo, lo cubrió con una manta y, con el hocico y las garras, ajustó una correa. Asegurado el trineo, echó a correr lejos de allí, hacia su cabaña, donde había dejado fuego en la chimenea. Llevó el trineo hasta la alfombra del salón y volcó allí a su paciente, cerca de las llamas para que entrara en calor. Quitó la bata para revisar de dónde salía la sangre del joven, quien se lo veía sumamente confundido, aunque bastante débil como para protestar.

El vientre inflamado tenía una herida profunda y mal cosida de lado a lado. En una mesa baja Emir ya tenía listo un bote con un ungüento espeso; lo agarró con su hocico y lo esparció sobre la herida. Eso detendría el sangrado. Luego le llevó otro bote, esta vez con una sustancia aromática que colocó cerca de su cabeza. El joven entendió rápido que debía tomar aquel brebaje. Con cierta torpeza tomó el medicamento y luego cayó dormido.

Emir no podía hacer mucho más por el momento, pues la potencia de la magia de aquella noche lo mantenía en su forma animal, así que arrastró la manta sobre el cuerpo del joven y se echó cerca para vigilarlo. Era una lástima que su mejor amigo estuviera de viaje, era más simple con las manos de Silvain.

El fuego poco a poco se apagó entre respiraciones de sueño profundo.

La luz del sol devolvió a Emir su cuerpo humanoide de treinta y ocho años. Se estiró antes de levantarse para buscar ropa. Ropa que jamás podría disimular por completo su figura. El brazo y la pierna derechas medían como necesitaba su altura y mantenían una forma semilobuna, con

dedos terminados en garras y una cantidad de pelo demasiado denso para un humano promedio, pero demasiado ralo para un animal de montaña. Tenía un andar algo irregular por la diferencia de extremidades. La rodilla, muslo, torso, antebrazo y dorso de la mano izquierda lucían injertos de pelaje grisáceo.

No podía cubrirse todo el tiempo la parte superior del rostro y cuero cabelludo. Era una ventaja que el hígado fuese un órgano interno, sino sería otra cosa de su cuerpo que exteriorizaría su monstruosidad.

Sacó una caja botiquín de su habitación y se sentó al lado del joven que rescató horas atrás. El ungüento se había mezclado con la sangre antes de secarse. La hinchazón había bajado, aunque tardaría semanas en que la piel y los órganos regresasen a la normalidad. Emir limpió la zona previo a quitar los hilos mal puestos y realizar una sutura correcta. El joven no despertó durante el procedimiento ni al inyectarle sueros ni cuando lo limpió y vistió ni tampoco cuando lo llevó a un cuarto para pacientes. De hecho, no despertó hasta el cuarto día.

Emir supuso en aquellas jornadas que sus esfuerzos de curación otra vez resultarían en más bien cuidados para una muerte gentil. Ya había tenido pacientes que dormían por días y sólo despertaban para pronunciar sus últimas palabras. Al crepúsculo del segundo día cavó una zanja nueva en su cementerio y preparó un manto blanco para envolver a quien creía que pronto sería un cadáver. No fue así.

La tarde del día cuarto el joven hombre caminó por sí mismo hacia la sala, dudando en cada paso. Emir se sorprendió de ver al otro de pie y despierto. Dejó los documentos en los que trabajaba para dirigirse hacia él, quien retrocedió espantado por el aspecto troceado de humano-animal. Emir comprendió el miedo, así que se detuvo alzando las manos en gesto de paz. Detallar las zarpas de la extremidad derecha y el rostro extraño causaron escalofríos en el enfermo. Emir le explicó lentamente que él también había pasado por un infierno que le dio aquel aspecto, que también una noche de luna creciente fue dejado a su suerte en medio de la nada mientras tenía heridas sangrantes.

El joven relajó la postura, se mantuvo inmóvil, indeciso. Emir trató de acercarse, mas el otro reaccionó con temor en cuanto intentó ponerle la mano en el hombro. La debilidad corporal lo hizo tropezar y caer de espaldas. Ahogó una queja de dolor y encorvó la postura, protegiéndose la cabeza, a la vez que se disculpaba una y otra vez.

—Perdón, perdón, perdón…

Emir suspiró antes de ayudarlo a levantarse. Lo llevó hasta la cama y revisó que no se hubiera reabierto la herida. No ocultó el alivio que le llenaba la mente.

—Sos el primero que sobrevive más de tres días desde hace varios meses —admitió al sentarse en la cama—. Si dejás que te ayude, intentaré que sean más días. Yo soy Emir. ¿Cuál fue el nombre que te dieron tus padres?

El joven lo miró con desconfianza y bajó la mirada. Finalmente respondió en voz apenas audible: —Jeremías.

—Bien, Jeremías, lo único que te pido a cambio de mi atención médica es que seas honesto conmigo y que no salgas de esta cabaña hasta que te hayas recuperado por completo. ¿Podrás hacer eso?

El cabello castaño de Jeremías estaba largo y la barba ensombrecía sus mejillas y alrededor de los labios. No alzó la mirada para responder un simple «sí».

Emir se vio satisfecho con eso y fue a la cocina para servir un tazón de potaje medicinal. Hizo que Jeremías comiera antes de darle tijeras con el fin de que arreglara su aspecto. Después de aquello, el medicamento hizo efecto y Jeremías vomitó una sustancia sanguinolenta oscurísima. Emir aclaró que era una desintoxicación para terminar de sacar de su sistema cualquier porquería que lo hayan hecho injerir durante los meses de gestación. El joven aceptó sin más las palabras, rendido a las nuevas órdenes; se enjuagó la boca y durmió hasta el día siguiente.

La rutina de Emir durante la siguiente semana fue la de darle indicaciones a Jeremías para hacer que su cuerpo se recuperara. El joven acataba sin cuestionamientos, incluso permaneció en la cabaña encerrado cuando las tres noches de luna llena Emir adoptó su forma de lobo y salió de cacería. Aquella docilidad le hizo saber a Emir que Jeremías vivió varios años entre los habitantes de Luz de sangre, o, mejor dicho, sobrevivió.

Creyó en un principio, con tanto temor que Jeremías presentaba, que no podría dejar la cabaña bajo el cuidado de Silvain como en toda luna llena. Ser un licántropo durante esas noches lo volvía agresivo y receloso, sin contar que salir de cacería para traer comida para el mes lo dejaba cansado cuando regresaba a su figura bípeda.

Para sorpresa de Emir, Jeremías tan sólo ahogó un grito de sorpresa y se cubrió la nariz cuando conoció a Silvain. Silvain todavía usaba las prendas que lo señalaban como sacerdote, aunque no ejercía más el cargo de forma pública. No podía. Silvain hedía a putrefacción, tenía la piel de un blanco purpúreo y los ojos hundidos. Lo que antes fue un hombre de cuarenta años lozano y atractivo ahora era un cadáver de cinco días detenido en el tiempo y cuya alma fue retenida por fuerza.

—Perece que Dios está de acuerdo en que se cumpla tu plan —dijo Silvain a Emir cuando se hubo presentado con Jeremías—. Se ve que es un muchacho fuerte, podría ser de gran ayuda.

Jeremías no había entendido del todo las palabras del sacerdote, tan sólo asintió en obediencia cuando se le dijo que Silvain era quien se encargaba del hogar y los pacientes de Emir cuando este se hallaba indispuesto.

—Si necesitas algo, dímelo —había mencionado Silvain con sincera amabilidad.

Jeremías confiaba sólo en Emir, por ello esas noches se encerró en su habitación, a donde Silvain le llevaba la comida hasta la puerta. El joven salió únicamente para hacer sus necesidades y sacar los platos vacíos. Y en una ocasión en donde Emir, como lobo, le dio persecución a un siervo hasta la cabaña, en donde lo mató luego de hacer un desastre en la sala, el cual Silvain y Jeremías tuvieron que limpiar.

Cuando Silvain debió marcharse al pueblo más cercano, llamado Santa Rita, Jeremías pidió permiso para usar la cocina y prepararle una bebida de cacao con chile, típica de la región en donde se crio. Para el sacerdote fue una forma peculiar de recibir agradecimientos, aunque no menos cálida. Se fue con una sonrisa y un «nos vemos pronto».

Emir se sintió complacido de que su mejor amigo y su paciente actual se llevasen bien. Era un paso adelante.

Pasados varios días, la piel de Jeremías presentaba apenas una cicatriz rodeada de estrías, y su cuerpo se notaba más robusto. Su semblante mejorado ya podía evidenciar los veinticinco años que contaba.

Para la siguiente luna creciente, y, por tanto, un nuevo ritual, Emir alistó el trineo. La potente magia que influenciaba los alrededores lo hizo metamorfosearse en lobo ni bien el sol desapareció por el horizonte. A Jeremías no le gustaba verlo transformarse, no sentía justo que Emir pareciera romperse cada hueso para que pudiera adoptar una nueva figura. No había gritos ni quejidos, mas podía notar el dolor en la mirada contraria. Había visto cientos de veces aquella mirada en otras personas cautivas como él.

Jeremías tuvo la tarea de permanecer en la cabaña y esperar al paciente que trajera Emir. Silvain de nuevo no se encontraba disponible, o eso había dicho en una llamada telefónica. Jeremías pensó, aunque no lo dijo, que Silvain hizo aquello a propósito por motivos que no consiguió descifrar. Esta vez la víctima de Luz de sangre resultó ser una mujer con la piel de un tono azulado y de textura babosa. Había perdido toda su cabellera y vello corporal.

Jeremías dio a beber a la mujer los medicamentos que Emir le indicaba con la punta de su hocico. Esta vez no podían dejarla cerca del fuego de la chimenea, sino en la bañera con agua tibia y sal. Las piernas de la mujer estaban cosidas y se le había reemplazado su piel por las escamas tornasol de una sirena del mar oriental. Aquella, cuyo nombre era Danielle, no hacía más que llorar agradeciendo su rescate. Jeremías la conocía, pues la había visto muchas veces en un tanque de tres metros de altura y cinco de anchura cuando paseaba por los laboratorios con su vientre hinchado de una preñez antinatural. Se sintió un poco aliviado de saber que Emir la cuidaría.

La mañana siguiente Emir pudo examinar a Danielle y descubrió que los rituales que experimentó durante varios meses antes de ser desechada habían completado la metamorfosis. Los huesos no volverían a ser los de una hembra humana. Emir no reveló la información a Danielle, sino que le ordenó a Jeremías guardar el secreto y hacer lo posible para que se sintiera cómoda y creyendo que debía fortalecerse para una cirugía de reconstrucción.

Jeremías no entendió las motivaciones de Emir sino hasta la tarde siguiente, cuando Danielle bebió una sopa de tomate deliciosa antes de morir entre sueños pacíficos.

—Tomaron toda su vitalidad y algunos de sus órganos —dijo Emir mientras envolvía el cuerpo de Danielle en una manta blanca. Le había practicado una necropsia para confirmar que su causa de muerte fue la del síndrome de disfunción multiorgánica—. No iba a sobrevivir ni siquiera en el mar.

Jeremías, como acto reflejo, acarició donde estaba la cicatriz de su vientre cuando observó a Emir clavar una cruz de madera sobre la tumba de Danielle. Emir gozaba de una caligrafía muy linda, a criterio de Jeremías, pues le parecía elegante la forma en la que tallaba los nombres en las maderas funerarias. La luz de mano iluminaba el terreno. Era un cementerio bastante amplio entre árboles vigorosos y arbustos que florecían durante la primavera y el verano.

—¿Extrañas al bebé? —preguntó Emir al echarle un vistazo a Jeremías. El sudor por el trabajo recién hecho empapaba el pelaje de su cara y pecho.

—Es una niña… O tal vez deba decir hembra, el útero le pertenecía a una lamia de las Montañas Heliconíadas.

—Comprendo, temes que le pase algo horrible. ¿Eres su padre también o sólo te…?

—Es mía.

Jeremías no dijo nada más. Después de sembrar un arbusto sobre el montículo de tierra durmió durante toda la noche.

A la mañana siguiente Silvain apareció para saludar y, sobre todo, para hacer sus oraciones frente a la tumba nueva, la que antes hubiera sido de Jeremías.

Pocas noches después de la muerte de Danielle apareció frente a la puerta de la cabaña una mujer que llevaba un carretillo lleno de sacos y frascos. Emir la recibió con una sonrisa. Al dejarla entrar al salón se la presentó a Jeremías. Le explicó que su nombre era Angélica y que le traía suplementos medicinales desde Santa Rita.

La mujer extendió su mano paliducha hacia el joven. Él se retrajo en el sofá, bajando la mirada con miedo. Aquello no sorprendió a ninguno de los presentes, el cuello de Angélica evidenciaba que su cabeza de piel morena cubierta de lunares no le pertenecía al cuerpo de un blanco lechoso.

—Sólo me como un delincuente por mes, cariño, y sé que no eres uno —dijo ella con simpatía.

Los colmillos le sobresalían al hablar. Las palabras suaves no hicieron efecto en Jeremías, quien empezó a temblar. Angélica decidió no incomodarlo más, pues sabía por carne propia aquel temor hacia los extraños, por lo que apenas intercambió unas palabras con Emir y se marchó.

El licántropo ignoró a Jeremías la siguiente hora para permitir que retornara a la calma. Se ocupó de ordenar cada ungüento, hierba, brebaje y herramienta. Ni bien terminó, se echó en el sofá a beber una cerveza. Jeremías permanecía quieto con las manos rodeando sus rodillas.

—¿Por qué no te agradó Angélica? —cuestionó con curiosidad Emir.

Jeremías negó suavemente.

—¿Entonces?

—La piel de su cara… —Una imagen inundó su mente. El recuerdo de una pobre yegua de menos de un año de edad a la que le extirparon su cuerpo para colocarle el de una mujer. El animal jamás consiguió erguirse sin ayuda, por lo que fue dado de alimento para experimentos más grandes. Le subió un escalofrío hasta hacerlo sacudir la cabeza—. Ahora sé a quién le pertenecía ese cuerpo.

—Oh… Entiendo, entiendo.

El silencio inundó el salón. El fuego de la chimenea permitía una iluminación suave que hacía contraste con la madera de las paredes, la alfombra y los muebles pintados con colores vivos.

—¿También la salvaste? —preguntó Jeremías de pronto.

—No es la primera que sobrevivió a esos malditos, ni siquiera yo, pero sí la primera a la que no tuve que enterrar.

—¿Cuántos más hay?

—Todos los que conseguí salvar, nueve. Quienes siguen en contacto conmigo, cuatro…, más la viuda de un hombre que tampoco resistió. Aunque, también debo contar a una harpía que voló lejos ni bien fue abandonada, poco después alcancé a verla a lo lejos, se encontraba bien.

Jeremías escrutó el rostro deforme de Emir. Dudando.

—¿Hay alguien de quien quieras saber? —dijo con simpleza el licántropo y se terminó la jarra de cerveza.

Jeremías estuvo a punto de hablar. Se calló en última instancia y bajó la mirada.

Emir se levantó del sofá, fue a su salón de bodega para recoger unos archivos. Se sentó al lado de Jeremías antes de abrir una carpeta gruesa y llena de informes de personas desaparecidas.

—Los que no tienen sello no los he visto. Los de círculo rojo son los que encontré y murieron; en verde los que sobrevivieron.

Jeremías fue pasando las hojas con cierta timidez y poco a poco aumentó la velocidad. Había varios rostros con un círculo rojo y notas que indicaban la fecha, cómo los había encontrado Emir, últimas palabras y datos que averiguó hablando con las víctimas o habiéndoles hecho una

necropsia: las extremidades intercambiadas, con el corazón fuera de la caja toráxica, trasplantes de órganos, deformaciones animales, metamorfoseados en seres incompatibles con su naturaleza de nacimiento… Sólo quería encontrar a alguien, lo cual consiguió y confirmó sus temores: Su madre Sophie había muerto.

Cuatro años antes Emir llevó a Sophie a su cabaña e intentó que recuperara sus fuerzas, mas fue en vano. Sophie, quien resistió cuatro días, admitió que muchas veces le colocaron extremidades de otras mujeres como si fuera una muñeca de piezas intercambiables. En el último ritual le fue extraído el corazón y en el vacío pusieron uno de cabra. Sophie habló con Emir durante su agonía, le agradeció su dedicación y le pidió que le hiciera llegar un mensaje a su hijo, si es que lo encontraba: «el amor que te tengo a vos y a tu padre y a mi hermana me ayudó a resistir. Si podés vivir, vive». Ella, en su dolor, no pudo dar el nombre de su hijo, a quien llamaba «mi niño».

Algunas lágrimas resbalaron por el rostro de Jeremías.

—Lamento lo de tu madre —se sinceró Emir—. ¿Puedo ayudarte a encontrar un familiar?

Jeremías se limpió el rostro antes de responder con la voz algo afectada: —Yo tenía diecisiete cuando mataron a papá y a mi tía antes de llevarnos… No hay nadie más.

—Podés quedarte conmigo si te apetece o podés irte y rehacer tu vida.

El silencio regresó. Pesado, incómodo.

Jeremías pasó los dedos sobre la página donde estaba el retrato de su madre. El círculo rojo como acta de defunción. Entre las notas había una cita: «últimas palabras: extraño a mi bebé». Pocas hojas después se encontraba su rótulo de desaparecido, marcado con verde y notas simples: «Tiempo prolongado en cautiverio. Experimento del útero. Niña mestiza humano-lamia».

Jeremías cerró la carpeta para devolverla.

Ninguno de los dos volvió a tocar el tema durante las siguientes semanas.

Otras dos víctimas llegaron a la cabaña de Emir en ese tiempo. Un centauro cuyos huesos perdieron toda solidez y un humano a quien le cosieron partes de licántropo alrededor del cuerpo del mismo modo que le había sucedido a Emir. Uno resistió apenas dos noches y el otro consiguió vivir hasta el octavo día antes de rendirse por el dolor.

En ese tiempo Jeremías se había acostumbrado a las visitas de Silvain y de Angélica. Incluso los saludaba y respondía a los comentarios triviales de tipo «¿cómo has estado?» Y de «¿has probado este pan? Compré un poco para vosotros».

En una ocasión, luego de enterrar a otra víctima, llegaron otras tres personas a la cabaña. Le traían noticias a Emir sobre preparativos que Jeremías no llegó a comprender por completo. Él estaba más interesado en saber cómo todas estas personas llegaban desde Santa Rita con tales apariencias. Angélica tal vez podría ocultarlo con guantes, ropa adecuada y alegar que es

fotosensible por una enfermedad rara, pero Silvain… ¿cómo se esconde un cadáver andante? ¿Como se esconde un centauro que ha perdido sus miembros equinos porque se los han reemplazado por el cuerpo de un leopardo de las nieves?

Kyliam, el centauro, pareció intuir esas dudas cuando charlaban en el salón: —Es un pueblo que pretende ser normal. Los pocos que saben de nosotros guardan la discreción por respeto y los demás, aunque comentan rumores entre ellos, no les interesa meterse con gente que haya sobrevivido a Luz de sangre. Temen morir de formas cruentas.

—Además —dijo Sandy, una rubia con fuerte acento extranjero; la viuda de la que Emir había comentado—, yo soy la cara de un pequeño negocio de suplementos que vienen directamente de la ciudad. Mi difunto esposo dejó sus negocios a mi nombre, por lo que hemos podido arreglárnoslas sin ningún problema mayúsculo.

Entonces Jeremías lo entendió. Aquellos que Emir había conseguido salvarles la vida se comportaban como una pequeña comunidad que guardaban las apariencias para no atraer la atención de los acólitos de Luz de sangre. Eso explicaba que no vivieran todos en la cabaña. Debían verse como quien quiere una vida normal.

—Entre todos nos ayudamos —afirmó Anette con una sonrisa cálida—. Emir empezó esto y hemos decidido acompañarlo, no estar solos es una ventaja. Silvain dice que es una bendición. Él sabe de esas cosas, así que debe estar en lo cierto.

Anette tenía una expresión dulce. A Jeremías le impresionaba la amabilidad que destilaba su trato, pues no le concordaba con la cola de serpiente que le pusieron al amputarle las piernas, tampoco con las protuberancias de huesos animales en los codos, el injerto de piel de vaca que lucía su escote y las garras en vez de uñas.

Jeremías estuvo de acuerdo con Anette. Ya tenía mayor confianza para comunicarse. Pudo entablar conversación con los recién llegados sin sentirse amenazado.

Emir, habiendo notado su desenvolvimiento, decidió hacerle una pregunta cuando sus visitas se retiraron.

—¿Quisieras que dejáramos de recoger moribundos cada mes?

Jeremías pensó que Emir ya no deseaba ser un médico, lo que le causó cierta desazón. El hombre, quien ya lo veía como a un amigo, le aclaró la situación: —Deseo destruir a Luz de sangre. Tengo un plan cuidadosamente pensado para siete individuos aparte de mí, me falta uno.

Jeremías lo miró con atención. Se preguntó qué podía ofrecerle. No tenía la fuerza de un licántropo ni la velocidad de un centauro ni el conocimiento de un clérigo, mucho menos la destreza de una equidna.

—Mi plan va más allá de la fuerza, Jeremías. He creado una versión de mi plan para lo que podés ofrecerme. Estuviste mucho tiempo allí, el suficiente para completar un mapa mejor del que

contamos… Además, como dije, requiero que participen activamente a mi lado siete personas. Ni más, ni menos.

El joven se encogió de hombros, pensando. Al fin contestó con voz algo temerosa: —Si me niego, ¿qué harás conmigo?

—Entonces esperaré a que otro acepte. El mal es paciente, el bien tiene que serlo aún más. Cuando ese momento llegue, entre mis propósitos estará traerte a tu hija si así lo deseas. Si no, sé de personas que la cuidarán bien. Podrás quedarte aquí o irte a donde querás. Lo único que te pediré es que guardés silencio sobre nosotros.

La mirada de Emir era honesta. Extendía a los lados de su sillón los brazos a medio camino entre la humanidad y la bestialidad.

Jeremías se planteó la propuesta deliciosa de frenar de una vez por todas a los sujetos que tanto daño le hicieron bajo la idea de que se llega a la iluminación divina por medio del fluir de la sangre viva. Recordó los dolores de cargar en su cuerpo a una niña creada como experimento. Un cuerpo que no era apto para el proceso tan milagroso como lo era el embarazo. Cuando era adolescente pensaba que quisiera tener un día una esposa y que le cumpliría todos los antojos para mimarla mientras sus hijos se formaban, en un diseño único, dentro de su vientre. Había querido ser un hombre fuerte y cariñoso como lo era su padre y trabajar felizmente en el arte de la metalurgia.

Ahora, en cambio, la vida era diferente. Jeremías ya no se sentía capaz de siquiera mirar a los ojos a ninguna mujer ni a ningún niño. Las emociones que más había sentido en los últimos años fueron miedo y culpa. ¿Cómo podría tener una familia así? ¿Cómo podría valerse solo, si la sola idea de tener que sobrevivir fuera de la amistad de Emir le provocaba desasosiego? Hace meses que escapó de la pesadilla, pero todavía se sentía atrapado y como un fenómeno, tanto o más que sus nuevos aliados.

—Recordá que sos libre de elegir —comentó Emir de la nada—. Destruyeron tu dignidad por mucho tiempo y la de tu hija, pero no significa que puedan seguir haciéndolo. Tanto si escoges irte, como quedarte sin entrometerte o quedarte y acompañarnos, será una decisión nada más que de vos mismo.

Emir, sabiendo lo importante del asunto. Le dijo que le respondiera en una semana. Ese día regresaría de la ciudad otro colega, Thierry, con nuevas noticias. Sería el momento ideal de compartir todo lo necesario para el futuro o ayudarle a sus planes para regresar a ser un civil lo antes posible.

En medio de aquella semana hubo luna llena. Silvain estuvo en la cabaña en todo momento. Ya Jeremías podía hacerle preguntas y sostener conversaciones moderadas sin sentirse abrumado, incluso se atrevió a hacer un par de bromas. Al sacerdote le alegraba ver que algún día Jeremías

podría sacar a relucir su verdadera personalidad, muy contraria a la timidez que lo había protegido durante su encierro.

Silvain le hizo saber, para ayudarlo a tomar la mejor decisión para su vida, que él mismo no se sentía un monstruo. Aún con el tacto poco sensible debido a la putrefacción y a los demás sentidos que regresaron luego de haberlos perdido uno a uno en una muerte lenta y dolorosa, se sentía humano. El día que su cuerpo reanudara su descomposición y su alma pudiera trascender a los cielos, estaría contento porque después de todo hizo lo que pudo con lo que tenía a mano.

Después de la última frase Silvain se ocupó de llamar con silbidos a Emir, no quería que se alejara mucho ni que se acercara a la villa de Luz de sangre bajo el instinto licántropo de destruir una amenaza. Parecía muy acostumbrado a la tarea.

Llegado el día en que Jeremías debía dar una respuesta, apareció un sujeto alto y de tez oscura al que le resaltaban los ojos amarillos. Thierry lo saludó con un apretón de manos fuerte, y felicitó a Emir por conseguir uno más.

—No ha dicho nada, tonto —replicó Emir con un reproche falso, de broma.

—¡Oh! Me he adelantado. ¡No digo más!

Emir suspiró y le pidió a Jeremías disculpar el atrevimiento de Thierry. Al hombre le era complicado a veces no enterarse de muchas cosas. No es que leyera la mente, sino que bajo su vista no sólo había vivos, sino también demonios, seres de luz y espíritus errantes. Los ojos de un brujo muerto habían reemplazado los suyos, asimismo llevaba en la boca no su lengua, sino la de una mujer dedicada a la vida religiosa.

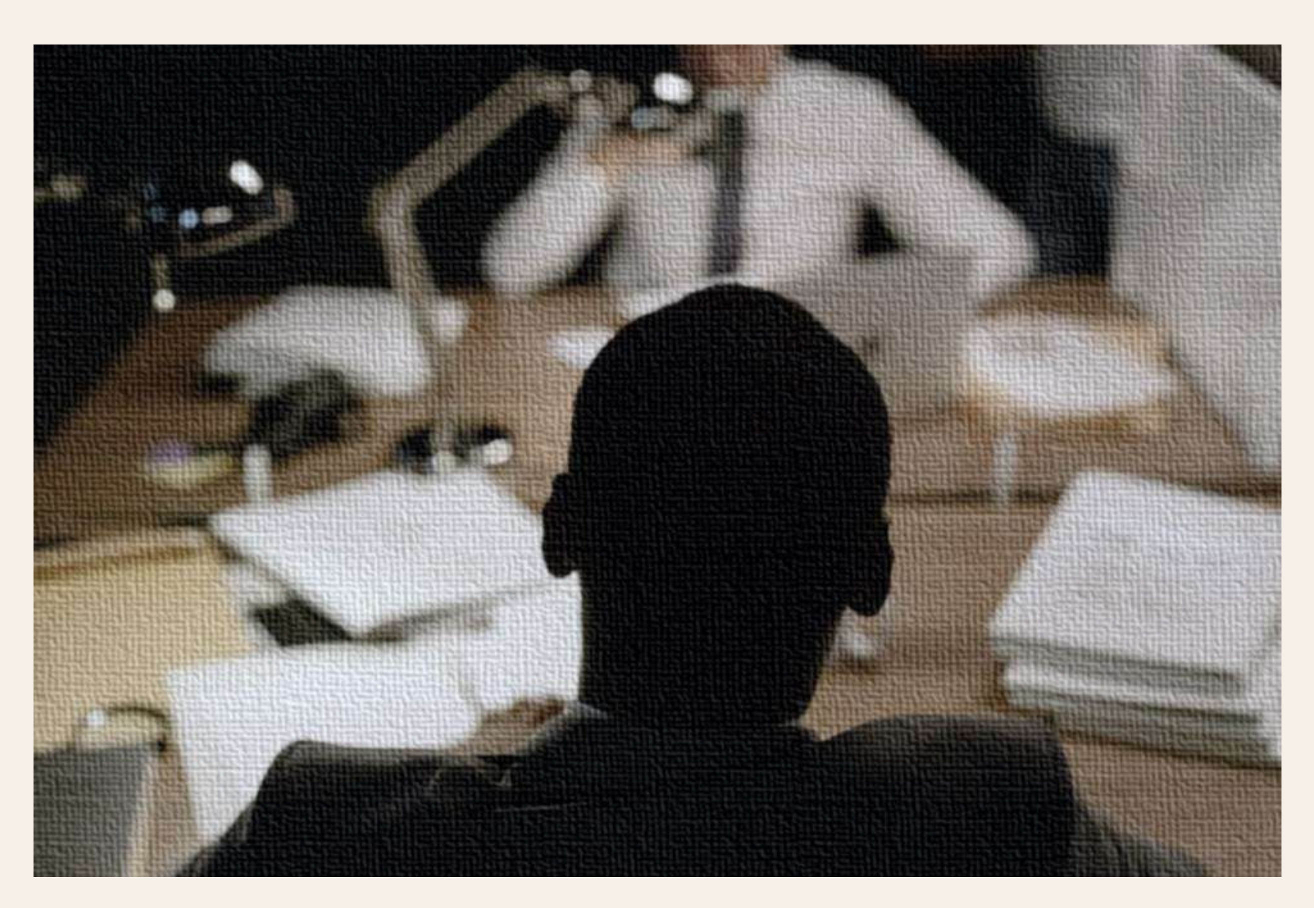
—Hablan mucho —aclaró Thierry—, y es difícil de convencerlos para que se callen… Aunque bueno, la ventaja es que pude hacer algunos aliados de «ese lado». Silvain y Anette me ayudaron a negociar. No seremos los únicos.

—Luego hablaremos sobre eso —dijo Emir—. Primero quiero saber si Jeremías está interesado. Necesito que lo diga con sus palabras.

La sonrisa de Thierry indicaba que ya sabía la respuesta. Era obvio. A Jeremías le pareció graciosa esa actitud e intuyó que podría llevarse bien con él. No se hizo de rogar.

—He decidido que lo mejor para mi vida en este momento es formar parte de vuestros planes. Quiero quedarme y ayudar a destruir a los que asesinaron nuestros cuerpos.

Emir, orgulloso de ver a su paciente recuperado, sonrió.



Fotografía de cottonbro studio, 2020

Saga

Carlos Ruiz Murcia

España

X (antes Twitter): @lordcharlie87
Instagram: @lordcharlie87

El asunto Saga es uno de los casos abiertos más tristes y terribles en el área de San Francisco, aunque nunca fue tan popular como Zodiac o la Dalia Negra.

El 14 de marzo de 1972, una joven familia apareció descuartizada en su pequeño piso del barrio de Tenderloin. Martin Oriole (26) y su esposa Alicia (24) yacían en sendos charcos de sangre, Martin en la cocina y Alicia en el dormitorio. La sangre también se hallaba en groseras manchas en las paredes, esparcida de una forma tan violenta que los analistas no pudieron explicar el modo en el que se produjeron aquellas heridas mortales. Ambos tenían marcas de colmillos a la altura del pecho y el estómago, donde faltaban varias libras de carne. Habían sido arrancadas a dentelladas. La hija de los dos, la pequeña Saga (8) no se encontraba por ninguna parte. La desaparición fue investigada a la par que el doble asesinato, pero nunca se halló nada relevante. No había ningún sospechoso, los vecinos no vieron a nadie entrar ni salir del piso, y jamás se llegó a encontrar a Saga.

No conocí el asunto hasta muchos años más tarde, ya como el fantasma de un enigma que trascendía lo humano, hundiendo sus raíces en el tejido de lo sobrenatural. El oscuro mito de Tenderloin. Para mí, el asunto Saga habitaba el folklore más oscuro de la imaginación conocida y sólo podría resolverse llevando nuestras pesquisas un paso más allá. Si queríamos descubrir el misterio teníamos que meternos de lleno en las tinieblas donde se encerraban los secretos del universo. El famoso investigador Steven Hodel, un veinteañero en el momento del suceso, había pasado parte de su carrera como detective de homicidios investigando los pocos hilos de luz alrededor del misterio. Cuando hizo público que, tras casi cincuenta años, iba a dar una conferencia sobre Saga, tuve claro que le debía una visita.

***

Sentí una profunda animadversión por Hodel desde el primer instante. Entrado en años y con una actitud portentosamente despreciable, ya no reflejaba ninguna de sus antiguas presuntas virtudes. Me senté en la última fila del auditorio, para observar bien no sólo a él, sino a la clase de concurrencia que acudía a sus charlas. Escépticos, admiradores, aficionados a los casos sin resolver. Detectives de andar por casa, genios de la red, que se reunían en sótanos para seguir dando vueltas a investigaciones largo tiempo olvidadas por la policía. Quería despreciarlos, mirarlos por encima del hombro, reírme de ellos.

Hodel, hinchado y abotargado como un sapo viejo con barba blanca en un tweed tres piezas color verde oscuro, presidía el estrado con semblante serio, ocultando una sonrisa de satisfacción. Ante su público, el que esperaba nueva información con avidez, del farsante que afirmaba haber resuelto el caso de la Dalia Negra, y de paso unos cuantos más. El aplauso de los acólitos me hizo rechinar los dientes mientras el sapo se elevaba y pude ver como se relamía antes de acercar su boca al micrófono.

—Caballeros, caballeros… —Los aplausos y vítores sostenían su voz en vez de apagarla—. Caballeros, amantes de lo desconocido, buscadores de la verdad. ¡Gracias por venir! ¡Bienvenidos!

Tenemos mucho de qué hablar esta noche, pero antes, deseo señalarles que estaré firmando libros en el puesto al salir del auditorio, y quien no posea un ejemplar podrá adquirirlo allí mismo. De nuevo, ¡bienvenidos!

Todos se pusieron en pie para ovacionar a Steven Hodel, que ya no ocultaba su satisfacción. La charla comenzó repasando los pormenores del caso Dalia Negra, el cruento asesinato de Elizabeth Short en 1947. Hodel había comenzado a investigar por su cuenta en 1999, recién retirado de Homicidios, al descubrir unas viejas fotografías de su padre acompañando a una mujer de pelo oscuro y traje negro que guardaba un asombroso parecido con la Short. El curso de las pesquisas le llevó tras las huellas de su propio padre; George Hodel, prestigioso cirujano de Los Ángeles y, por lo visto, canalla habitual. Para su sorpresa, Steven descubrió que George había estado bastante tiempo entre los principales sospechosos del caso, y existían numerosos documentos de investigación en la jefatura de policía de Hollywood que no se habían hecho públicos hasta entonces.

Steven, que se resistía a jubilarse, reunió toda la evidencia que pudo y decidió que su padre era tan buen presunto asesino como cualquier otro. Publicó su primer libro, al que siguieron otros, cargando al difunto George con el mochuelo de otros casos famosos sin resolver en el área de California. La excitación general, una vez el caso más cruento de la historia reciente había sido resuelto, dio paso al escepticismo y, finalmente, a la indignación. Tras varios éxitos de ventas, Steven presentó un quinto libro en el que relacionaba a George con los crímenes del caso Zodiac. Cuando la conferencia llegó a este punto, me revolví en el asiento maldiciendo entre dientes. Mi acompañante me agarró suavemente la mano para calmarme.

—Tranquilo, Camus —susurró Marion Hodel—. Ya sabes cómo es papá. Déjale disfrutar de su momento de gloria.

Quizá acudir a la charla con la hija de Steven Hodel no era la mejor de las ideas, pero aquel era el principal motivo de que estuviese viéndome con ella.

—No puedo escuchar esto —mascullé a su oído—. Salgo fuera un momento. Enseguida vuelvo.

Marion puso los ojos en blanco, pero me hizo hueco para poder moverme entre los asientos mientras salía del auditorio envuelto en una algarabía de aplausos y gemidos de sorpresa. En el estrado, el sapo verde y blanco explicaba apasionadamente una peregrina teoría en la que un George Hodel septuagenario, adoptando la identidad de Zodiac, acechaba a taxistas y parejas jóvenes para después enviar criptogramas a la prensa por correo postal. Que una vil sabandija como Steven estuviera haciendo negocio con tantos casos abiertos de una forma tan burda me ponía enfermo.

Bajo la noche invernal, una vez lejos del ruido de los acólitos, me propuse calmarme y respirar hondo. No estaba allí por Marion, ni siquiera por Steven. Si fuera por mí agarraría de las solapas a todos aquellos investigadores fracasados y les gritaría a la cara lo idiotas que me parecían.

Steven basaba el grueso de su tesis «George Hodel = Vengador de la Dalia Negra» en las supuestas fotos de su padre con Elizabeth Short, ¿no era así? Bien, se había verificado que la chica de aquellas imágenes no era ella. Todo se basaba en una mentira, y el resto de «evidencias» no eran más que circunstanciales. Pero el ego de Steven no le permitía parar. ¿Cuántos libros serían suficientes para saciar su hambre de fama? ¿Cuántas víctimas iban a engrosar la lista de bajas de George? ¿Cuántos misterios y hombres del saco americanos pensaba adjudicarse como resueltos?

Si por Steven fuera, George sería D. B. Cooper, Ted Bundy y el Hijo de Sam todos a la vez. Apreté el puño de rabia hasta clavarme las uñas en la palma de la mano, la sangre goteando, los nudillos blancos. Viéndolo todo rojo, pensé en volver a entrar, subirme al estrado y exponer el fraude de Steven delante de todo el mundo, pero me contuve. Pensé en Saga, y en el verdadero motivo de mi presencia y mi relación con Marion. Al fin y al cabo, su repugnante padre era la única persona que podía ayudarme con el caso que me había obsesionado toda la vida.

Intentando relajar mi expresión al máximo, volví al salón de actos y me senté junto a Marion, que me besó. No lo esperaba, no lo deseaba, y era la primera vez que lo hacía en las pocas citas que llevábamos, pero tuve que besarla de vuelta. Steven, por su parte, había terminado de cargar a su padre con las víctimas de Zodiac y se disponía a atacar el plato fuerte de la noche. Por fin iba a hablar de Saga. Marion no me soltó la mano en lo que restaba de charla.

—Saga. El asunto Saga, caballeros… —Steven se secó el sudor de la frente con una mano blanda e hinchada—. El caso Saga es el otro gran misterio sin resolver al que he dedicado buena parte de mi tiempo. Sucedió hace casi cincuenta años, en 1972…

El sapo abrió una boca negra como una cueva y cerré los ojos, volviendo a escuchar los detalles en la oscuridad.

***

Concluida la conferencia, el sapo se hinchaba de placer mientras firmaba libros con su grande y sudorosa mano. Los ejemplares se vendían vorazmente en el puesto y algunos de los organizadores tuvieron que pedir calma. Marion y yo lo observamos desde la distancia prudencial, esperando pacientemente a que terminase.

—Venga, sonríe un poco —dijo Marion—. Papá quiere conocerte. Le gustan los detectives jóvenes.

—No lo dudo —respondí—. Vamos a ir a cenar con él, ¿no? —La mera idea me revolvía el estómago, pero hice de tripas corazón.

—Es más bien que él nos invita a cenar —suspiró ella—. Siempre es así con todos. Tiene que conocerlos para dar el visto bueno.

—¿Sales con muchos detectives, Marion? —Inquirí desinteresadamente.

—Sólo con los guapos.

Cuando no me quedó más remedio que estrechar la mano de Steven Hodel, mantuve un semblante sonriente y educado mientras la repugnancia me devoraba por dentro.

—Camus —dije—. Charles Camus. O sólo Camus, por mí está bien.

—Encantado, Charlie. —Sonrió el sapo—. ¿Cómo te tratan en Jefatura?

—Charlie ya no trabaja allí, papá —murmuró Marion, nerviosa—. Ya te lo dije antes.

—Pasé un tiempo agradable allí, señor Hodel —dije—. Ahora intento establecerme por mi cuenta.

—Muy bien, Charlie —respondió Steven—. A ver si un buen vino te suelta un poco esa lengua y me cuentas alguna verdad.

El vino no estuvo mal, y el filete menos aún. Me sorprendió descubrir que el sapo no comía moscas con la lengua. Hodel pagó la cuenta y dejó una generosa propina, eufórico como estaba tras la conferencia. La cena transcurrió correctamente, con Marion como puente entre nosotros, enlazando conversaciones banales y amigables, mientras el sapo y yo nos mirábamos como púgiles que se analizan en el ring, fortalezas y puntos débiles siendo anotados cuidadosamente con el ojo invisible de la mente. Cuando ella se excusó para usar el servicio, nos quitamos los disfraces.

—Tú fuiste el que resolvió hace poco el caso de la avenida Mayfair —atacó Hodel—. Muy buen trabajo. No era difícil, claro, pero para un joven cachorro podía resultar todo un desafío.

—Trabajamos con la poca información que nos dan, señor Hodel —contraataqué, buscando un hueco.

—Relájate, Charlie. —Rio despreocupadamente—. No te sientas a prueba. Me pareces mejor que los últimos pretendientes de Marion, te lo digo como cumplido.

—Bueno, hace poco que nos conocemos ella y yo, señor Hodel —dije, riendo también—. A lo mejor no le da tiempo a acostumbrarse a mí.

—Sé lo que buscas. —Hodel no reía más —. Tranquilo, de hombre a hombre, no tienes por qué mentirme. Todos hemos sido jóvenes y hemos buscado lo mismo. Algunos lo seguimos buscando.

—No voy a tratarla mal —respondí, y no era mentira—. Se lo puedo asegurar.

—Chico, no estoy hablando de Marion. Es mi hija y la adoro, pero no estoy ciego. —Hodel ahora hablaba con seriedad—. Sé por qué se rodea siempre de cachorros detectives. La fama de su padre. Pero tú eres distinto. Yo no te intereso lo más mínimo.

—Señor Hodel, yo le admiro muchísimo… —Empecé, y me detuve. Hodel podía ser un fantoche, pero había sido detective muchos años.

—Charlie, respétate, que ibas muy bien. Crees que soy un farsante, que me aprovecho de casos de otros y se los cargo a mi difunto padre. Hace años que me acusan de eso. Tú estás aquí por Saga.

Me mantuve en silencio, sosteniendo la mirada. Estaba encajando varios golpes en el costado, pero el round no había terminado. Entonces Marion volvió a la mesa, riendo candorosamente, y se sentó entre los dos.

—Venga, papá. —Tomó la mano de su padre por encima de la mesa y la mía por debajo—. ¿Puede venir Charlie a casa a pasar la noche?

***

La respiración acompasada de Marion me dio a entender que al fin se había dormido. Me levanté silenciosamente, recogí mi ropa y atravesé el pasillo en la oscuridad hacia la puerta de entrada. No habíamos hecho gran cosa. El vino le había sentado fatal, y yo no estaba aquí para eso. Al pasar por la puerta del despacho, atisbé una luz encendida. La voz de charca de Hodel se escapó por la rendija.

—Ven, Charlie, no te vayas tan rápido. Has venido a por algo, ¿no?

Me vestí en el pasillo, chaqueta y zapatos incluidos, y abrí la puerta para encontrarme a Steven Hodel aun con su traje de tres piezas, sentado en el despacho frente a un dossier, abierto. Me estremecí como los yonkis ante el opio, sin poder evitarlo. El sapo me indicó que podía sentarme, y así lo hice.

—Bonito despacho, señor Hodel —dije, observando los numerosos recortes de periódico enmarcados en las paredes. Un retrato al óleo de George Hodel presidia la pared tras Steven—. ¿Aquí escribe sus obras maestras?

Rio con ganas, dando unos golpecitos en la tapa del dossier.

—Tienes toda la razón, Charlie. O Camus, si así lo prefieres. Tómalo como una muestra de mi respeto. La verdad es que cuando vi las fotos de mi padre con Elizabeth Short, me faltó poco para inventar el resto de la historia. Cuando verificaron que no era ella, ya era un poco tarde para detenerse. No pude resistirme a lo de Zodiac. Esta es mi confesión, agente, estoy listo.

Burlonamente, Hodel levantó los puños como si se entregase para ser esposado.

—No me corresponde a mí juzgarlo, Steve. — Dije, tomándome mis confianzas. — Eso dígaselo a los familiares de las víctimas. — Pero los ojos se me seguían yendo al dossier sobre la mesa, brillando como la luz del sol al final del infierno.

—No puedes disimularlo, Camus. Todos tenemos un caso que nos perseguirá toda la vida. El tuyo es Saga. ¿No quieres echar un vistazo?

Hodel levantó la tapa del dossier, juguetón. La fotografía de la cocina de los Oriole se me incrustó en la retina. Empecé a respirar entrecortadamente. Volvió a cerrar la tapa, sonriendo espantosamente. El sapo gigante había atrapado una mosca diminuta y estaba decidiendo cómo zampársela.

—Necesito tu ayuda, Camus —solicitó Hodel—. Yo ya estoy viejo para romperme los cuernos siguiendo pistas, y este caso nunca tuvo muchas. Pero un joven cachorro como tú, otro prisionero de Saga, puede hacer el trabajo sucio. Este es el trato: Yo te proporciono los datos, y tú resuelves la investigación. Por los cincuenta años.

No tenía que preguntar siquiera si teníamos un trato. No hubiera podido negarme, cuando ni siquiera podía moverme y en ese momento me pareció más una araña que un sapo, y yo una mosca a la que le habían cortado las alas.

***

Martin y Alicia Oriole no tenían mucho dinero cuando nació Saga, en 1964, y siguieron sin tenerlo los ocho años siguientes. Como padres adolescentes, malvivían de pensión en pensión, sin familia conocida en la que apoyarse, y no fue hasta el séptimo aniversario de la niña que pudieron mudarse a un minúsculo piso en el infame barrio de Tenderloin. Conocida como el barrio de los inmigrantes y el mercado negro, era ahora y entonces una de las zonas más peligrosas de San Francisco.

Martin trabajaba todo el día de vigilante en obras y grandes almacenes, y Alicia toda la noche como camarera. La situación no era idónea, pero se apoyaban mutuamente para sacar adelante sus tres vidas hasta aquel fatídico 14 de marzo de 1972. Esto era lo poco que se sabía públicamente. Los archivos de Hodel arrojaron luz desconcertante. En Nochevieja de 1971, Martin dejó su puesto a las 21:00h y se encontró con Alicia y Saga, que lo esperaban en el aparcamiento en el vetusto Fiat 850 que compartían. Condujeron hasta el Malone’s, donde dejaron a Alicia a tres minutos antes de empezar su turno y se dirigieron a casa para una económica cena navideña, pero nunca llegaron.

El Fiat se salió del camino y acabó, tras un par de vueltas de campana, siniestrado contra un muro. Martin solamente sufrió magulladuras y heridas leves. La pequeña Saga atravesó el cristal delantero. Con la mitad de la cara ensangrentada y heridas graves en el cráneo, fue inducida a un coma para preservar el hálito de vida que la mantenía en este mundo. Martin y Alicia, rotos de dolor, acabaron trasladándola a casa en ese estado unos días después, tratando de mantener la cordura. Eso había sido el 4 de enero.

Apenas tres meses después se hallaron sus cuerpos devorados y la desaparición de Saga. No había ninguna información sobre este período. Según los vecinos, apenas se les vio dejando el piso. Mantuvieron en todo momento un silencio sepulcral. Mientras me secaba las lágrimas, el amanecer se coló por la ventana del despacho de Hodel. Me había pasado horas sin despegar los ojos del dossier. Steven me miraba inquisitivamente, esperando mi comentario.

—Saga estaba viva cuando dejaron el hospital —dije—. En coma y habiendo perdido muchísima sangre, pero no estaba muerta.

Steven sostuvo ante mis ojos una fotografía de Saga tomada en la cama del hospital. La mitad derecha de su cara, horriblemente desfigurada, me miraba a través de una neblina de medio siglo.

—Viva, sí, pero los médicos no tenían muchas esperanzas. Les dijeron a los Oriole que quizá lo mejor era desconectarla y despedirla con dignidad. A lo que Martin y Alicia contestaron que se la llevaban a casa para cuidarla ellos, que iban a mantenerla con vida, aunque les costase la suya. Y eso hicieron. Saga era lo único que tenían en este mundo.

«Yo también», pensé, cada vez más convencido de ello.

—El piso en el que vivían… —comenté.

—Estuvo muchos años sin alquilarse, claro —respondió Hodel—. Con el tiempo, volvió al negocio. Cosas de la vivienda en Frisco, ya te puedes imaginar. Tenderloin sigue siendo la zona más pobre de la ciudad.

—Bueno, si no se vio a nadie entrando ni saliendo del bloque, lo suyo será volver allí a echar un vistazo —dije—. Aunque seguro que ya estuviste por ahí, Steve.

—Claro. —De nuevo esa sonrisa sin humor, alargándome una nota con la dirección—. Si te arreglas con la arrendataria, claro está. Y debe tener como ciento cincuenta años. Está como una cabra.

«Amelia Reed», decía la nota. «739 Post Street, primer piso», y «Inquilina desde 1958». Un número de teléfono. La guardé en el bolsillo del pantalón, caminé hasta el sofá y caí exhausto hasta bien entrado el mediodía.

***

Hodel era muchas cosas, pero en los setenta trabajó como un condenado. Entrevistó a todo el personal del hospital, vecinos del bloque, compañeros de trabajo de Martin y Alicia, y guardaba todos los archivos. Dedicamos una semana a repasar toda la información, sin ningún hilo del que tirar, y yo empezaba a desesperarme. Prácticamente me había mudado a esa casa.

Pasaba más tiempo con el padre de Marion que con ella, y dormía más noches en el sofá que en su cama. Y cuando lo hacía allí, soñaba con la cara destrozada de Saga y los cuerpos de sus padres en un charco infinito de sangre. Despertaba sudando y volvía a los archivos. Steven se unía poco después del amanecer y dábamos vueltas a los mismos datos, una y otra vez, tratando de desentrañar un misterio demasiado grande. Uno que iba más allá, uno que no se podía resolver simplemente atribuyéndole los cargos a cualquiera que pasase por ahí. Un misterio que me estaba manteniendo con vida mientras me lo quitaba todo. La fecha del cincuenta aniversario se acercaba con las pisadas de un gigante.

En camisón, Marion se sentó a horcajadas sobre mí y buscó entre mis pantalones. Yo estaba demasiado cansado para evadirme, y la dejé hacer. Movió las caderas en círculos lentos, acelerando y deteniéndose, y finalmente se levantó jadeando.

—Tienes que irte, Charlie —dijo sin mirarme, mientras preparaba café. Me sirvió una taza humeante mientras me incorporaba.

—Nunca quise quedarme mucho tiempo por aquí —respondí.

—No, no es eso. Papá sólo te necesita para escribir otro libro.

—¿Sobre Saga? ¿También se lo va a cargar a George Hodel?

Marion se quejó con un bufido. En una semana se había cansado de mis observaciones, y no le faltaba razón.

—Charlie, tú no sabes lo que es crecer siendo la nieta de un asesino en serie.

—Marion, cualquiera que sepa sumar dos y dos te dirá que la evidencia contra tu abuelo George es poco más que circunstancial.

—Mi abuelo cometió incesto con su propia hija. —Se giró con lágrimas de rabia—. No son conjeturas. Es lo poco que ocurrió de verdad. La hermana de mi padre. Esa es la sangre que corre en esta familia.

Era cierto. Una de las certezas sobre George Hodel, antes de ser sospechoso en el caso de la Dalia, era dejar embarazada a una de sus hijas. Me callé, abrumado por la sinceridad de Marion.

—Y, por si fuera poco, mi padre no deja de difamar contra ese hombre. ¿Sabes lo que es ser parte de una familia maldita? El resto hace años que nos odian.

Se sujetó las muñecas, como si quisiera deshacerse de toda la sangre Hodel que corría contaminada por sus venas.

—Vete, Charlie. Ya lo he visto antes. Te usará, te exprimirá, te vaciará hasta que Saga te haya comido los sesos y después se olvidará de ti cuando consiga otro éxito. No eres el primero.

No tuvo que decirlo dos veces. Llamé a Amelia Reed y concerté una cita esa misma mañana.

***

Tenderloin Este, 11AM.

El barrio de Bogart en El halcón maltés. Supongo que hay una vecindad así en cada ciudad de Norteamérica, donde va a parar todo lo mejor y lo peor de ambos mundos. El único sitio en la que una pareja pobre, extremadamente joven y con una niña pequeña podía instalarse en los viejos tiempos. Nada parecía haber cambiado. El contraste de la silenciosa avenida residencial donde vivían los Hodel casi me había hecho olvidar el bullicio de las barriadas multiétnicas que

constituían el corazón del país. No era el lugar más amable para la policía. Las redadas eran habituales, y el vecindario guardaba una amarga enemistad con las fuerzas del orden. No podía culparles en absoluto.

Caminé lánguidamente a lo largo de Post Street hasta el número 739. En otro tiempo un edificio maldito como el Dakota de Nueva York o el Hotel Cecil de Los Ángeles, ahora nada lo distinguía del resto de portales de la zona. El nombre del primer piso había sido inscrito muchas décadas atrás, pero aún podía leerse un desvaído «Reed» tras el cristal. Toqué el timbre, la puerta se abrió, la humedad me golpeó y, decidido, subí las escaleras.

Amelia Reed me esperaba en batín azul, observándome a través de unos anteojos, el pelo blanco recogido en un moño. No tenía ciento cincuenta años, pero sí más de ochenta. Sus amables facciones me relajaron. Me parecía perfectamente cuerda para su edad, nada de la senilidad mencionada por Hodel, que además hacía décadas que la entrevistó. Sonreí al presentarme y me permitió pasar a su casa.

—Buenos días, joven detective. Parecía usted más mayor por teléfono.

—Usted también, señora Reed. —Fue la respuesta perfecta para romper el hielo. Amelia me enseñó donde dejar el abrigo, riendo, y me ofreció una taza de té.

—Llevo casi toda mi vida en este edificio, señor Camus. Cuando sucedió aquello horrible me acostumbré a las visitas de detectives, pero hace ya mucho tiempo que no viene nadie.

—¿Nos echaba de menos, señora? —El té ardía y no era de mi gusto, pero no se me ocurriría quejarme.

—Enviudé muy joven. Me resultaba agradable tener aquellos jóvenes llamando a mi puerta. Toda atención es poca, ¿no cree?

No dije nada, pero Amelia seguía sonriendo. Su piso no me resultaba de interés y ella lo notó, por lo que me mostró una llave del bolsillo de su batín.

—Sigo teniendo el piso de Martin y Alicia. Déjeme echar de comer a los peces y ahora subimos para que le pueda echar un vistazo.

***

El segundo piso, el de los Oriole, estaba actualmente vacío, pero había sido ocupado varias veces por diferentes inquilinos a lo largo de los años, por lo que no era muy diferente de cualquier inmueble de la zona. Amelia lo mantenía en estado de revista para un posible alquiler.

—Nunca duran mucho los inquilinos. Pensaba que era por el suceso, pero lo cierto es que el ruido de las cañerías es insoportable. Acaba sacando de quicio a cualquiera que viva aquí algo de tiempo.

—Bueno, Amelia, a mí me gusta mucho como lo tiene —dije, buscando algo de interés—. ¿Se lo alquiló usted a los Oriole?

—Sí. Eran una joven pareja encantadora; pobres, pero honrados. Nunca me dieron ningún problema con los pagos, y aquella niña tan bonita… fue una desgracia. Tenían a la pobre con media cara destrozada en esa habitación de ahí, que no se despertaba, y estaban desesperados.

—¿Usted entraba al piso después del accidente? —El té sabía a rayos.

—Sí, constantemente. Era su casera y ellos no tenían familia. Me pidieron ayuda para mantenerla viva. No pude decirles que no. Era lo único que querían, sin importar las consecuencias. Y sólo se me ocurrió una cosa.

La taza de té resbaló a cámara lenta de mis dedos, y yo caí detrás. El clásico detective que se bebe todo lo que le ofrecen sin pensar en que le han podido echar algo dentro. Y habiendo dormido una media de cuatro horas toda la semana. Novato de manual. Idiota. La vista se me nubló, inmóvil en la alfombra como estaba, pero Amelia siguió hablando.

—¿Ya le ha hecho efecto? Sí que es usted flojo, Camus. Los demás aguantaban más tiempo. Como le decía, para mantener a Saga viva cuando prácticamente le faltaba media cara, no teníamos muchas opciones. Pero esto es Tenderloin, hijo. Ustedes, en la zona alta de la ciudad, no nos prestan mucha atención salvo cuando necesitan algo que no se puede conseguir en sus grandes almacenes. Entonces vienen con bolsas de dinero al mercado negro y les compran muñecos de vudú a los negros, droga a los chinos y armas a los pakistanís. Pero ignoran que hay mucho más debajo de ese mercado que se puede conseguir. Ustedes nunca se arremangan para bajar allí, a la ciudad subterránea donde nos hacían vivir tiempo atrás. Aquello huele a podredumbre y todavía está llena de gente. Unos vivos, otros muertos y todos ellos pescan en el río negro. Allí debajo nadan cosas que no se puede imaginar. Y ese río se mezcla con el agua que bebemos, porque nadie se ha molestado nunca en arreglar eso, porque somos el barrio pobre, ¿verdad?

Un ruido sordo empezó a escucharse. Ruido de cañerías. Algo pesado se movía por ellas, cada vez sonando más fuerte. *Plom. Plom. Plom*. No podía moverme ni cerrar los ojos. Amelia tenía entre sus manos un frasco de cristal lleno de líquido en el que se movía algo pequeño y escurridizo.

—¿Sabe lo que es un parásito, detective? Oh, no dudo que puede recitarme el significado que recoge el diccionario, pero seguro que no ha visto jamás unos como estos. Pescados directamente por los niños del barrio de abajo, en ese río negro que le digo. Martin se negó desde el primer momento, pero Alicia aceptó. Creo que el accidente de la niña la dejó un poco loca. Pusimos al parásito sobre la cara de Saga, lo que quedaba de ella, y bueno, digamos que la curó. La cara volvía a estar entera. La niña despertó a los pocos días y volvió a caminar, y a comer. Lo que no volvió es a hablar. Y aquel rostro…

El ruido de las cañerías se intensificó hasta hacerse insoportable, y entonces cesó. Un chapoteo se escuchó viniendo de la cocina, como si algo hubiese caído en un depósito de agua.

—Ya viene. Prepárese para el dolor de cabeza, sólo dura un momento, pero es intenso. Es lo primero que hacen cuando eligen su presa. Ha sido un placer conocerle, detective Camus.

Algo saltó del agua y se acercaba reptando. Entonces fue como si me mordieran el cerebro unos colmillos gigantes y empecé a recibir imágenes y sonidos como si de un ataque telepático se tratase. Traté de gritar, pero tenía la lengua dormida y lo que estaba sucediendo en mi cabeza me mantuvo petrificado.

***

La pequeña Saga tiene ocho años y está medio muerta, pero no lo sabe. Sólo ve de un ojo porque le falta media cara, pero papá y mamá han pedido ayuda a una amable vecina, y seguro que todo sale bien. Un día, Saga puede volver a andar. Le cuesta al principio, claro, pero puede dejar su cuarto para ir a la cocina cuando tiene hambre. Lleva tanto sin comer que tiene un apetito voraz. Papá se alegra de verla, pero mamá llora y ya no quiere cogerla en brazos. Saga no lo entiende y se siente mal, hasta que se ve la cara en un espejo y también quiere llorar, pero no puede.

Hay algo nuevo en su cara de siempre, algo con un ojo negro y colmillos puntiagudos que se le salen de la boca. Puede palparlos, están ahí. Papá la descubre frente al espejo y trata de asegurarle que no se preocupe, que siguen queriéndola igual, que mamá sólo está cansada. Pero Saga sabe que miente, lo puede leer en su mente. No es sólo una cara nueva, también nota su cuerpo diferente. Puede hacerse más pequeña y escurrirse entre las puertas sin tener que abrirlas. Y puede leer la mente de papá, como mirar dentro de la televisión y ver el cartón piedra detrás de los dibujos animados. Mamá tiene miedo de su cara y apenas sale ya de su habitación.

Papá le ha pedido que no la moleste, pero Saga se cuela por debajo de la puerta y observa a mamá llorando a oscuras, sin advertir que está ahí. No hace ningún ruido, y también se cuela dentro de su cabeza. Mamá está soñando con una serpiente detrás de la puerta. Saga quiere decirle que no tenga miedo, que ella está ahí para protegerla, pero cuando intenta abrir la boca mamá se gira, despierta y lanza un grito horrible al verla. Papá viene corriendo, pero Saga ya se ha escapado. No soporta los gritos, y se esconde en el cuarto de baño. ¿Podrá escurrirse por el desagüe para que no la encuentren? Descubre que sí.

Saga no puede esconderse en las cañerías para siempre, pero desde allí puede escuchar a papá y mamá discutir sobre ella. No entiende todo lo que dicen. Tiene mucha hambre. La otra Saga, la del otro lado de la cara, va tomando cada vez más el control. ¿Y por qué no? Quizá la deje al mando, para ver si encuentra comida para mantenerse viva. Y después, a descansar un poco.

***

En otro contexto, daría por hecho que Hodel me estaba siguiendo. En otro contexto, no me alegraría tanto de verlo, y menos empuñando una pistola. En otro contexto, el ruido atronador del

disparo con el que hizo estallar la cabeza de Saga no me habría despertado de mi letargo. Con esfuerzos sobrehumanos, me arrastré buscando un asidero con el que tratar de incorporarme, alejándome de la cosa que se agitaba en un charco de sangre y sesos.

—¡Camus! —gritó Hodel, manteniendo el arma apuntada hacia eso—. ¿Qué demonios…?

No pudo terminar la frase. El rugido de Amelia Reed abalanzándose sobre él quebró el aire. Hodel gritó de dolor cuando el cuchillo de cocina se hundió en su costado hasta el mango.

—¡Fuera de mi casa! —Gritaba Amelia, fuera de sí—. ¡Fuera de mi casa!

Viejo y fuera de forma, Hodel no habría resistido contra casi nadie, pero una anciana enloquecida entraba dentro de sus posibilidades. La golpeó en la cabeza, primero, y le descerrajó un balazo en el estómago después. Amelia se desplomó junto a Saga, que seguía moviéndose espasmódicamente como un pez fuera del agua. Asido a la mesa del comedor, pude auparme hasta ponerme en pie y dejarme caer en una silla, esperando a recobrar la movilidad en las piernas. La camisa de Hodel se volvía roja a un ritmo alarmante.

—Qué demonios… es esto… —Jadeó—. Camus… ambulancia… —Se desplomó, dejando caer la pistola fuera de su alcance. No podía arriesgarme a cogerla, o quizá no podría levantarme después.

—Vendrán en algún momento, Steve. Los disparos alertarán a alguien. —Podía hablar, pero no andar—. ¿Planeó desde el principio hacerme venir aquí y adjudicarse el mérito después? ¿Sabía que Amelia guardaba secretos, pero era incapaz de descifrarlos, viejo sapo inútil? ¿Ha estado esperando años a que un idiota como yo abriese el camino para que usted pudiera actuar?

Hodel ya no podía hablar. Incapaz de ver más allá, ahora al fin entendía la magnitud del asunto. La sangre manaba formando un charco en el suelo y se le pusieron los ojos vidriosos. Un ruido llamó mi atención. Amelia, dejando salir de su boca roncos estertores de agonía, se arrastraba dejando otro rastro sangriento. Estaba más cerca de la pistola que yo, pero no trató de cogerla. Llegó hasta Saga y la acunó entre sus brazos, para que dejase de saltar.

—Nunca lo entenderán —susurró, acariciando la cabeza destrozada—. Yo la he mantenido viva todos estos años, y ni uno de ustedes, presas, ha estado ni cerca de descubrirlo. Pueden poner lo que quieran en sus informes, en sus libros, que a nadie en Tenderloin le importará nunca. No los necesitamos para nada.

Escuché sirenas aproximándose afuera, en la calle. El cuerpo entre los brazos de Amelia era el de una niña de ocho años, en camisón, con las manos y los pies de color azulado. La cara, al menos la mitad de ella, también era el de una niña normal. La otra mitad era un amasijo sanguinolento. La sola idea de que un parásito había habitado dentro de Saga durante cincuenta años y la hubiera convertido en una especie de monstruo abisal que lanzaba ataques telepáticos a sus víctimas antes de despedazarlas me resultaba imposible.

Nadie podía creerse eso. Necesitaría pensar una historia mejor que contar a la ambulancia, a la policía, a los acólitos de Hodel, a Marion. Me hallaba en el lugar mítico del crimen rodeado de dos cadáveres y pronto de tres, y a nadie le iba a importar si había resuelto el misterio. Necesitaba que la sangre volviese a mis piernas, y rápido.

Con su último aliento, Amelia extendió la mano hacia el frasco de cristal, abrió la tapa y lo mantuvo abierto sobre la cabeza de Saga. No le quedaron fuerzas. Lo dejó caer y murió abrazada a la niña, el frasco abierto a un lado, el líquido espeso extendiéndose por la alfombra. Miré el pequeño parásito moviéndose lentamente, tratando de nadar hasta Saga para seguir con vida. No podía apartar los ojos. ¿Conseguiría llegar a ella?

«Mantenerla viva cueste lo que cueste» pensé. Escuché a los paramédicos subiendo las escaleras, llegando a la puerta. Decidí no moverme y apostarlo todo por el deseo de los Oriole. Nos hallábamos dentro de una Saga sin fin.

Dedicado a Steven Hodel, con eterno rencor.



Fotografía de 何颖, 2022

Crónica anónima

Crealis

Perú

Instagram: @crealis.writer
Facebook: @crealis.writer
Tiktok: @crealis.writer

Me han despedazado. Soy uno de los pocos supervivientes, pero pronto no lo seré más. Lo puedo sentir con cada una de mis células. Y con las células ajenas que me han puesto también. Las siento como un hormigueo. Como algo con vida propia. Me llena de pensamientos negros, totalmente distintos a los que solía tener.

Yo solía ser un muchacho tranquilo. Tenía apenas veinte años, y recientemente había perdido a mi padre y a mi hermano, desaparecidos como prisioneros de guerra de los japoneses. Ahora era mi turno. Mi mustia madre se quedó sola en casa. Era el año 1939, ella tenía treinta y cinco años y el semblante de una señora de cincuenta. Ahora recuerdo eso, estando atrapado aquí, dado que no puedo hacer más que recordar, deseando que ella esté llevando una mejor vida que la mía. Yo ya llevo cuarenta días aquí, días que se han sentido como una caída libre hacia mi degradación.

Al principio todo me afectaba en lo más profundo. Mis ojos buscaban con desesperación a mi padre o a mi hermano. Sabía que las posibilidades eran ínfimas, pero ahí estaban. Y cualquiera de ellos, o ambos, podía estar ahí, a unos metros de mí. No había forma de saberlo. Había demasiados prisioneros, entre chinos como yo, coreanos, mongoles y rusos.

Muchas veces me pareció ver a mi padre, escondido detrás de una faceta demacrada, con su uniforme de prisionero, encorvado y famélico, pero siempre se trataba de un señor desconocido. A algunos les brillaban sus ojos, pues en su delirio veían en mí a su hermano o hijos perdidos, y de repente parecían volver a la vida. Recuerdo más a uno de aquellos: su cabeza aún contaba con cabellos negros, sus cejas eran escasas, y tenía cicatrices en la nariz y en la frente. Sus dientes lucían amarillos, agujereados por la escasa higiene a la que los había mantenido. Eso fue apenas diez días después de ingresar a la fortaleza, por lo que yo aún contaba con cierta motivación y esperanza.

—Es mejor que creas que ya están muertos —me dijo.

Yo refunfuñé mientras me daba la vuelta. Mi esperanza aún estaba intacta. Con todo lo que estaba viviendo, encontrarlos era lo único que me importaba. Las noches me descubrían rogándole a los dioses, a Cai Shen y a Hu Ye, por mi padre, por mi hermano, por mí y por todos los demás prisioneros. Pero eso era cuando aún no sabía mucho sobre la crueldad humana. ¿O acaso no eran humanos? Los japoneses eran parecidos a nosotros, pero había un abismo de diferencia entre nuestros espíritus. Los escuché hablar de su superioridad en un chino mal pronunciado, y yo sentía el odio del japonés hacia nosotros mientras nos trataban con la punta del pie. Nosotros, ¿qué le habíamos hecho?

Nosotros éramos inocentes. Yo era un joven que buscaba a su padre y hermano, que había sido capturado sin motivo. Me había enterado algo tarde de la guerra mundial, pues mi casa era pequeña y éramos pobres; no teníamos radio. Pero ya estaba acostumbrado, desde que nací solo vi guerra tras guerra. Ya desde antes de la guerra mundial, los japoneses estaban en guerra con nosotros. Yo era incapaz de verlos con odio, aún en ese entonces, y le comentaba a mi madre que

ellos recapacitarían, aún después de llevarse a mi hermano menor. Mis padres estaban desconsolados, pero yo sabía que lo volvería a ver. Cai Shen me lo susurró una vez, tarde en la noche, y me sentí feliz. Era una felicidad pura, genuina.

Pero la fortaleza Zhongma estaba acabando conmigo. Mis compañeros estaban siendo llevados, uno a uno, a una especie de pabellón del que no volvían siendo ellos mismos. A muchos no los volví a ver, mientras los que volvían lo hacían débiles, mutilados o enfermos. Yo solo podía ver con horror cómo cada uno de ellos moría días después, envuelto en su propia sangre o en su propio vómito. Nosotros, los que aún no habían sido llevados, observábamos en silencio, sin hablarnos, y algunos de nosotros intentamos suicidarnos. Pero ni siquiera nos lo permitieron; los que eran descubiertos eran castigados con latigazos. Irónicamente, algunos lograron morir debido a ello. Fue recién ahí cuando comprendí que el anciano a quien había confundido con mi padre había tenido razón.

Mientras deseaba más que nunca que mi padre y mi hermano ya estuviesen muertos, busqué un pedazo de plástico e intenté asfixiarme. Mi cuerpo se resistía y parecía que mis manos iban a dejar de obedecerme, pero mi determinación era fuerte y ya sentía la falta de aire en mi cuerpo. Pronto dejaría de sufrir, de ver tanto sufrimiento. No sabía si los dioses se iban a apiadar de mí y de mi situación, o si me iban a condenar al infierno por quitarme mi propia vida, pero estaba dispuesto a lo que sea. Vi una luz, era tan cercana, tan brillante. Debía ser la famosa luz que ven los que están próximos a morir…

No obstante, no podía estar más equivocado. Dicha luz provenía de un foco bajo el que me habían puesto. Yo estaba maniatado frente a uno de los japoneses, quien me hablaba con una sonrisa despiadada. Me dijo lo que me harían por haber intentado matarme. Iba a ser el siguiente en formar parte de su más reciente experimento: la inserción de miembros ajenos en un cuerpo. Yo boté una lágrima, yo siempre había creído en la ciencia y en la medicina, y ahora ellas se estaban volviendo contra mí. ¿Habrían sido todos los avances científicos producto de algo como lo que estaban haciendo? Iba a enloquecer.

Unos guardias me llevaron hacia el pabellón de los experimentos. Yo no pude hacer nada, sólo dejarme llevar. Eché un último vistazo a los prisioneros que estaban caminando en filas, los que aún no habían sido llevados, y les deseé la muerte a todos los japoneses. Era un sentimiento nuevo, aterrador, que se apoderaba rápidamente de mí como una enfermedad. Le deseé la muerte también a los guardias que me estaban llevando, aunque sin moverme.

El procedimiento tomó alrededor de una hora y fue sin anestesia. No pude ver la cara del médico que me operó; me habían vendado. Tan sólo sentí los cortes y el dolor de la operación. Me cortaron el hueso de mi brazo izquierdo con un serrucho tosco. Yo no podía llorar, mis lágrimas se habían secado debido a la deshidratación y mi corazón latía fuerte debido al dolor. Deseé otra vez morir, pero mi cuerpo se aferraba a la vida, aún con mi miembro mutilado. Mi mayor don también se había vuelto contra mí.

Me pusieron mi nuevo brazo perteneciente a un prisionero desconocido que había muerto hace poco, que era más o menos de mi porte y talla. Simplemente cosieron la piel del brazo en mi muñón. Era como un ancla. El brazo no me respondía mientras yo me desangraba. Cuando media hora después me llevaron a un nuevo cuarto de prisionero en otro pabellón, yo estaba prácticamente muerto. Un par de médicos me observaban de cerca, anotando todo lo que veían en una libreta de hojas blancas. Mi nuevo brazo lucía como un miembro hecho de plástico; los dedos estaban inmóviles y el codo jamás se flexionaba.

Uno de los médicos intentó tocar mi brazo cosido y pasó algo inesperado. Este vibró. Lo sentí como un chispazo, como si el brazo estuviese vivo, y algo se activó dentro de mí. El brazo cosido se agitó en el aire, pero fue mi otro brazo el que había tomado del cuello al médico y lo estaba asfixiando con toda su fuerza. La cara del médico empezaba a lucir morada. El otro médico intentó salir huyendo, pero el brazo cosido le golpeó el rostro como lo golpearía un palo. Mi boca sonría de forma exagerada. Tan solo deseaba ver a aquellos médicos muertos y lo estaba logrando. El médico finalmente fue asfixiado mientras que el otro iba a ir por ese camino. De mi muñón brotaba mucha sangre, pero no sentía ninguna debilidad.

El segundo médico estaba tirado en el piso, me apresuré a levantarlo. En tal momento, un movimiento del brazo cosido dejó que viera una marca a la altura del codo. Era una marca diagonal, de un corte medio profundo. Y mi vieja mente, aquella que me había acompañado durante casi toda mi vida, despertó. Ese había sido el brazo de mi hermano, no podía equivocarme. Nunca había visto una marca igual a la de él, que se hizo cuando éramos niños. Con amargura vi el cuerpo del médico frente a mí; había escrito mi apellido en la hoja, seguido de todos los horrores que me habían hecho y estaban por hacerme, como si dicho cuaderno fuera un libro de maldiciones. Y pequeña, a un borde de la hoja, como una anotación sin importancia, leí la palabra «hermano».

Dicha palabra era la sentencia de mi muerte, yo lo sabía. Como si recién fuera consciente de mí mismo miré el muñón ensangrentado. Había perdido litros de sangre, me hallaba pálido. Mis antes vigorosas manos temblaban y no podía doblar mis dedos. Era mi fin. Por fin, me había abandonado a mí mismo.

Y así, sin poder llorar, me acurruqué en un rincón antes de que llegara alguien a ver lo que ocurría.



Fotografía de Mikhail Nilov, 2021

Homo flora

Lucas Naranjo

España

X (antes Twitter): @Sangretano
Linktree: Sangretano

Le habían advertido tantas veces que no debía abrir esa puerta que hacerlo había acabado volviéndose una necesidad. Quizá, si nunca se la hubieran mencionado, ni siquiera habría advertido su existencia. Al fin y al cabo, era de la misma tonalidad castaño oscuro que todo el interior del transbordador y no tenía nada que lo hiciera resaltar sobre tanta monotonía. Las advertencias debían haber sido orden de los altos mandos, siempre decididos a demostrar su superioridad mediante la imposición de leyes que se acababan quebrantando a sus espaldas.

Fuera como fuese, parecía tarde para rectificar. Era probable que los sensores de la Infamia hubieran detectado la apertura de la puerta. Tal vez fuera un buen momento para empezar a preocuparse por su vida. No por su empleo, desde luego, pues la acababan de despedir. Al parecer, dado que se dirigían a un sistema solar compuesto en su mayoría por planetas desérticos, ya no se requerían biólogos marinos en la tripulación. Sin embargo, nadie le había dado la patada aún a su compañero, el doctor Calammarus, que casualmente era primo hermano del capitán.

A Alabastra le parecía una injusticia tremenda, así que aquella era su manera de contraatacar. De todas formas, confiaba en que ni siquiera serían capaces de detenerla: Su cápsula de retorno a la civilización despegaba en dos horas, así que solo tendría que pasar desapercibida hasta entonces.

No obstante, lo que encontró al otro lado de la puerta la hizo cuestionarse si huir era lo correcto.

Lo que el sobrecargo le había contado era que la Infamia se dedicaba al comercio de restos orgánicos, principalmente relacionados con vida terrestre. Múltiples planetas de la Confederación valoraban los huesos y el pelaje de algunos animales como si de oro se tratara, ofreciéndose por cantidades exorbitantes que solo la nobleza más exquisita estaba dispuesta a pagar. A pesar de todo, el transbordador realizaba también labores científicas mediante el contacto con estaciones en planetas remotos.

La mayoría de cuerpos celestes que habían visitado durante el periplo se encontraban completamente inundados, de ahí la necesidad de contar con una bióloga marina entre sus filas. No era la más apta de su promoción, ni siquiera la mejor comunicada, pero cobraba poco. Realmente, si se encontraba allí era porque había sido la única de su profesión en aceptar aquel contrato tan escueto.

De todas formas, todo lo que sabía y había aprendido perdió el sentido en cuanto vislumbró lo que tenía enfrente. Más allá de la puerta había una cavidad angosta y unipersonal, apta únicamente para gente de escasa estatura. Alabastra no mediría más que un arbusto en invierno, así que no encontró dificultad a la hora de acceder y cerrar la puerta tras de sí por precaución. La luz de emergencia se prendió sobre su cabeza, alumbrándole el cuero cabelludo y permitiéndole vislumbrar con claridad lo que se escondía tras aquella barrera de cristal. Encontrarse cara a cara con una presencia desconocida nunca era agradable, sobre todo cuando ni siquiera se trataba de un ser humano. Trataba con individuos extraterrestres a diario, y había de admitir que algunos le

resultaban, cuando menos, apuestos, pero el instinto de supervivencia terrícola nunca dejaría de provocarle cierto recelo.

Aun así, ¿acaso se encontraba ante una criatura alienígena? Lo cierto era que reconocía patrones únicamente presentes en la vida de la Tierra, condicionada por su atmósfera especial y la clase de rayos solares que lograban acceder a través de la misma. Había estudiado en profundidad a los pseudocetáceos de Áredam Prime y sabía distinguir una forma de vida extraterrestre de una terrestre, aunque a veces la única distinción se encontrara en la propia genética. El suyo era un caso especial, aunque no parecía que le fuese a servir de mucho económicamente hablando.

Igualmente, se encontraba tan nerviosa que cuestionarse esa clase de cosas resultaba inviable. Solo tenía ojos para la criatura extraña, que tampoco apartaba la mirada de su opositora. No tenía claro si se trataba de una actitud de depredador, aunque su anatomía apostaba por algo distinto. Carecía de la dentadura propia de los grandes carnívoros, aunque sí compartía con estos el hecho de contar con unos globos oculares dispuestos en la parte frontal de la cabeza. Esta característica se aplicaba también a la especie humana, con la que, por cierto, coincidía en muchos aspectos.

—¿Qué eres? —le preguntó Alabastra, que no dudó en colocar una mano sobre la superficie de vidrio que los separaba.

En respuesta, la criatura desconocida levantó una de sus manos largas cual extremidad de gibón y la colocó a su altura. No fue hasta algunos latidos después que la bióloga advirtió la presencia de unos agujeros en el cristal, que la entidad usó para entrar en contacto con su piel. De alguna manera era capaz de extender las fibras de su cuerpo más allá de su superficie epidérmica. Esta resultaba especialmente interesante, pues se asemejaba en aspecto y textura a la vegetación de algún bioma pantanoso. Como si su musculatura se compusiera de musgo y lianas, podía alterar a voluntad el crecimiento de aquella suerte de ramas para aumentar su masa.

Alabastra no tenía claro qué ocurriría después, pero ignoró su razón científica para dejarse llevar por la experiencia. No creía que la criatura pudiera resultar tóxica: si no, ¿quién en su sano juicio habría instalado aquellos agujeros? Ni siquiera parecían diseñados para permitir su respiración, pues para esto se encontraban las rejillas situadas al fondo de la celda que lo contenía. Dado que no logró localizar ninguna otra vía de acceso, parecían específicamente diseñados para interactuar con la bestia.

De todas formas, la bióloga se había cansado de denominarla de esa manera tan despectiva. Lo cierto era que, con su perfil esbelto y la disposición de sus extremidades, se asemejaba bastante a un ser humano. No se trataba de un simio, eso saltaba a la vista, pero no le parecía descabellado pensar que, quizá, aquella cabeza coronada por líquenes hubiera albergado razón alguna vez.

Fuera lo que fuese aquello que le había pasado para acabar así, le parecía injusto. Le habían arrebatado el habla, convirtiéndolo en prácticamente un animal triste y aterrado. Aquellos ojos como luceros carmesíes albergaban cierta inteligencia, aunque no como la humana. Sin embargo,

estaba claro que sentía y padecía. Su sufrimiento no distaba del de aquellos que lo habían perdido todo y habían quedado relegados a la profundidad de un remoto agujero en el suelo.

De alguna manera, el contacto logró sumir al ser en una gran quietud. La presencia humana parecía relajarlo, o al menos la suya: que se encontrara apresado en oscuridad absoluta era señal de que no recibía demasiado cariño. A Alabastra no le extrañaba que desconfiara de sus congéneres, aunque con el ritmo de su corazón trató de demostrarle que no tenía nada que temer.

Aprovechando aquel sosiego, la bióloga logró estudiarlo de cerca. Teniendo su rostro a apenas dos palmos de distancia, no tardó en advertir que bajo la superficie vegetal se entreveían las formas de un cráneo humano. El musgo y las lianas habían conformado una nueva composición muscular, con unos robustos trapecios que conectaban directamente las sienes con los hombros. Carecía de cuello o, en todo caso, no se encontraba a la vista, aunque lo compensaba con un torso estirado pero recio. Aquellas fibras vegetales se habían adaptado perfectamente a toda esa musculatura, recreándola con una precisión inquietante.

Algo más abstracta resultaba en las extremidades, que se endurecían en dirección a los pies para rematar en una sólida corteza, así como los brazos derivaban en tres dedos romos. Aun así, daba la impresión de que las falanges óseas seguían ahí: tal como los pinnípedos de la Tierra, se había adaptado a alguna clase de medio mediante una grotesca fusión. No tenía claro cuál era la función de aquellos pseudodedos como retorcidas ramas de hiedra, pero habían demostrado una gran maleabilidad.

Debía volver a la cabeza para advertir algunos de los aspectos más extraños de su composición anatómica. Las fosas nasales habían quedado completamente cubiertas por las fibras, aunque se vislumbraba su presencia en el perfil. Algo similar podía decirse del ceño, profundo como el de un cavernícola, con trazos vegetales que le caían como un flequillo en miniatura. No disponía de ninguna clase de párpados, por lo que sus ojos permanecían totalmente abiertos e irradiando una luz antinatural. Uno podía sumergirse en su océano de sangre y ahogarse, pero, a pesar de todo, Alabastra encontró aquel vacío bastante plácido. No había rastro de iris ni pupila, solo una superficie limpia y de escala superior a la de cualquier humano. Incluso parecían sobresalir por encima de las cuencas oculares, como si en cualquier momento fueran a derretirse y derramarse sobre la limpieza de sus pómulos verdes.

Respecto a las mandíbulas, se destacaban algunos aspectos curiosos. No había rastro de la dentadura, aunque suponía que, por motivos adaptativos, debía encontrarse bajo capas de fibra. Ni siquiera podía desplegar completamente las fauces, ambos labios estaban engarzados mediante hilos de vegetación que la cerraban como si estuviera quedando poco a poco cosida. Le recordaba al caso del babirusa, un porcino cuya exagerada dentadura impedía a los ejemplares masculinos actuar con normalidad hasta el punto de que el hueso podía llegar a penetrar peligrosamente su cráneo. No sabía si en su caso serviría a alguna función especial (ni siquiera tenía claro si podía ingerir alimentos o si realizaba la fotosíntesis), aunque lo de aquel cerdo salvaje aún se cuestionaba en los círculos biológicos.

De todas formas, su vocación científica había ido esfumándose poco a poco. Solía pasar que, cuando se colocaba frente a alguna forma de vida desconocida, aquel instinto la empujaba al escrutinio más minucioso. Sin embargo, lo único que aquel individuo vegetal logró despertar en ella fue compasión. Necesitaba sacarlo de allí, liberarlo de aquellas cadenas que retorcían su cuerpo verde y concederle una segunda oportunidad. No conocía su historia, pero la libertad era el derecho supremo de todos los seres vivos. No merecía menos.

—Veamos si se puede hacer algo —dijo Alabastra.

No obstante, tan pronto como empezó a rebuscar con la esperanza de hallar una puerta secreta, la científica advirtió un comportamiento inusual por parte del ser. Este se había aproximado aún más a la superficie de vidrio, colocando nuevamente las manos en torno a aquellos agujeros. Poco a poco fue deslizando sus maleables lianas a través de la apertura, lo cual permitía que las fibras cruzaran de un punto a otro. La bióloga quedó completamente desconcertada, incapaz de deducir cómo los huesos subyacentes podían contraerse de una manera tan abrupta. ¿Acaso había un esqueleto debajo de aquella composición vegetal o era solo una reminiscencia construida en base a patrones cerebrales obsoletos? Fuera como fuese, lo estaba logrando.

Escurriéndose como una planaria, había logrado sacar la mitad de su cuerpo de allí. Lo hacía de una manera un tanto repugnante, convirtiendo su rostro en una suerte de enredadera como un fluido a medio derretir. Resultaba grotesco, desde luego, pero Alabastra había visto cosas peores. Además, sabía que no tenía nada que temer. Aunque no estuviera a la altura de la belleza de algunos, no sería peor que sus superiores.

En cuestión de tres minutos y medio, la criatura terminó el proceso de desplazamiento corporal. Había acabado derivando en una masa informe, una especie de alfombra de musgo que reptaba por el suelo como una babosa. Y, tan pronto como advirtió su victoria, retomó su morfología antropomorfa. Alzándose de nuevo sobre sus dos piernas como troncos de abedul, escrutó a la mujer con aquellos luceros del alba. Resultaban aún más inquietantes sin una pantalla de vidrio de por medio, aunque también albergaban cierta hermosura.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le preguntó Alabastra, sintiéndose insignificante junto a una criatura tan alta y robusta.

Aun así, la bióloga no tenía claro que fuese capaz de entenderla. Su reacción consistió en ladear la cabeza tanto como sus pronunciados trapecios se lo permitieron, y acto seguido esbozó algo a medio camino de una sonrisa grotesca.

—Sea lo que sea eso, encantada. —Alabastra hizo amago de estrecharle la mano, rozando las fibras que aún se encontraban en proceso de recomposición—. En fin, los tipos que te encerraron ya deben haberse dado cuenta. Será mejor que nos esfumemos.

Asintiendo a su manera, el hombre vegetal se colocó tras la científica. Esta no tenía claro si pretendía pasar desapercibido de esa forma, aunque estaba claro que erraría estrepitosamente. Igualmente, no había mucho más que hacer: debía concederle una oportunidad de huida.

Alabastra suponía que, a pesar de su habilidad para moldear su cuerpo, nunca había sido capaz de escapar debido a aquella puerta de cierre hermético. Para su suerte, tenía la llave adecuada y no supondría un problema. A la criatura le tomó un tiempo habituarse al exterior, como si fuera incapaz de comprender qué clase de superficie pisaba y por qué el techo emitía una luz cegadora. Debía haber pasado tanto tiempo encerrado que había olvidado todo lo demás, o quizá ni siquiera hubiera conocido nada más que laboratorios y celdas. No obstante, se adaptó rápidamente a los pasillos de la Infamia e incluso logró igualar la velocidad de la doctora. Con su sobrehumana capacidad de aprendizaje, la superaría en cuestión de minutos.

De pronto, tras cruzar el ala oeste del transbordador con éxito, Alabastra advirtió que había perdido de vista a la criatura. Tuvo que retroceder un par de módulos para encontrarla. Parecía haberse distraído con una serie de puertas como la que alguna vez lo contuvo, solo que de menor tamaño y agrupadas simétricamente. Se oían sonidos extraños del otro lado, los lamentos de formas de vida incapaces de encontrar consuelo. El hombre vegetal parecía apenado, deseoso incluso de liberarlos, pero de poco le servían sus manos de musgo y liquen. Que pudiera sentir tamaña empatía por otras criaturas le resultó cuando menos revelador a la científica, sobre todo por las consecuencias que podría tener.

—Me temo que no podemos salvar a los sujetos del módulo B-34 —dijo con lástima Alabastra—. Se requieren en cautiverio por motivos de comercio. No me lo eches en cara: nunca he sido la que da las órdenes a bordo.

Entonces, el hombre vegetal se volvió hacia Alabastra. No lo hizo con la gentileza de antaño, esa que solo podía encontrarse en ciertos simios y algún que otro paquidermo. Lo hizo con violencia, sus ojos prendidos como llamas de rabia escarlata, aquella expresión semihumana tornada una pesadilla encarnada. Solo le faltaba desplegar aquellas mandíbulas y aullar con tesón, sin miedo a resquebrajar su propia composición y desencajarse los huesos.

No obstante, la científica tardó un rato en comprender que no era ella a quien estaba dedicando aquella expresión de horror. Tuvo que volverse y dar algunos pasos hacia atrás para advertir la presencia de uno de los comandantes de a bordo, que había dispuesto su bláster para apuntar a la criatura. Se vislumbraba el terror en su rostro crispado, motivo por el que su índice derecho tanteaba constantemente el gatillo. La raza humana tendía a destruir todo aquello que le asustaba o que creía que podría destronarla algún día, y el hombre vegetal aunaba todos los miedos e inseguridades de aquella especie homínida supuestamente inteligente.

—Que nadie se mueva —dijo el comandante, que se llevó una muñeca a la boca y presionó un botón para comunicar—: Harrow al habla, el sujeto THX-1239 se ha fugado. Repito, el sujeto THX-1239 se encuentra en… ¡No me jodas!

Antes de poder terminar su discurso, el militar presenció una de las imágenes más horripilantes de toda su vida. Y también fue la última, así que se vio obligado a llevarse a la tumba aquella visión de ojos carmesíes fundidos con unas fauces abisales. No se distrajo más que una milésima de segundo, cosa que bastó para que la criatura se incorporara y desplegara sus mandíbulas como un tiburón al cernirse sobre su presa. Su tamaño aumentó considerablemente en cuestión de un latido, desencajándose por completo para disponer múltiples filas de dientes afilados como espadas. Tal velocidad alcanzó que el alarido del comandante ni siquiera alcanzó a escucharse, ahogándose en el vacío de un estómago de ramas y hojarasca. Engulló su cuerpo de una sentada, el relieve del humano perdiéndose en su vegetación epidérmica.

Cualquiera podría haber quedado traumatizado ante algo tan terrible, pero para Alabastra solo era un lunes más.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que alguien se dé cuenta de que ese tal Harrow ha desaparecido —dijo la científica mientras se rascaba el cuero cabelludo. Entonces, procedió a señalar con el pulgar hacia la derecha—. La salida está por ahí, amigo. Sígueme y llegaremos hasta una de las cápsulas.

Sin embargo, la doctora descubrió algo extraño en la mirada de la criatura. Quizá no pudiera pronunciar palabra, pero su convicción hablaba por sí sola. Su expresión corporal era la manifestación de su voluntad, una para la que la huida y el abandono eran sinónimos de cobardía. Podía distinguirlo en el ocre de sus raíces otoñales, en la palidez de sus líquenes superiores y en cómo diminutas flores blanquecinas empezaron a brotar de sus antebrazos.

Aquel ser grotesco no era el único prisionero sobre la faz de aquel transbordador, y desde luego no abandonaría a sus iguales.

—Ya veo —pronunció la científica, que agachó la cabeza con lástima—. Si es lo que crees correcto, adelante. No te frenaré.

Como en un amago de imitarla, el hombre vegetal agachó también la testa. Parecía convencido de que aquella era la manera óptima de despedirse. Así pues, corrigiéndolo, Alabastra levantó una mano y la sacudió.

—Adiós, amigo —le dijo—. Suerte en tu aventura.

Sin más, la criatura se la quedó mirando durante unos últimos latidos y procedió a volverse. Echó a correr a lo largo del pasillo, perdiéndose tan pronto como las brumas de la alarma general inundaron las cavidades. Las puertas no tardarían en bloquearse, así que debía apresurarse si no quería verse encerrada de un momento a otro. No sería agradable, y los responsables del transbordador iban a tener suficiente con un solo prisionero rebelde.

Debido a la confusión recién desatada, ningún centinela fue capaz de impedir que la doctora Alabastra tomara una de las cápsulas y saliera disparada hacia la inmensidad del espacio. No erraría durante demasiado tiempo, pues aquellos vehículos unipersonales se encontraban

especialmente programados para dirigirse hacia el núcleo habitado más cercano. Si tenía algo de suerte, llegaría en un santiamén a la órbita de Ar'Shem y podría permitirse descansar en sus plácidos prados antes de retomar sus labores científicas.

Alejándose cada vez más de la Infamia, fue capaz de distinguir el nuevo paradigma caótico desde la distancia. Luces rojas alumbraban todo el transbordador, una baliza de alerta que ninguna nave en las cercanías lograba captar. Incluso se vislumbraban algunos módulos dañados, como si una fuerza descomunal hubiera maltratado la superficie. Costaba imaginar qué estaba ocurriendo en el interior de la nave, aunque Alabastra se hacía una idea. En resumidas cuentas, había hecho bien en entablar amistad con aquella criatura.

Antes de perder de vista el transbordador, la bióloga fue capaz de apreciar cómo algo emergía de las ranuras. En un primer momento le resultó indistinguible, como una de esas estrellas remotas que titilaban en el firmamento galáctico. Sin embargo, aquellas fibras continuaron expandiéndose hasta el punto de abarcar fracciones completas de la nave. Esta, de forma vagamente esférica, se amoldó a la morfología de un cráneo humano. Las cubiertas inferiores dieron lugar a unas fauces grotescas y desencajadas, de hebras que mantenían unidas ambas mandíbulas. La cabida de mando se adaptó a las formas de la nariz, recubierta de vegetaciones lo suficientemente duras como para resistir las gélidas temperaturas del vacío cósmico. Y, por último, dos ojos rojos como faros en la inmensidad de la noche se apoderaron de los módulos principales. El verde se hizo uno con la nave, consumiéndola por completo para someterla a voluntad, y las luces y el caos cesaron con un sencillo parpadeo.

Perpleja, Alabastra no pudo dejar de contemplar aquel milagro biológico hasta que se perdió en el horizonte espacial. Pero, antes de eso, el hombre vegetal (si es que podía llamarlo simplemente así después de haberlo visto hacer algo digno de una deidad primigenia) fue capaz de seguir expandiendo su masa para conformar una extremidad a la altura de su sien. Este apéndice se convirtió en una suerte de puño con tres dedos, algo que empleó para despedirse a su vulgar, aunque ingenua, manera de su amiga.

Sin saber si podría verla desde tan lejos, Alabastra imitó su saludo. Instantes más tarde lo perdió de vista, permitiéndose suspirar de alivio al encontrarse en la soledad del cosmos. Desde luego, menuda suerte la suya por tenerlo de su lado.



Fotografía de Allen Beilschmidt sr., 2013

Estoy muerto

Pilar Alvarellos Lema

España

X (antes Twitter): @AlvarellosLema

Me estoy pudriendo, siento cómo los gusanos recorren mi cuerpo. Esto es una agonía y ellos… ellos no hacen nada. Solo me dejan aquí postrado, poniéndome un gotero tras otro que me dejan adormecido y me hacen ver cosas.

Esta noche me desperté. El olor a muerte era insoportable. Me quise levantar, sentía nauseas, pero mis piernas podridas no se movían. Agarré una de ellas y un trozo de carne quedó entre mis manos. Entré en pánico. Grité, pero de mi garganta muerta no salió ningún sonido. Me estoy volviendo loco…

Estoy tumbado boca arriba, mi mirada se cruza con la lámpara que cuelga del techo de mi habitación. Tiene seis brazos de bronce con una bombilla en cada uno. Hay un cuervo posado en uno de ellos haciendo que se balancee peligrosamente. Me observa con atención, sus intenciones no son buenas, lo sé. Espera el momento exacto para abalanzarse sobre mí y picotear mis ojos podridos.

Me desmayé. O volví a morir. No lo sé. Me despierto. Mi mujer está a mi lado. Quiere que coma. No entiende que un cadáver no necesita alimentarse. Tras ella hay un hombre con una bata blanca. Este médico es nuevo. No lo había visto hasta entonces. Le está hablando de un tal Cotard. No sé quién es esa persona y tampoco me interesa saberlo. Lo único que realmente me importa es que me estoy descomponiendo y nadie parece darse cuenta. ¿Soy el único cuerdo en esta historia?

Esto tiene que ser una maldición…

¡Un momento!

Claro, es una maldición.

La maldición salió de la biblioteca de Babel y la llevo conmigo. Estuve allí hace un par de días, buscando…. No me acuerdo. El cerebro está podrido, por lo menos en parte. No logro recordarlo. ¿Qué día es hoy? Giro la cabeza con verdadero esfuerzo hacia la mesilla de noche. Mi móvil. Si pudiera cogerlo… Intento girarme. Despacio. Consigo ladear mi cuerpo. ¡Oh, no! ¡Un trozo de carne se ha desprendido de mi espalda! ¡Lo conseguí! Tengo el móvil entre mis manos.

Hoy es el día 9. El libro… ya lo recuerdo… lo robé. Pero… ¿dónde está? Recuerdo el título… Me duele la cabeza. ¿Cómo era? Sí, era el «El libro de la inmortalidad». No tenía que haberlo traído a casa. Tengo que devolverlo. Pero… ¿cómo?

Mi esposa se acerca a mí. Me mira fijamente. «¿Buscabas esto?» Me dice mientras me muestra el libro en cuestión. Intento decirle que lo devuelva para acabar con esta agonía. Se ríe en mi cara. Tiene algo en la mano. ¡No…!, quiero gritarle. Es un mechero. Lo va a quemar. Será el fin, mi fin. Lo hace mientras suelta una siniestra carcajada que retumba en mis oídos. El cuervo se abalanza sobre mí…



Fotografía de Dids ., 2020

Se renta

Guillermo Ríos Bonilla

Colombia-México

Instagram: @tylerbellucci
Facebook: Tyler Bellucci

Melina abandonó el apartamento de un cliente. «Nada mal para el poco tiempo que me demoró ese pervertido», se decía, mientras golpeaba los billetes contra la palma de su mano en señal de satisfacción. Luego los guardó entre su sostén, y volteó la esquina. Pasó por un puesto de revistas para comprar un periódico. Desde el día anterior había pensado buscar un sitio donde pudiera vivir sola. Llevaba un año en el país y siempre había compartido la vivienda con otras personas, pero ahora tenía un poco de dinero ahorrado que le permitiría gozar de privacidad e independizarse.

Guiada por la sección de clasificados averiguó la dirección de la casa en donde se rentaba un cuarto a una mujer joven. Al encontrarla respiró con alivio. Se acercó y golpeó la puerta. Cuando la abrieron y la dueña de la casa le dijo: «¡Siga, mi señora, la estábamos esperando!», dos manos fuertes la arrastraron hacia el interior de la morada.

***

Gilberto había llegado a la ciudad, era el primer día de dos años que debía permanecer mientras duraban sus estudios. Tenía en mente buscar un lugar económico y cerca de la universidad, pues no contaba con mucho dinero. Compró el periódico y eligió el primer anuncio con el que se toparon sus ojos; ofrecía un cuarto para estudiante, económico, con todos los servicios y a unos cuantos pasos de la universidad.

Caminó por calles y calles; las direcciones le parecían complicadas, saltaban de un número a otro sin ninguna lógica, y algunas tenían dos enumeraciones, una anterior y otra reciente, que hacían tediosa la búsqueda. Hasta que al fin encontró el lugar: era una casa vieja, con una puerta inmensa de madera que parecía difícil de abrir, y a la que adornaba una aldaba en forma de león con un aro entre sus fauces. Golpeó tres veces y la madera sonó como si fuera insuficiente para que alguien escuchara. Iba a hacerlo por cuarta vez cuando desde adentro alguien gritó:

—¡Un momento!

A Gilberto le pareció la voz de un niño, cosa que no le agradaba mucho. Sin embargo, frente a él se presentó un hombre vestido de negro, de ojos saltones y nariz pequeña y torcida En su rostro redondo se encontraba una frente estrecha terminada en unas cejas muy pobladas y unos labios extremadamente delgados para una boca amplia, cubierta con dientes amarillos de incisivos grandes, que le daban una apariencia de miedo. Sus anchos y abultados hombros lo hacían ver muy fuerte.

—Buenos…

—Siga. Mi mamita lo estaba esperando, mi señor.

—¿Perdón? —preguntó Gilberto, sorprendido.

—Viene, mi señor, por un cuarto, ¿verdad? Pues siga y se lo enseño —dijo de repente una mujer que había aparecido detrás del hombre corpulento. Era la dueña de la casa, de apariencia semejante a su hijo, pero con rasgos menos pronunciados en un cuerpo erguido y huesudo.

Gilberto obedeció a la mujer sin decir palabra. Le parecía que tal vez había escuchado mal o que era la costumbre del lugar. Lo condujo por un pasillo silencioso, en penumbra, rodeado de paredes olorosas a humedad, hacia unas escaleras que descendían a un lugar amplio y cuadrado, en cuyas esquinas había un cuarto. En medio se desplegaba un patio, cuyo techo perforaba una gran claraboya. Luego entraron en uno de los cuartos. Aunque era limpia, la habitación no tenía muy buena luz y su ventilación era insuficiente; si bien se encontraba aseada, conservada con presteza y a un precio bastante cómodo.

Mientras ella le enseñaba el lugar, con su vocecita semejante a un lejano campaneo que impidiera la concentración, Gilberto creyó, en un principio, haber escuchado susurros de sexo provenientes del cuarto de al lado. Estos, sin embargo, después se hicieron tan claros para sus oídos que, si la señora no los escuchaba, simplemente trataba de disimular para ahorrarse explicaciones. Gilberto perdió la atención en las palabras de la señora: los sonidos de la pareja despertaron en él su sensible deseo sexual; sintió la libido desplegarse por su cuerpo y provocarle una erección.

Trató de disimular preguntándole lo primero que se le ocurrió:

—¿Qué dijo, perdón?

—Que si le gusta el cuarto, mi señor.

Gilberto miró hacia la habitación de al lado, escuchó una vez más aquellos estimulantes sonidos e inconscientemente respondió que sí.

Una vez instalado, él no pudo volver a salir del cuarto, pues la señora de la casa cerró la puerta con llave y su hijo aseguró muy bien las ventanas. El joven terminó por cansarse de gritar, maldecir, romper cosas y arrojar otras tantas contra las paredes, la puerta y las ventanas. Todo fue inútil. Mientras permitía que su cuerpo tomara un poco de aire para sosegarse, pensaba con cabeza fría otra manera de huir.

***

La experiencia de Gilberto se había repetido ya con otra persona hace algún tiempo. Marcio, también estudiante, había llegado a la misma casa buscando un cuarto en donde instalarse. A él también le había parecido extraña la dueña y su hijo, quien le había dado la bienvenida llamándolo «mi señor», como si lo conociera; luego le había enseñado el cuarto, y mientras lo hacía le había parecido haber escuchado susurros de una mujer en éxtasis sexual provenientes del cuarto de al lado, que al parecer no perturbaban a la señora.

Una vez instalado en su nueva morada, los primeros días todo transcurrió normal. Marcio iba a la universidad y volvía, estudiaba, descansaba, leía, escribía o jugaba en la computadora, y a veces visitaba a algunos de sus amigos. Pero después de tres semanas empezaron a ocurrir cosas extrañas. Un sábado, a eso de las 3:00 pm, él estaba sentado frente a la computadora cuando tuvo una visita inesperada. Tocaron a la puerta con tres golpes rápidos y fuertes. Se dirigió hacia ella preguntándose quién podría ser. Frente a él había una mujer joven que cargaba una criatura en brazos, y un hombre de su misma edad, tan normales como cualquier otra persona.

—Venimos a saludarlo y a darle la bienvenida, mi señor —dijo la mujer.

—Es un honor para nosotros tenerlo de vuelta, mi señor —dijo a su vez el hombre.

—Muchas gracias. Pero, ¿por qué…? —intentó preguntar.

—Ojalá pronto se integre a nosotros, pues hace mucho que estábamos esperando a que el tercer elemento ocupara ese cuarto —dijo el hombre mientras los dos se alejaban hacia su pieza.

—¿El tercer elemento? No entiendo…

Pero ellos lograron cerrar la puerta de su cuarto antes de que Marcio pudiera hacerles cualquier pregunta; además, no quiso golpear para no molestarlos. Fue tan inmediato el vacío en su pecho que la inquietud lo inundó, y en su mente punzaba ese formalismo «mi señor», que ya empezaba a fastidiarlo. Después de unos minutos comenzó a escuchar los llantos de la criatura, luego unos susurros bastante pronunciados de una mujer en éxtasis y el grito final del crío que le hizo llevar la mano al corazón. No se atrevió a levantarse de la silla y prefirió olvidar el suceso, pretextando que no era de su incumbencia. Y así durante los tres fines de semana siguientes, hasta el día en que la curiosidad pudo más que el respeto y decidió asomarse por una de las ventanas para saber qué ocurría.

Detrás de ésta descubrió que los gemidos que antes había escuchado provenían de la garganta de la mujer que semanas atrás había tocado la puerta, mientras el hombre la penetraba. Frente a ellos había tres cuerpos de criaturas recién nacidas con sus entrañas totalmente abiertas. Por el piso de la habitación corría la sangre aún fresca. Los dos amantes devoraban con frenesí las vísceras y la carne de las tres criaturas, y luego se entregaban al disfrute del sexo. Después, con un sonido rítmico y ritual, cantaban un estribillo que Marcio no pudo entender. Mientras el horror le hacía perder el sentido de la realidad y el miedo lo llevaba a la inconsciencia, una mano dura y seca le tocó la espalda.

—No es nada respetuoso espiar la privacidad de los demás, señor mío.

Eran la dueña de la casa y su hijo. Cuando Marcio viró el cuerpo de un salto y los vio, ella aún colgaba la mano sobre el hombro del joven con una fuerza que parecía incongruente con su contextura y tamaño.

—¡Señora, pero ahí están…! —dijo asustado.

—Ése no es su asunto, mi señor. Ya cálmese.

—Pero, señora, ¡¿cómo me pide que me calme?! ¡Ahí están…!, devorando a unos niños… muertos. ¡Hay que llamar a la policía!

Y ella, apretándole el brazo, dijo: —Acompáñeme, mi señor. Deje a los jóvenes en paz.

—¡Ya no me llame «mi señor», que no soy señor de nadie! —le gritó alterado por los nervios, tratando de liberarse de sus dedos.

Ella se detuvo, regresó sobre los pasos que había dado y le dijo: —Claro que eres mi señor, está escrito.

—¿Está escrito? ¿Qué diablos está escrito?

—Sígame y lo verá, mi señor.

El hijo, tomándolo del brazo, lo condujo a un cuarto. El lugar era la habitación de la siguiente esquina, de cuyo interior, aunque lo había notado con anterioridad, pero nunca le prestó atención, salía un vaho blanco y frío. Cuando llegaron a la puerta ella introdujo una llave y la abrió.

Adentro, el hielo cubría las paredes y el frío inundaba la atmósfera. Una vez que el vaho blanco se fue despejando, se adivinaban pequeñas formas que todavía Marcio no lograba distinguir. Tuvo que esperar unos minutos más para saber con perfección que aquello era un inmenso congelador donde guardaban una gran cantidad de criaturas recién nacidas y ya muertas. Por todas partes se podían encontrar tiernos cuerpecitos de niños y niñas, unos completos, otros ya carentes de algún miembro, incluso de la cabeza, y otros con señales muy marcadas de mordiscos.

La señora lo miró y dijo: —Como usted lo había pedido, mi señor.

Marcio no pudo contener el horror ni la impresión. Haciendo a un lado a la señora de la casa, salió de allí y vomitó.

—¡Ustedes están locos! ¡Ustedes están enfermos! —exclamó e intentó correr hacia la puerta para escapar a semejante pesadilla, pero la señora gritó y unos hombres aparecieron. Dos seres igual de horripilantes a ella y a su hijo le salieron al encuentro y con una fuerza sobrehumana lo encerraron en su cuarto.

Desde ese día no pudo salir de la casa. Dejó de asistir a la universidad y no se le permitió comunicarse con sus padres. Imaginaba la angustia en la que estaría su madre sin saber nada de él. Tampoco pudo hablar con sus amigos. No sabía qué le ocurriría. Pensar en qué clase de cosas estarían tramando esas personas. Vio cerca la muerte y un dolor frío le atacó el pecho. No deseaba morir, le temía a la muerte como se le teme a lo desconocido; siempre se había preguntado qué se sentía estar muerto, si todavía se conservaba algo de conciencia, si algo todavía quedaba vivo, pero nunca esperó saberlo de esta manera y no en este momento, lejos de casa y tan solo.

***

Un día después, los dos hombres que lo arrastraron esa vez al cuarto lo llevaron a la fuerza a presenciar una de sus sesiones, para que, según ellos, recordara y se familiarizara de nuevo con lo que se realizaría la noche señalada. Entraron en el tercer cuarto.

Marcio no sabía qué significaban sus palabras, no entendía nada de lo que le mostraban; sentía náuseas y sólo podía recurrir a un milagro que lo sacara de ese lugar. Adentro la oscuridad dominaba el recinto, sólo una luz que salía de la pared esparcía su fuerza sobre los objetos y las sombras aumentaban. Allí se encontraba la dueña de la casa, su hijo y tres parejas copulando con frenesí. Alrededor de ellos y servidos como en un banquete, aunque estaban en el suelo, había siete cuerpos de criaturas recién nacidas, ya todos muertos y con sus vientres abiertos. Lo que más inquietó a Marcio fue el inmenso agujero en la pared a través del cual surgía la tenue luz que iluminaba el cuarto. Del otro lado se veía una especie de remolino negro que giraba de afuera hacia adentro.

Las parejas interrumpieron su cópula. A una orden de la señora de la casa en esa extraña lengua, mientras tomaba un libro blanco y grueso, todos se arrodillaron. Inclinaron sus cabezas hacia delante, y ella leyó un texto que hablaba de alguien ajeno a la casa que vendría a mostrar el camino, que sería el tercer elemento…, que necesitaría de la pasión y del juego erótico y lascivo del hombre y la mujer, y de la carne y la sangre joven. Hablaba de que las parejas devorarían esa carne y beberían la sangre y copularían… para que algo que llamaban con un nombre irrecordable saliera de su encierro y, según ellos, impusiera su dominio.

La señora de la casa continuó su lectura y sus palabras sonaban como un murmullo que se escucha a los lejos. Marcio comprendió que él era uno de los requisitos especiales para que se cumpliera ese ritual, por el cual esperaban propiciar la llegada de algún ser que, por la clase de sirvientes que tenían, ya podía imaginarse cómo era.

Una vez ella terminó, dio otra orden y todos continuaron copulando. Uno de los dos hombres empezó a tocarla libidinosamente, la seducía con las manos, la desnudaba con caricias, y después la poseyó, mientras el que sostenía a Marcio respiraba como animal en celo. Inflamado por el deseo, la corpulencia del hijo aumentó hasta el punto de que varias partes de la ropa se rasgaron; luego se sacó el miembro y empezó a buscar lugar entre las parejas que copulaban. Sujetado, Marcio fue obligado a ver, puesto que, por ahora, no se le permitía participar, según le dijeron.

En esa bacanal el placer se desplegaba con frenesí; en esa desquiciada comilona, todos se penetraban con todos, todos se besaban con todos y se entregaban a un comunismo erótico que ya era imposible distinguir hombre de mujer, pues parecían cambiar de naturaleza según el papel que realizaran en la cópula.

Después de que todos hubieron arrojado su semen sobre las siete criaturas, a una orden de la dueña de casa, las devoraron con fiereza, ofreciéndose unos a otros con la boca o con las manos los trozos tiernos de carnes, arrojando la mayoría al hoyo negro que como una gran boca los

engullía con avidez. Una vez terminado el ritual, los dos hombres llevaron de nuevo a Marcio al cuarto. Allí permaneció hasta la noche siguiente, en que tuvo lugar el gran ritual para traer al mundo al mencionado ser.

***

Gilberto observaba todo el lugar buscando una salida que le permitiera abandonar el cuarto. Pero después de llorar y de sentir una desesperación que doblegaba su cuerpo, abrieron la puerta. La señora, su hijo y los dos hombres fuertes entraron con violencia. Gilberto se incorporó, se armó con la valentía de un animal acorralado por lobos, asiendo con fuerza trozos de madera. Pero cualquier resistencia fue inútil ante aquellos seres y terminó dominado.

Ya era de noche y la luz de la luna, que se desplegaba hasta el suelo del patio, se podía ver a través de la claraboya. Allí arrojaron a Gilberto. De las sombras aparecieron tres parejas completamente desnudas. Luego trajeron siete niños recién nacidos, mientras la señora leía una plegaria de un grueso libro. Posteriormente todo ocurrió como la experiencia de Marcio, mientras desgarraban las ropas de Gilberto, le untaban sangre en el cuerpo y lo besaban con gran pasión, preparándolo para algo mayor.

Una vez dieron las doce, empezaron a surgir lamentos, gruñidos y pequeños temblores de tierra del cuarto donde estaba el extraño remolino negro. De repente se escuchó un fuerte «¡No!», seguido de una total calma. Todo volvió a ser en vano, como había ocurrido con Marcio. Furiosa, la dueña de la casa maldijo a todos, flageló a unos cuantos, y asesinó a Gilberto, que fue dado como pasto de bestias a los presentes. Ella se retiró después a sus aposentos.

Al otro día, cabizbaja y meditabunda, revisando páginas y páginas del libro, la dueña de la casa trataba de encontrar el error. Su hijo llegó con el deseo de consolarla: —Mamita, ¿qué pudo haber fallado?

—No lo sé, hijo, no lo sé. He revisado todo, pero no encuentro el maldito error. Un largo silencio se interpuso entre ellos, hasta que él interrumpió.

—¿Y hasta cuándo, mamita?

—¡No lo sé! ¡Supongo que hasta que encontremos el error! —puntualizó ella.

La señora respiró hondo, cerró los ojos y luego los abrió como si hubiera tenido un atisbo de lucidez. Días después, Melina tocó la puerta.



Fotografía de RDNE Stock Project, 2021

Maridaje perfecto

Marcelo Medone

Argentina-Uruguay

Instagram: @marcelomedone
Facebook: Marcelo Medone

—Hace calor acá arriba —dijo la mujer de cuarenta muy bien llevados años, de cabellera rubia larga recogida en una cola de caballo que la hacía aparentar más joven, de rostro bronceado y músculos firmes, vestida con una blusa corta de algodón, bermudas playeras y sandalias, mientras se apoyaba en la azada.

—Sí, ma. ¿Podemos descansar un rato? —agregó su hijo Lorenzo, de dieciocho años, quien la estaba ayudando a carpir la tierra entre las innumerables filas de vides.

Maribel se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y contempló el océano desde su privilegiado punto de vista en la cima de la colina arenosa en la que estaba el viñedo. El sol del mediodía hacía brillar todo el paisaje.

Maribel dejó que la brisa marina le acariciara el rostro y sonrió, feliz. Le llegaron ecos de los chillidos de las gaviotas que seguían la estela de los pequeños botes pesqueros que le daban vida al pintoresco poblado de Punta del Diablo, en el este uruguayo.

Tomó a su hijo por los hombros y le dijo: —Dale. Bajemos a tomar algo. Además, me está empezando a agarrar hambre.

Se despidieron con un gesto de la mano de Valerio, el curtido capataz del viñedo y bodega Latitud 53, y comenzaron a descender por las dunas hacia el mar. El fiel Valerio estaba allí desde la época en que la bodega había sido fundada, hacía doce años, cuando todavía vivía Carlos, el marido de Maribel y padre de Lorenzo. Porque desde hacía cinco años Maribel estaba a cargo de ella, además del restaurante sobre la playa y la crianza de su hijo. Sin contar el nuevo emprendimiento de cría de almejas gourmet para abastecer al restaurante, iniciativa de su nuevo socio y pareja, Walter, un biólogo marino especializado en moluscos.

Maribel siempre creyó en la sinergia de los distintos emprendimientos. La bodega producía unos excelentes vinos de la cepa insignia uruguaya, el Tannat, que regaban los platos a base de mariscos que se servían en el restaurante anexo, donde también se ofrecían las almejas que ellos criaban en piletones de cemento en la arena húmeda de la playa.

Al poco tiempo de la repentina muerte de su marido, Maribel conoció a Walter, diez años menor que ella, quien con su juventud y su entusiasmo por la vida la sacó de su duelo de viuda inesperada. Fue un flechazo mutuo, acunado por las olas del Atlántico y el vino rosado de la bodega. Walter se ganó la simpatía del pequeño Lorenzo, con su sonrisa afable y su habilidad con el fútbol, deporte que practicaban en la arena firme de la playa. Además, le enseñó al niño a cavar en la orilla en busca de almejas.

Gracias a los conocimientos de Walter, pronto tuvieron suficientes almejas para abastecer al restaurante familiar, junto con los camarones cosechados en una laguna cercana. Costó un poco que los comensales aceptaran a la almeja local, *Amarilladesma mactroides*, como un ingrediente fundamental del menú, sobre todo por los prejuicios de que era un recurso culinario de gente pobre. Pero el olfato emprendedor de Maribel no le falló.

Al poco tiempo se les unió Denis, un biólogo amigo de Walter, quien había regresado recientemente de una pasantía en un instituto de investigaciones biológicas en Bar Harbor, Nueva Inglaterra, en las costas norteamericanas del Océano Atlántico cercanas a Canadá. Denis les había traído —de contrabando— un lote vivo de una variedad local de almeja excepcionalmente grande: la *Mya arenaria*, que duplica en tamaño a la almeja uruguaya, llegando hasta casi los veinte centímetros de largo, lo que la hace más productiva para extraer su carne. Con total desparpajo, incluyeron a la almeja recién llegada en su proyecto de cría.

Por un tiempo, los piletones de arena húmeda de las almejas del hemisferio norte funcionaron bien, y proliferaron los platos que las incluían en el menú del restaurante: almejas hervidas acompañadas de arroz en un delicioso risotto, al vapor y condimentadas a la provenzal, almejas encebolladas. Pero, luego de unos meses, la producción de la *Mya* comenzó a decaer drásticamente, con los individuos enfermos y con las valvas quebradizas y plagadas de proliferaciones costrosas. Evidentemente, estaban sufriendo de algún tipo de enfermedad.

Walter se abocó a estudiar el problema, pero abandonó el tema cuando se dio cuenta de que ya no quedaban más individuos vivos sanos de la almeja importada. Insólitamente, empezó a notar un notable aumento en la población de las almejas locales, que, además, crecían mucho más de lo normal, superando en poco tiempo el tamaño de las almejas invasoras. Ya no era extraño encontrar almejas de hasta treinta centímetros de largo y doscientos cincuenta gramos de carne: todo un récord para la zona.

A partir de allí, el restaurante floreció. Se corrió la voz de las enormes y exquisitas almejas de Punta del Diablo, y se amplió la carta con ellas. Un turista español, conocedor de los mariscos del Cantábrico, le sugirió a Maribel que ofreciera almejas crudas en piletas dentro del mismo restaurante, lo que resultó en una presentación sumamente demandada por los más sibaritas. Las almejas gigantes se servían frescas y vivas a los comensales, que las degustaban tal cual o con un chorrito de limón.

Maribel pronto se hizo aficionada a este manjar que le proveía la playa, acompañándolo con una copa de su mejor vino rosado, el maridaje perfecto. Incluso su hijo Lorenzo comenzó a imitarla.

A Walter, estudioso de la vida marina, le parecía inmoral comerse a los moluscos vivos, por lo que se abstuvo de hacerlo de esa manera. No es que fuera vegano o algo parecido, solamente que se sentía cercano a esos animales que eran el objeto de su estudio, una especie de altruismo interespecie, una suerte de respeto por la vida sintiente. De todos modos, no había renunciado a comerlos: de hecho, le parecían deliciosos, pero los consumía hervidos y condimentados con ajo y perejil, como si fueran mejillones.

Las ventas de los vinos también aumentaron, de la mano del boom de las almejas crudas. Llegaron turistas desde Montevideo, desde Punta del Este e incluso algunos desde el Brasil, atraídos por la fama de la bodega y de las deliciosas almejas. Con ese influjo extra de dinero,

Maribel y Walter ampliaron y renovaron el restaurante, agregándoles más piletas con almejas vivas entre las filas de mesas y una nueva cava para la degustación de sus vinos. La vida le sonreía, por fin, a Maribel.

Una tarde, cuando estaban preparando las mesas para el turno de la noche, Walter entró al depósito adyacente a la cocina, y encontró a Maribel inclinada sobre una alargada pileta con agua de mar repleta de almejas vivas. Se acercó a ella y la vio abriendo las valvas con una navaja y sorbiendo el cuerpo carnoso ansiosamente, incluso con desesperación.

—¡Ey! ¿Qué estás haciendo, mi amor? —exclamó.

Maribel no se dio por aludida y siguió engullendo almejas. Recién cuando Walter la tomó del brazo, giró hacia él, la boca rebosante de carne cruda de almeja, y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué te pasa? No estás bien —agregó, notando la expresión desorbitada de ella. Le pareció incluso que su rostro estaba deformado.

Maribel terminó de tragar y le dijo: —Deberías probar este manjar. Los clientes tenían razón: estas almejas crudas producen adicción.

—Por eso mismo me preocupo por ti. No es bueno que comas a escondidas como una ladrona.

Entonces, Walter notó que junto a ella había una botella de vino a medio vaciar.

—Además, últimamente estás tomando demasiado vino.

—Las almejas me dan sed.

—Para eso está el agua fresca. Tenemos botellas de sobra en las heladeras.

—Prefiero nuestro vino, que es saludable. Acá todo es natural, ¿o no?

Dicho esto, Maribel regresó a su festín molusco.

Walter se retiró y fue hacia la casa que habían construido a unos cien metros del restaurante, que oficiaba de vivienda familiar. Recorrió a pie, presuroso, el camino embaldosado que discurría entre la arena y fue directo hasta su pequeño estudio, en busca de conectarse a la computadora. Tenía que conseguir más información para despejar sus sospechas.

Cuando entró al estudio encontró a su amigo Denis, esperándolo.

—¡Walter, querido! —exclamó Denis y lo abrazó efusivamente.

—¡Qué buena sorpresa! ¿Cuándo regresaste de Bar Harbor? Me enteré de que te habías ido de nuevo para allá, y sin despedirte. Eso no se hace.

—Surgieron novedades. ¿Te acordás de mis investigaciones sobre las almejas de Nueva Inglaterra?

—Sí. Las que trajiste sin permiso. Que no funcionaron acá.

—Allá también se están muriendo. Parece que sufren de un tipo de cáncer, un tumor transmitido a través del agua salada.

—¿Un cáncer contagioso? ¿Transmitido por un virus?

—No. Transmisión directa de tumor a tumor, vehiculizada por el agua. Algo parecido al cáncer venéreo de los perros o los tumores faciales de los demonios de Tasmania.

—Algo había leído sobre eso, pero no sabía que podía aparecer en invertebrados.

—Sí. Son cepas inmortales de células que contagian tumores. Encontramos una proteína mediadora, parecida a la mortalina.

—¿Mortalina? ¿Es una broma?

—No. Es una nueva familia de proteínas que regulan la muerte y el envejecimiento, asociadas a varios tipos de cáncer transmisible. Es que las células cancerosas son inmortales, no envejecen. Estas proteínas serían la clave para la juventud eterna y la inmortalidad.

—¿Algo que ver con las proteínas infectantes de los priones? Digo, la enfermedad de la vaca loca, el kuru, la demencia por ingerir tejido nervioso vivo.

—Todavía hay mucho que no conocemos. Estas mortalinas, además de inducir la aparición de tumores, afectan el sistema nervioso de los organismos. Por eso se mueren las almejas, y se vuelven locos los mamíferos. Una especie de rabia que ataca el cerebro. Se convierten en zombis. Muertos en vida.

—¡No me asustes!

—No quiero ser alarmista, pero estas almejas pueden constituir una amenaza para la salud pública. Me siento culpable de haberlas traído aquí. Aunque, por suerte, por lo que me dijiste, el problema se solucionó solo: no se adaptaron al clima de estas aguas.

A Walter se le erizaron los pelos de la nuca, pensando en las implicancias de lo que le había contado su amigo. Los pedazos de información se le estaban reordenando en el cerebro en un siniestro rompecabezas. Preso de una revelación, le dijo a Denis: —Puede ser que las almejas del lote de *Mya arenaria* se hayan muerto como tales. Pero antes de hacerlo, se hibridaron con las almejas locales y las potenciaron.

—Vigor híbrido.

—¡Exacto! Y la nueva variedad es mucho más grande y productiva. De hecho, crece y se reproduce a un ritmo desenfrenado. No tiene límite.

—La mortalina en acción. Encontró un nuevo huésped, un nuevo nicho. La evolución en curso acelerado.

De pronto, escucharon gritos que provenían del restaurante.

—¡Tenemos que ir a buscarla a Maribel! —exclamó Walter, alarmado.

Sin pedirle permiso, tomó del brazo a Denis y lo apremió para que salieran del estudio. Cuando pasaron frente al cuarto de Lorenzo, este se les abalanzó profiriendo un grito gutural, con los ojos inyectados en sangre, la boca deforme babeante, con múltiples bultos creciéndole en la cara, transformado en un monstruo deforme.

Denis se lo sacó de encima pegándole con un bate de béisbol que había traído de recuerdo de los Estados Unidos. Sin mirar atrás salieron de la casa y corrieron hacia el restaurante. En el camino se cruzaron con varios de los clientes habituales, quienes también se habían convertido en zombis espásticos de facciones repulsivas. Denis les daba batazos en la cabeza, como si fuera el protagonista de una película de terror.

De pronto, Walter se detuvo en seco y se llevó las manos a la cabeza, con la expresión transfigurada. Denis lo aferró de los hombros, lo sacudió y le gritó: —¡Walter, Walter!¡ Reaccioná, por favor! ¿También te estás convirtiendo?

Walter sacudió su cabeza y respiró hondo.

—Espero que no. Solamente estoy impresionado. Creo que me salvaron mis genes altruistas.

Denis se dio cuenta de que había malinterpretado la expresión de terror de su amigo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que salvarla a Maribel! —exclamó Walter, al tiempo que retomaba la carrera.

Pronto llegaron a la puerta del restaurante. Walter la abrió de una patada y entraron a los empujones, tratando de no entrar en contacto directo con los mutantes que les salían al paso. Denis seguía repartiendo mazazos con su bate.

Recorrieron todo el salón principal, pero no encontraron a Maribel.

—¡Vamos al depósito! —exclamó Walter.

Cuando abrieron la puerta del almacén junto a la cocina, se quedaron helados. Ocupando todo el piletón de dos metros y medio de largo, se encontraba un ser amorfo, con seudópodos carnosos creciéndole en el sitio donde debería estar el rostro, cabellera larga rubia recogida en una cola de caballo, con excrecencias bulbosas cubiertas parcialmente de valvas, que los miró con sus ojos rojos desorbitados. Les dijo:

—Amo ser una almeja humana.



Fotografía de Volker Braun, 2020

El horror hecho carne

Israel Montalvo

México

Instagram: @neumatikman

Facebook: Israel Montalvo art / Israel Montalvo

La primera vez que lo vio fue en el parque Rojo. Era una cosa sin un verdadero rostro, no tenía rasgos ni nada en donde debería tener una cara. No había señas de una nariz o boca o cualquier orificio, y tampoco tenía cabello ni orejas; simplemente parecía una arruga extendida por una cabeza. Caminaba tranquilamente por el parque aquella noche de octubre, en busca de algo, daba vueltas por el parque, lo recorría de arriba abajo. Yeyé estaba desconcertado. La criatura no parecía en verdad peligrosa, no como lo era él, un desquiciado asesino psicópata que había huido de Xalisco, una ciudad que emulaba el nombre de aquel estado donde se escondía desde la mañana.

Tuvo que huir después de haber realizado una masacre en una fiesta swinger en Puertas del Sol, la colonia más exclusiva de aquella pequeña ciudad, un lugar que «la Maña» usaba para tener casas de seguridad y prostíbulos lujosos que aparentaban ser casas residenciales, una simulación, eso era Xalisco, y Yeyé lo había convertido en su patio de juegos desde que llegó. La policía era muy obtusa y no daban un seguimiento a los asesinatos que iba sembrando por toda la cuidad, a pesar de que no era muy grande realmente, simplemente parecían ignorar deliberadamente las similitudes en los crímenes y, sobre todo, el rasgo característico que era como una firma para Yeyé; desollaba vivas a sus víctimas, les quitaba la piel casi en su totalidad.

Dejaba a su paso cadáveres irreconocibles, a veces sin una pierna o un brazo, o enormes agujeros donde debían tener un estómago o un corazón. Yeyé era un coleccionista, un ser salido de una pesadilla que utilizaba la piel de otros para crearse la suya, cubrirse con ella para poder pasar desapercibido ante los hombres, y es que Yeyé distaba de ser una criatura humana a pesar de su apariencia física a primera vista.

Él había perdido la piel hace tiempo. Había sufrido lo mismo que tanto hacía, desollado en vida por una diosa antigua como un castigo. Fue hace unos años, esa mujer y sus criaturas se presentaron ante él y lo torturaron, dejándolo sin piel; sus músculos y órganos quedaron al descubierto, revelando el gran secreto que escondía en su interior, el motivo de ese castigo, y el porqué seguía vivo: Su estómago era un agujero negro, un hoyo que estaba integrado a su cuerpo y el cual conducía a otros mundos. Él había sido creado como un portal por un ser más allá de la comprensión humana, conocido como un creador de mundos inenarrables. Yeyé era un portal vivo que caminaba entre los hombres con un apetito insaciable por la carne humana, y es que, mucho antes de usar la piel de otros para cubrirse, Yeyé ya era un monstruo, un cazador que se comía a quien pudiese atrapar.

Un caníbal.

Había ido de ciudad en ciudad los últimos años, pequeñas ciudades como Xalisco donde cometía algunos homicidios y después se iba. Esa ciudad se volvió una mina de oro para Yeyé. La policía atribuía sus crímenes a «La Maña», su *modus operandi* coincidía con la forma tan sádica en que los narcos habían peleado la plaza unos años atrás, por lo que sus víctimas fueron catalogadas dentro de esa guerra de plaza, todo a pesar de tener años de haber concluido y de tener notorias diferencias con los ajustes de cuentas de aquel entonces.

Estas víctimas eran comunes y ordinarias, sin un nexo con el narco, sin nada relevante que las uniese o las convirtiera en blancos posibles del crimen organizado; aun así, se les dio carpetazo sin mucha investigación. En gran parte no solo debido a la ineficiencia policiaca, que, en sí, era casi una caricatura de poder judicial, un mero adorno, pues no estaban capacitados ni contaban con presupuesto para una investigación u equipo para realizarla, pero sobre todo porque su burocracia se disponía a tapar la cloaca debido a que en unos meses se llevaría a cabo elecciones estatales y decir que la mafia hacía de las suyas era relativamente justificable. La gente pensaba que se lo merecían por estar inmiscuidos en «La Maña», y eso solo les pasaba a quienes se metían en esa vida, no a las personas decentes.

Yeyé abusó de ese marco, u agujero, que ejercía la ley en su cumplimento. Al ver que no se hacía alboroto, que sus crímenes no se comentaban ni había prensa investigando, empezó a ejercer una caza desconsiderada. Estaba en su navidad, matando a diestra y siniestra.

Llevaba menos de un mes y casi contaba treinta pieles en su colección. Había sido creativo con su uso, incluso se hizo una nueva indumentaria de cacería. Más allá de usar sus pieles para cubrir sus músculos y órganos, se coció ropa y una máscara nueva. Yeyé no era nuevo en lo de hacerse ropa con la piel de sus presas, lo había aprendido en sus ratos de ocio, entre sus cacerías.

Vestía para sus cazas un ropaje que lo hacía sentir otro, como si fuese un *slasher* setentero, lo usaba como parte del ritual de caza, el cual era un overol de cuerpo completo y una máscara que simulaba lejanamente a la máscara de un luchador llamado «Místico», por la forma de sus costuras y los orificios donde se asomaban sus ojos. Usaba guantes y botas obreras (los únicos utensilios que no se hacía el mismo) y como arma llevaba un enorme cuchillo cebollero sumamente afilado y una macana que le quitó a un poli una vez que casi lo atrapan. Yeyé prefería usar en la medida de lo posible sus manos para asesinar, el cuchillo solo era para desollar, y la macana se había vuelto un artilugio útil por si tenía que lidiar con más de uno a la vez.

El error que echó todo abajo se dio en esa fiesta, o, mejor dicho, una orgía en Puertas del Sol. Yeyé había estado siguiendo a una pareja de cuarentones aquella noche, tanto el hombre como la mujer poseían sobrepeso, lo que llamó su atención. Pensaba lo que podría hacer con esa piel; una sábana, incluso almohadas. Y la mujer parecía poseer un sabor exquisito por el singular rozado que se asomaba en esa piel tan pálida y flácida.

Los vio entrar en una casa residencial donde la música estaba a todo lo que daba. Había una hilera de autos estacionados por la acera, todos nuevos y de agencia, y un par de hombres estaban cuidando la puerta principal. Yeyé había llegado al punto de que le importaba un bledo que lo vieran. Fue sigiloso mientras seguía a la pareja unas cuadras atrás, mientras seleccionaba a sus presas para esa noche, pero después fue directo al grano. Los dos tipos de la entrada no eran auténticos guardias de seguridad, no realmente, simplemente estaban aparcando carros y cobrando la entrada, por lo que no pudieron meter las manos cuando Yeyé fue sobre ellos.

La puerta principal abrió suavemente mientras Yeyé se metía como una ráfaga de aire, en una mano llevaba la macana y en la otra el cuchillo cubierto con la sangre de sus dos primeras víctimas de aquella noche.

—Oye, papu, esto no es una fiesta de disfraces —le gritó un tipo en calzones fluorescentes en un tono verde chillón, no llevaba más—. ¿Eres uno los estríperes?

Yeyé se fue sobre él. No entendía de qué hablaba y no le importaba, solo se dejó llevar por la adrenalina que produce matar a alguien. A lo lejos podía escuchar la estridencia de la música, alguien había puesto al General. «Rica y apretadita», sonaba mientras Yeyé cazaba, luego «Sopa de caracol», seguida de «Yo tengo una bolita que me sube y me baja». Aquella noche, mientras se escuchaban éxitos noventeros por las bocinas, Yeyé superó su marca. Cuarenta y seis cuerpos yacían por la pista de baile, ninguno era de la pareja de regordetes, y la mayoría usaba calzones y tangas (tanto hombres como mujeres) fluorescentes que brillaban en la oscuridad.

Cuando escuchó la sirena de una patrulla venir sabía que debía largarse de ahí, de Xalisco, de ese estado. La diversión había acabado, no se podía ocultar algo así. No con tantos testigos, había por lo menos unas cien personas aquella noche en esa residencia, y al salir descubrió una cámara de seguridad que apuntaba a la puerta principal. No había forma de esconderse, de echarle la culpa a «La Maña». Yeyé fue al cuartucho de hotel donde se escondía y recogió sus escasas pertenencias. Antes del amanecer estaba rumbo a Guadalajara, la capital del estado más cercano.

Amaneció en el Parque Rojo, en la zona centro de la ciudad. Un camión de ruta que tomó al bajarse en la central de Zapopan lo había dejado ahí, sus pertenencias eran lo suficientemente compactas para caber en una pequeña maleta. Se sentó en una banca del parque para meditar qué haría, a dónde ir. Guadalajara era una ciudad muy grande, aquí podrían poner atención a sus crímenes si se quedaba lo suficiente.

Aquel día se la pasó buscando donde alojarse. Encontró una habitación por la tarde a la vuelta del Parque Rojo, era una casona usada como hostal para turistas, ubicada por la Calzada Federalismo. Esa noche decidió que debía cazar para sacarse de la cabeza el desastre que había sido la noche anterior, desastre al descuidarse y dejarse llevar. Esa pequeña ciudad se había convertido en un fructífero matadero que echó por la borda en un pestañeo, aun así, había sido glorioso.

Fue al Parque Rojo cerca de las once vestido en su fetiche *slasher*. Estaba vacío aquella noche de viernes, lo que le sorprendió. No entendía por qué, pero pensaba aprovecharlo, y es ahí cuando lo vio venir, sin un rostro y con una camisa negra con un slogan en letras blancas que decía: Fóbica. Yeyé se abalanzó sobre él y, antes de que le pusiera las manos encima, lo escuchó por su cabeza.

Le hablaba de alguna forma, directamente, sin usar un idioma, sin palabras. Lo entendía. Aquella cosa lo esperaba, lo había esperado desde hace tanto. Yeyé se contuvo y antes de que pudiese responder, aquello le habló de Arcadia, el lugar donde sus iguales se reunían a darle culto.

Yeyé no entendía, aun así, guardó el cuchillo y siguió al des-carado por las calles desiertas de la urbe.

Guadalajara parecía dormida, como si estuviese seducida por un hechizo; las luces apenas se podían percibir, parecía que en cualquier momento se diluirían con las sombras de esa noche. Tardaron menos de un cuarto de hora en recorrer el laberinto que eran esas calles donde Arcadia estaba situado, en una esquina pérdida de ese mundo. En su entrada había un cartelón con el mismo eslogan que portaba en el pecho de su camisa el des-carado.

Fóbica.

Yeyé entró después de aquel ser por un alargado pasillo, en donde había carteles donde destacaba la palabra Fóbica. Un cartel sobre la presentación de un libro atrapó toda su atención. Estaba fechado para esa medianoche, y poseía la leyenda: «Te amo tanto que podría comerte». Había alguien vestido con su ropa de cacería, sosteniendo un torso de platico y un cuchillo.

—¿Y esta mierda? —exclamó Yeyé, molesto, desconcertado. El des-carado se detuvo y, como si lo escudriñara con una mirada despectiva, le señaló el salón que estaba por reventar por criaturas sin rostro. No eran humanos, aunque tuviesen una fisonomía similar. No eran seres de esta u otra Tierra, ellos venían del otro lado del agujero negro, de un universo roto sometido por los primigenios y estas criaturas.

Yeyé lo supo al estar ahí. Él era la causa de su presencia, y este encuentro estaba escrito en el libro que se presentaba esa noche, no entre palabras impresas, estaba entre ellas. Era un mensaje escondido por las páginas de aquel libro.

—¡No me jodas! —exclamó Yeyé al ser consciente de lo que pasaba. Su existencia cobraba un sentido, no uno coherente, o real, pero ¿cómo podría haberlo en una criatura que es un agujero negro que conecta universos y actúa como un asesino serial? Un puto *Slasher* caníbal.

—Te reservamos una silla —dijo el único hombre con rostro entre la multitud. Yeyé lo conocía de tiempo atrás. No se había percatado de su presencia, no era momento para hacerlo.

—¿Cómo se te ocurrió todo esto? —Yeyé deseaba escuchar su respuesta, algo que le diera forma a ese sinsentido.

Se encogió de hombros y le lanzó una mirada honesta mientras lo decía: —No sé, se dio.

—¿Qué se supone que son estas cosas? —Yeyé estaba intentando controlarse, quería respuestas antes de dejarse llevar.

—Tus fieles, eres algo innombrable, un horror más allá de este y otros mundos, y, además, eres lo que conecta su mundo con el de «los deformes». Así nos llaman, porque tenemos ojos y boca —dijo el creador de mundos inenarrables, lo más honesto y sincero que pudo—. ¿Te molestaría sentarte? Debemos iniciar el ritual, presentar tu libro. Es, por así decirlo, el ritual que te ha traído aquí.

—¿Y después qué? —Yeyé aceptaba lo inevitable.

—Ya veremos —dijo el creador metido en su papel de maestro de ceremonias, donde esa noche el horror hecho carne se presentaba antes los fieles de Fóbica para presentar su biografía arquetípica como la encarnación de un asesino. Esa noche de octubre no habría muerte, pero se contaría el andar de la muerte en las manos de Yeyé.



Fotografía de Mathias Reding, 2023

El taxi del infierno

J. Belmar Belmar

España

X (antes Twitter): @JessBelmar1

1

En el dormitorio de un sexto piso del ala sur de Madrid, Fani tiraba de Bruno para que se pusiera encima de ella, sintiendo el contacto de su cuerpo contra el calor de sus firmes y jóvenes pechos.

—Quítame las bragas, pronto —dijo, y él solo captó la penúltima palabra. «Bragas». Era como si hubiera sufrido de repente un colapso mental de alguna clase.

—¿Qué? ¿Qué…? —Bruno se sintió muy nervioso. Tanto, que aún no se creía que estuviera con una mujer tan preciosa. En ese momento su mundo flotaba, flotaba… Y cuando consiguió reaccionar a las repeticiones cada vez más excitadas de Fani, consiguió por fin quitarle la prenda.

Ella le echó una mirada y rápidamente encontró la confianza suprema en sus ojos. Esa misma clase de confianza que necesita un hombre para ser hombre. Fani podía leer casi hasta las palabras que había dentro de su cabeza: «Quiero entrar», «Oh, sí, eso es lo que quiero hacer», «Quiero entrar».

Ella le dejó hacer lo que más quería, y con un movimiento único, sus largas piernas lo envolvieron con toda su fuerza.

A partir de ahí, desde el punto de vista sexual, para Fani fue un aprobado más de las notas de una noche loca de fiesta. Desde el punto de vista sentimental, otro suspenso…, otro cero…, otro polvo sin culpa…, otra aventura más.

Sin embargo, Bruno no parecía ser como la mayoría de sus aventuras. Probablemente se había enamorado locamente de ella durante aquella noche. Es decir, la ración de amor que le sirvió Fani, al parecer le había gustado tanto, que ahora quería repetir… Quería repetir, y soñar con el menú completo.

2

Fani tenía veinticuatro años, un cuerpo espectacular, y sus ojos eran de un azul hermoso y brillante. El cabello era fino y de color rubio. Y en su sonrisa, siempre aparecían dos profundos hoyuelos en las comisuras.

Percibía la atracción que transmitía a los hombres. Y su deseo era que ese imán, por así decirlo, siguiera con la misma fuerza mucho, mucho tiempo. Se fijaban en sus piernas, en sus caderas oscilando en la tela de su ceñida ropa. Su anotomía femenina enloquecía a cualquiera. Sabía que alguna especie de bucle en continua repetición existía entre el ojo y la entrepierna de los hombres hetero antes de ni siquiera pudiera llegar a su cerebro. No había instinto tan poderoso como el sexual, era su religión.

No le gustaba vivir sola. Eso sí, nunca debía ser en compañía de hombres. De ninguna clase. Por alguna razón, su relación con ellos en los últimos años era la de «te pruebo, regalos, y adiós».

Así que, desde que se independizo de la casa de su madre, una mujer viuda, pero con la edad suficiente para saber que seguía siendo una mujer atractiva, Fani compartía piso con Lucía. Alguien, que aparte de ser su compañera de piso, se había convertido también en una buena amiga.

Trabajaba desde casa en una compañía de telecomunicaciones. Demasiadas horas pegada al ordenador. Demasiadas horas encerrada entre cuatro paredes… Por ello, cuando oscurecía la noche de los viernes, tanto ella como Lucía salían de casa e intentaban pasarlo bien.

Fani no buscaba una relación seria. De hecho, disfrutaba siendo una auténtica rompecorazones. La razón verdaderamente solo la sabía ella. Aunque, en su día decidió contarle su secreto a Lucía. Fuera lo que fuese, era obvio que tenía que ver con los hombres. ¿Dónde estaba el auténtico amor?, se preguntaba. ¿Cómo se reconoce? ¿Tienen un olor distinto?, ¿una marca de nacimiento? El hecho es que, el intento de convencerse de que podía existir alguna posibilidad de encontrar un Príncipe Azul, era como buscar un tesoro en medio de un Océano… Con lo cual, y hasta que nadie le demostrase lo contrario, para ella el amor solo eran palabras y restregones de carne. Así que, después de una larga noche compuesta de partes iguales de lujuria, siempre entraba la conversación tipo «¿Te llamo luego?», «No, si eso…, ya te llamo yo». Nunca llamaba.

Lucía, dos años menor que ella, sí que tenía novio. Bueno, a veces era su novio y otras veces su ex. Un cachas de gimnasio llamado Hugo y, con cara de ser poco más que un crío a pesar de sus músculos. Al parecer, era una relación complicada. Demasiado jóvenes para manejar un sentimiento tan poderoso como el amor. Aun así, no le importaba que Fani se metiera en su vida y acabara siempre diciendo la misma frase: «¡Son todos iguales!».

3

Fani se había vuelto de nuevo hacia el frigorífico que abría y cogía un cartón de zumo de naranja. Llenaba el vaso que llevaba en la otra mano y volvía a cerrar la puerta del frigorífico.

Lucía, que se encontraba junto al fregadero secando con un trapo el plato del desayuno, miró por la ventana hacia la calle.

—Oh, ahí está de nuevo el tío del coche. El mismo que el otro día me paró y me preguntó por ti. —Acto seguido, abrió el armario que había sobre su derecha y dejó el plato—. Y ya van unos cuantos días así. Parado en la misma fila de siempre. Es como si supiera que la mitad de los vecinos que aparcan ahí salen a trabajar casi a la misma hora. —Dejó un vaso, y cerró el armario antes de añadir—: Si no recuerdo mal, creo que dijo que se llamaba Bruno.

De pronto, le llegó un olor suave a perfume. Se dio la vuelta, y vio a Fani que estaba justo detrás de ella. Era como si el espacio que había entre el frigo y el fregadero nunca hubiera existido.

Fani bebió del zumo.

—Joder —dijo, sin bajar el vaso—. ¿Qué le pasa a ese tío?

—¿No será un psicópata que te quiere matar…?

—¿Quién? ¿El de ese coche? —la cortó Fani—. ¿El del Ford rojo?

Lucía dirigió la mirada hacia ella, y consiguió imaginar una pegatina pegada en su frente donde podía leer fácilmente: ¡Sexo, drogas y alcohol! Era como si supiera cómo eran las cosas por allí.

—Qué va —se respondió ella misma—. Solo es un tipo que traje a casa el viernes pasado. Tú fuiste a la casa de tu novio, el capullo…

—Se llama Hugo —replicó Lucía—, no le llames así.

Fani le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Vale, vale. Diré que se llama Hugo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Pues voy abajo a decirle cuatro cosas a ese tío.

Fani dejó de golpe el vaso de zumo sobre la encimera, y lanzó una última mirada al coche aparcado. Luego, sintió un fuerte impulso de darse la vuelta antes de salir de la cocina.

—Tu deberías hacer lo mismo con el… —Se detuvo a tiempo, antes de decir «capullo»—. Perdón…, Hugo.

—Sí, vale. En verdad es algo capullo —confeso Lucía, con los abrazos apoyados en el fregadero—, y discutimos más de lo que me gustaría, pero lo quiero. ¡Y él también me quiere…! —dijo levantado la voz más de lo normal.

Fani percibió la sinceridad en su voz. Si lo que decía era cierto, entonces estaban… enamorados. A su manera, pero enamorados. Aun así, mientras salía de la cocina, hizo un gesto de desdén con la mano. No fue muy apropiado, pero no pudo evitarlo.

4

Al salir a la calle, Bruno advirtió desde el interior de su coche cómo aumentaba el enfado de Fani a medida que se acercaba a él. Enseguida abrió la puerta y bajó del auto. Parecía más nervioso que la noche en que se acostó con ella.

—¿Qué haces ahí, tío? —dijo ella, con voz malhumorada—. ¿Esto va en serio?

—Yo creía que…

—¿Tú creías que…? —lo interrumpió Fani con sequedad—. ¿Que entre nosotros iba a salir una bonita historia? ¿Una historia de esas donde un montón de amor hace de una casa un hogar con jardín, perro y cuatro hijos?

Bruno tenía la mirada baja y guardaba silencio. Parecía un niño grande recibiendo una regañina materna.

Fani se volvía, se giraba, y volvía a girarse sobre sus pies como si todo aquello no estuviera pasando de verdad.

—Lo de la otra noche solo fue un polvo, ¡joder! —continuó con el mismo tono—. Un maldito polvo, después de una loca noche de juerga. Así que ahora escúchame atentamente. —Se apartó de la cara un mechón de pelo con expresión de creciente enfado. Un enfado que empezaba a sentir en las sienes—. ¡Ahora mismo te largas! Y si vuelvo a verte por aquí… —Se detuvo y se acercó a tan solo unos centímetros de su cara. La expresión de Fani era de puro cabreo, le hizo retroceder un paso—. ¡Llamaré a la policía! ¡Les diré que eres un maldito acosador! ¿Lo entiendes?

Bruno hizo un gesto de asentimiento mientras se pasaba la mano por el pelo. Estaban sucediendo demasiadas cosas en su cabeza. Algunas claras, otras confusas. Pero demasiadas y demasiado deprisa. Al fin y al cabo, solo era un pobre perdidamente enamorado recibiendo un duro castigo. El amor era lo único que movía su cabeza desde aquella noche, y sentía una urgente y exagerada necesidad de protegerlo. Sin embargo, ahora ese amor no dejaba de ser una pena. Un tremendo golpe emocional que desolaba su corazón mientras en alguna parte de su confuso y extraviado cerebro sabía que lo correcto era marcharse de allí.

Abrió la puerta de su Ford rojo, y se deslizó hasta situarse al volante. Tenía la mirada triste, pero extrañamente segura. Era como si supiera muy bien donde debía de ir.

—¡Largo! —gritó Fani con rabia, al tiempo que golpeaba fuertemente el techo del coche cuando este se ponía en marcha—. ¡Largo de aquí! —Eso último lo dijo haciendo un gesto obsceno con la misma mano que había golpeado el vehículo.

Bruno no volvió la cabeza en ningún momento. Tampoco le hizo falta. Echó un vistazo por el espejo retrovisor y vio a Fani hacerse pequeña a medida que el coche se alejaba calle abajo. Sin embargo, en su cabeza se hacía más y más grande.

El dolor lo estaba destrozando por dentro, aunque sus ojos permanecían secos. No era un dolor que pudiera tratar ningún médico. Era otra clase de dolor mucho más profundo. Con lo cual, solo quería escapar. Tenía prisa. El tiempo ahora aceleraba como su propio coche. Así llegaría antes a su destino.

Lucía seguía de pie junto a la ventana, mirando… Sin sorpresa. Era como si hubiera presenciado la escena entre Fani y Bruno sabiendo cómo iba a acabar. Era la expresión de alguien que guarda un secreto…, porque le han confesado un episodio repugnante, repulsivo, y hace la promesa de que tendrá que guardar el secreto para siempre.

5

Una semana después, en una de las callejuelas adyacentes de la ciudad de Madrid, una música amortiguada se escapaba desde el interior del local. Fani salía cogida del brazo de un hombre alto, fuerte, y su pelo era de un brillante color negro. Llevaba un traje oscuro y elegante al que se había soltado los dos últimos botones de arriba.

Ambos llevaban la expresión feliz de haber empinado el codo durante toda la noche. Ella arrastraba el bolso por la correa.

La música y el ruido del pub duró lo que tardó la puerta en volver a cerrarse por sí sola.

Hacía frío, un frío que anunciaba agua. Pero en lugar de sentirlo desagradable, la sensación del falso calor del alcohol viajaba libremente por sus venas.

—¿Dijiste que te llamabas…? —pregunto él.

Desde luego, ella en otras circunstancias lo hubiera mandado a paseo, sin duda. Pero el alcohol siempre mejoraba las cosas; con el alcohol no le parecía tan horrible que se hubiera olvidado de su nombre.

—Fani… —dijo, arrastrando las palabras—. Mal comienzo, tío.

Adoptó una expresión seria durante un instante, y entonces se echó a reír.

—Bueno. Tú eras Lucas, ¿verdad? —continúo sin perder el tono alegre—. Lucas…, ¿y qué más?

—Sí, soy Lucas… Lucas Martín. ¿Qué se le ofrece?

Ahora las risas se volvieron carcajadas.

Cuando dejaron de reír. Fani miró con atención a Lucas. Era la primera vez en toda la noche que lo miraba de esa manera. Aquel hombre tenía un poderoso atractivo. Y mientras seguía mirándolo pensó: «Es perfecto, joder. Es tan perfecto que casi resulta insultante».

—¿La última copa en mi casa? —preguntó ella, astutamente—. Solo está a dos manzanas de aquí.

—La penúltima —dijo Lucas, con una chispa de humor.

Hubo un momento de silencio… y luego volvieron a estallar las carcajadas empujadas por alcohol.

Unos segundos después, él cambió su rostro. Aunque la bebida le seguía obligando a seguir sonriendo. Dijo: —Bromas aparte, ahora en serio. Me encantaría tomar esa… —Se interrumpió así mismo con gesto pensativo. Como si acabara de venirle algo a la cabeza.

—Oye, ¿tu amiga?… Esto…, hace un rato estaba besándose con un tío en la barra —señaló con la barbilla la puerta del pub—. ¿Sigue dentro?

—¡Mierda! —exclamó Fani. Y aunque parecía preocupada, su cara parecía que estaba a punto de reír—. Nunca había visto a alguien tan cabezota. Se lo he dicho mil veces, coño…

Lucas se quedó mirándola con la expresión de alguien que no entiende nada, hasta que ella se dio cuenta.

—Oh, perdona. Es mi compañera de piso. —Hizo una breve pausa—. Se llama Lucía, y el tío que estaba con ella es Hugo, su novio. —Agitó la cabeza—. Bueno, yo le llamo «capullo». A ella no le gusta. Pero esta noche es su novio, y dentro de unos días vuelve a ser otra vez su ex…. Un «Hoy te quiero y mañana te odio». Por eso mismo yo no tengo novio.

Con estas palabras Fani echó a andar con la espalda rígida y los hombros erguidos. O así es como se veía ella. En realidad, él la veía medio doblada, de lado a lado, y arrastrando los tacones por los adoquines de la calle.

Lucas se puso rápidamente a su altura para decirle tajantemente: —Una mujer como tú seguro que siempre tiene a hombres revoloteando a su alrededor.

Ella se rio en voz alta. Su risa sonó en toda la calle.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lucas, casi riendo también—. Tengo muy claro que a más de un hombre de esa lista se enamoran de ti.

Fani siguió riendo con ganas hasta que empezó a toser.

—Peor para ellos —dijo por fin a la vez que se encogía de hombros—. Yo no tengo la… —Se interrumpió al ver a Lucas acercarse. Notó una ligera presión contra su cuerpo mientras la mano de él se deslizaba por la suave curva de su cadera y la miraba con fijeza.

—¿Culpa…? —dijo Lucas, rematando la frase.

Ella de nuevo se echó a reír, pero su risa nada tenía que ver con la de antes. Era una risa dulce.

—Si me dejas, yo podría ser tu novio —continuó—. Ya sabes, un novio formal… De esos que siempre están dispuestos a pedir perdón, aunque sepan que no han hecho nada malo. De esos que conservan el amor como el primer día. Vamos, de esos que son para toda la…

Antes de que Lucas pudiera terminar de decir la frase, Fani se rindió y lo estrechó entre sus brazos.

Él también la abrazó, y le dio un largo y auténtico beso.

A Fani le gustaba jugar con los hombres. Los utilizaba. Pero eso parecía que estaba cambiando. Jamás había sentido un beso tan distinto, tan caliente. De hecho, el calor que irradiaba el cuerpo de aquel hombre parecía salir de una caldera. Por un momento se estremeció. Era demasiado. No, no lo creía. Tenía la sonrisa perfecta. La cara perfecta, y su voz le sonaba a música… ¿De verdad, existían hombres así? ¿De verdad existía el Príncipe azul?

De pronto empezó a oler exasperadamente el aroma de su piel, de su pelo.

—¿Qué haces? —preguntó Lucas, con curiosidad y un ligero dejo de preocupación—. ¿Estás bien?

Ella se apartó y soltó una risita. Se puso tensa por un instante, pero luego poco a poco se relajó.

—Oh, sí. Estoy bien —replicó, tocándose el pelo disimuladamente. Luego hizo un gesto con la mano, como para restarle importancia—. Pensarás que estoy mal de la cabeza… Solo quería saber cómo hueles —agitó la cabeza—. Ya sabes… un olor distinto, diferente. Un olor especial.

—¿Un olor de otro mundo? —preguntó él, como si lo hubiera dicho más de una vez.

—¡Oh sí, sí! —exclamó Fani, casi pensativa—. Ahora que lo dices… Seria genial, ¿no? —se desternilló de risa—. Conozco el olor de los tíos. Joder, todos huelen igual. —Señaló a Lucas con el dedo, sin dejar de reír—. Pero tu olor… no sé… es… —Se interrumpió, y lo miró con aire despreocupada—. ¿De otro mundo…?

—Sí, claro —asintió el, sonriendo. Y su mano encontró la de Fani. Ella se la apretó cálidamente.

Al salir de la calle peatonal, los edificios eran clásicos y mucho más grandes. Caminaban por la acera desierta, igual que el tráfico agotado de medianoche. De pronto, ella se soltó y se detuvo para quitarse el zapato y darse una especie de masaje en el pie.

Lucas se paró un poco más adelante.

Mientras se daba la vuelta, Fani habló gruñendo: —No puedo dar un paso más, he bailado demasiado. Tengo los pies destrozados.

Fue entonces cuando los faros de un coche barrieron la pared. Era un coche actual, de color negro y con una franja roja horizontal como el típico taxi de los años 20 de la ciudad. Se paró con un frenazo seco cerca del bordillo de la acera y con el letrero de «libre» encendido. Un momento después, la puerta se abrió lentamente.

Los ojos de Fani se abrieron de sorpresa y alivio al mismo tiempo. Su casa no estaba muy lejos, pero le dolían demasiado los pies, el cuerpo, todo… Así que no se detuvo ni un segundo en pensar por qué un taxi había aparecido allí de repente y, menos aún, cuestionar el color de su chapa.

Lucas, sin embargo, no dio la menor señal de sorpresa y le hizo un guiño cómplice. Ella entró enseguida, mientras él rodeaba el coche y accedía por la otra puerta.

Ahora el olor de Lucas era más intenso. Fani procuró convencerse de que no era más que el olor suyo más la suma de un habitáculo cerrado. Además, allí todo estaba más caliente de lo normal; la puerta, los asientos… Pero al parecer le daba lo mismo, ella solo quería llegar a casa y sentir las manos de aquel hombre ardiente recorriendo todo su cuerpo, tirando, apretando, acariciando…

Sin embargo, antes de que hubiera terminado siquiera de decir la dirección al taxista, sintió un calor muy extraño en la muñeca. Demasiado extraño… Un calor de horno que le asaba desde dentro hacia fuera.

Lucas la sujetaba con fuerza, pero no era una fuerza natural. Fani ya no podía moverse; estaba clavada en el asiento, inmóvil, sin pestañear, sin poder separar los labios, adormecidos como todas las partes de su cuerpo. Era como si aquella mano caliente le hubiera administrado una alta dosis de anestesia general de golpe.

—Mejor vamos a mi casa —dijo él con su voz, pero mucho más ronca—. Estoy seguro de que a mi familia le encantaría conocerte… —Hizo una pausa, y sonrió como si acabara de contar un chiste. Después dijo—: Y no te preocupes, en mi casa siempre hay sitio para los huéspedes.

Fani solo podía escuchar que su voz ya no era la misma, y mirar con los ojos muy abiertos. Unos ojos desorbitados de horror.

Lucas no le hizo el menor caso. Parecía estar en su propia rutina… Miró hacia el frente, hacia el conductor. Dijo:

—El viejo Héctor nos va a llevar, ¿verdad?

De repente, el conductor se volvió hacia ellos. La carne de su cara estaba quemada y llena de hoyos de donde salía una especie de vapor húmedo. Sus ojos eran dos agujeros encendidos entre los trozos de piel que milagrosamente le quedaban. Y unos escasos y ridículos mechones de pelo blanco colgaban de una gorra; la visera llevaba un número: 666.

—Sí, jefe —respondió Héctor, mostrando una sonrisa espantosa y amarillenta—. Como siempre.

—¡Dios mío! —aullaba la cabeza de Fani—. ¡Oh, Dios bendito! —Temblaba de miedo, pero solo era por dentro. Era como un cuerpo dado por muerto encima de la camilla de un forense.

—Me encantan estos cacharros —repuso Lucas señalando con su mano libre un monitor montado en el reposacabezas del taxi—. Oh, mierda, de veras que resultan muy útiles. Es bastante desagradable tener que apretar las cabezas de la gente y ver cómo se les ponen los ojos en blanco. Claro, no me extraña. Les muestro su última confesión, por así decirlo, la verdad y toda la verdad de sus pecados en menos de cinco segundos. Sí, no soy tan malo, lo creas o no. Estoy haciendo justicia…, y la justicia se divide en tres categorías; la humana, la divina y la nuestra. La humana es demasiado lenta y comete errores. La divina es un rollo del copón. Así que, la nuestra es la mejor… No hay fallos y las condenas son infinitas. —Volvió a señalar el monitor, sin soltar la muñeca de Fani—. Mira… —Eso último lo dijo sabiendo que ella solo podía mover los ojos.

La pantalla se encendió, y apareció un joven colgado del techo de una habitación.

—¿Lo recuerdas? —pregunto Lucas—. Se llamaba Bruno, un joven de tan solo veintitrés años. ¿Por qué alguien así, tan joven, quiere desaparecer? Ponerle fin a su propia vida. Depresión…, odio…, miedo al fracaso…, soledad…, tristeza… o… ¿por el amor de una chica?

Chasqueo los dedos frente a sus ojos.

—¡Eh, Fani! ¡Por amor! ¡¿Te suena?!

Los ojos abiertos de par en par de Fani eran como los ojos vidriosos de un animal disecado. Solo miraban…, a la vez que las voces del interior de su cabeza se ponían desesperadamente de acuerdo en una especie de coro de auto ayuda para evitar pronunciar la palabra culpa. «¡No, ya no soy así…, yo nunca…, pero he cambiado, Dios, oh, Dios, ¡ayúdame!»

Lucas puso suavemente su oreja enrojecida contra la mejilla de ella, como quien se pone detrás de una placa de cerradura a escuchar.

—¿Qué? ¿Cómo? —se apartó, mofándose—. No, tu Dios no va a venir a salvarte, nena. Y menos aún tus defensas mentales. Ya se acabó. Imagina que esto es una película de terror, y tú eres la prota, pero sin final feliz.

Fani no podía mover la cabeza por causa de aquella parálisis maléfica. Pero sí podía mover los ojos. Unos ojos abiertos como platos y horrorizados veían cómo la cara de aquel hombre, ser, o lo que fuera que fuese, empezaba a arrugar su cara en un rojo y oscuro chorreante. En una horrible masa de carne quemada y colgajos de piel ennegrecida. Aunque lo peor era que no podía esconderse de aquella horrible visión porque ni siquiera podía pestañear.

Lo cierto es que aquel hombre apuesto y elegante que había conocido esa misma noche ya no era ese tal Lucas. Era otra cosa, algo monstruoso, algo de otro mundo…

En ese momento él levantó la mirada hacia el techo del coche, y los ojos encendidos se cerraron. Luego, volvieron abrirse. Muy despacio.

—Ya, ya lo sé. —Su voz no dejaba de cambiar—. Justo ahora mismo estaba pensando que algunas experiencias son absolutamente insuperables. —Meneó la cabeza—. Joder, y la tuya es una de ellas. Pillar a tu propia madre con tu buen y popular novio del instituto. No se lo deseo a nadie… ¡No señor! —Le dio un golpecito para añadir énfasis—. Solo tu amiga Lucía lo sabía, ¿verdad? Tu mayor secreto. Y sí. También tengo el poder de fisgar en los secretos más íntimos de la gente. ¿Qué querías?, soy de otro mundo…, soy un puto demonio. Soy tu…

Agitó la cabeza antes de que concluyera la frase. Luego sacó la lengua. Más de veinte centímetros de carne roja y pegajosa que se restregaba por la cara inerte de Fani. Después le dedicó un guiño lascivo.

—¡Oye! —dijo, como si se le acabara de ocurrir algo.

Ella seguía sin poder moverse, respirando sin saber cómo y con la mirada fija de sus ojos anegados de un miedo profundo, sofocante.

—¿Crees…, que aún podría ser tu novio? —preguntó con sarcasmo, pero de inmediato se respondió a sí mismo en un timbre de absoluto desdén—. Buah, no importa. Donde te llevo puedo ser el novio de quien quiera y cuando quiera.

Sin soltar la muñeca de ella, continúo.

—Volviendo al tema. No sirve de nada lo que sucedió con tu madre para justificar la muerte de ese joven que sale en la pantalla. El tío se había enamorado demasiado —hizo una pausa—. Joder, tenías derecho a estar traumatizada. A jugar y utilizar a los hombres como si fuera tu propia venganza. Pero, deberías saber más de sus mentes antes de liarte con alguien.

A Fani le caían lágrimas de terror, lagrimas aterrorizadas que ni siquiera podía sentir.

Él se miró por un instante los dedos rojos de su mano libre, los cuales tamborileaban sobre el muslo de su elegante pantalón. Luego volvió a levantar la vista hacia la pantalla.

—Mira, ahora viene lo mejor, no te lo pierdas. Muchísimo mejor. La mujer mayor que acaba de entrar es su abuela. Joder, fíjate, la pobre se queda medio muerta del susto.

Se hizo un silencio largo.

—Tranquila —dijo por fin—, la anciana sigue viva. Su corazón pudo soportarlo —se encogió de hombros—. Aunque, su cabeza quedó bastante estropeada. Desde aquel día apenas habla. Apenas se mueve de casa. Acostumbrarse a vivir con la imagen de su nieto colgado del techo debe de ser una tarea bastante difícil de llevar.

Al pronunciar esas palabras, sacó un papel arrugado del bolsillo de su chaqueta. Sus ojos parecían arder.

—Bueno, al turrón. Mi departamento se encarga de los líos de cama de toda clase: Homosexual, heterosexual, bisexual… Es decir, de todo tipo. Cuando hay alguna muerte en alguno de ellos, ahí aparecemos nosotros. Según la demanda de trabajo, así es el número de demonios. Puedo decirte que mi departamento es de los más grandes. La alarma no para de sonar, no, nunca para.

Sin el menor cuidado estiró la hoja de papel y puso sus ojos rojos y brillantes en el texto. Continuó: —A ver, según pone aquí, en tu caso se trata de un homicidio involuntario. Tienes suerte, te llevo a la parte más alta. Cuando se detecta un crimen de género, los culpables se quedan en la parte más profunda. Allí sus almas lo pagan bien caro —hizo una pausa, recordó algo—. Por cierto, hacías muy bien en no creer todo ese rollo del Príncipe azul. No obstante, si miras la parte positiva, vas a conocer a otra clase de Príncipe… Vas a conocer a mi jefe… El Príncipe de las tinieblas.

Cuando lo dijo sus labios se habían inflado en la curvada sonrisa de un demonio. Su cara había pasado a un rojo tan oscuro que la piel parecía que hubiera desaparecido. Su voz ya había adquirido la sonoridad propia de un ser sobrenatural.

—Por si estás preguntándote cómo hago para subir a un hombre, puedo decirte que es mucho más fácil. Solo tengo que convertirme en mujer. —La miró de arriba abajo—. Ya sabes, en alguien como tú… Una tía buena utilizando simplemente su cuerpo para seducirlos. En menos que dura un parpadeo los tengo comiendo de la palma de mi mano… —Hizo una pausa, y sintió el impulso de añadir—: Sí, joder. Soy el demonio del «No-amor».

La pantalla incrustada en el reposacabezas quedó un momento a oscuras. Después apareció un retrato fotográfico de Fani en blanco y negro desde la cintura arriba y con un montón de números como si se tratase de una ficha policial de mal gusto. La imagen estaba acompañada con el siguiente mensaje en mayúsculas:

FANI RUIZ CULPABLE DE TODOS LOS CARGOS

—¿Lo ves?, joder —añadió—. Por eso me encantan estos cacharros. Podría estar tocándome un huevo, y, aun así, seguiría como si no hiciera falta hacer nada.

Se echó a reír una vez más. Su risa era la risa de un ser infernal… La risa de un demonio.

Luego, intentando mantenerse serio, dejó libre la muñeca de Fani y, sin girarse, añadió:

—Ah, puedes despedirte de tu amiga Lucía… Ahora mismo está cruzando la calle.

En un instante la parálisis de Fani se diluyó tan rápido como le había llegado… Y, en un momento de locura y miedo, se colocó de rodillas y empezó a golpear desesperadamente la ventanilla de atrás.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Lucía! ¡Socorro! ¡Ayuda!

Lucía avanzaba con su novio Hugo, a tropezones, como borrachos tras salir del mismo pub.

—Oye —dijo él señalando el taxi—. ¿Esa no es Fani?

Lucía se irguió como pudo.

—Sí. Es ella —dijo con voz achispada—. Me juego el cuello a que va un…, guaperas a su lado —alzó la mano para saludar, antes de decir—: ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Te quiero!

Fani respondía con más golpes desesperados, con más gritos. Pero su cabeza ya no podía imaginarse el miedo que le daba alejarse dentro de aquel taxi… el taxi del infierno.



Ilustración de Chokani Yaguarón, 2023

Remembranzas de la cruz de los Prodigios

Chokani Yaguarón (colectivo formado por la ilustradora Aixa Sanchez y la escritora Karen Valenzuela, alias Ollin Cipactli)

Argentina y México

Tumblr (Aixa): @technically-human

Cuentan que, entre estas paredes, lo que ahora llaman el Museo de la Ciudad, pero que antiguamente recibía el nombre de Convento de la Santa Cruz de los Prodigios, se cometieron terribles crímenes en contra de nosotros. Los ancianos hablan de un hombre que al recibirse como sacerdote tomó por título fray Ioas del Sagrado Corazón y la Templanza. Algunos ni siquiera se atreven a mencionarlo, porque la palabra tiene poder y, después de lo que hizo con nuestra comunidad, es mejor no remover el pasado, no encarar lo que perdimos, no decir su nombre e invocarlo con ello. No obstante, yo te lo diré todo, pues no deseo que la ignorancia sea tu consejera.

Ese hombre, más que el Sagrado Corazón, tenía la Mirada de Hoguera. Tú sabes cómo es esto. Los demonios han habitado entre los humanos desde el momento mismo de la Expulsión. Después de todo, la Tierra era, inicialmente, un paraje inhóspito, alejado del Paraíso, lleno de vida y de gracia. Fueron los hijos de Eva quienes llegaron a invadir el territorio que les correspondía a los demonios, no fueron los hijos de Lilith quienes se internaron en los poblados de los mortales. Eso no importa ahora, porque lo hecho, hecho está, pero así fue como sucedieron las cosas, y quiero que lo recuerdes. Las ciudades de los humanos lo mismo son de los demonios, pues las han construido en conjunto, por más que algunos se empeñen en olvidarlo.

No sorprende, entonces, que haya demonios atendiendo en los mercados, actuando en los teatros, creando piezas de alfarería y de cantera, viviendo, haciendo uso de la Tierra, lo mismo que los mortales. Algunos, es cierto, los más débiles y raquíticos, no tienen la opción de pasar por un ser humano, así que deben existir como parásitos, siempre aferrados a un mortal, como la basurita escociendo en su ojo, la piedrita en su zapato, como dardos en la punta de su lengua. Es poco o nada lo que esas miserables criaturas pueden afectar a un adulto, pero, a la larga, si no tienen el cuidado de abandonar a su hospedero antes de la catástrofe, pueden conducir a la muerte.

Para esas viles sangujas, fray Ioas tenía la Mirada de Hoguera. Con tan sólo ver a un feligrés a los ojos podía darse cuenta de que un demonio lo aquejaba, y señalar el punto exacto de su cuerpo donde se alojaba el desdichado. Por supuesto, lo que seguía era el exorcismo, el castigo ígneo, la desintegración. Quizá, si a fray Ioas le hubiera bastado con purgar al mundo de los demonios débiles y enclenques, nos habríamos hecho de la vista gorda. Después de todo, esas criaturas son una vergüenza para la orgullosa estirpe de Lilith.

Empero, fray Ioas se volvió insaciable y, mientras más se formaba en el arte de desenmascarar los sortilegios demoniacos, más fácil le resultaba hallar, entre los habitantes del pueblo, no ya a los demonios parásitos, sino a los demonios honrados que se desempeñaban como dignos residentes del lugar. Nada era suficiente para él. No bastaba descubrirlos ni desenmascararlos ni arrancarlos de sus hogares y familias. No bastaba el exorcismo ni el castigo ígneo ni la desintegración. Él buscaba algo más. Quería erguirse como el hombre que había derrotado, por fin, tras milenios de guerra, a las huestes del Adversario.

Comenzó a hacer experimentos, porque nada escoce de peor forma el ego de los mortales que saberse hechos a imagen y semejanza de Dios y, no obstante, carecer de su poder de creación. Tras hallar el cuerpo tangible de los demonios, fray Ioas no se limitaba a exorcizarlos o

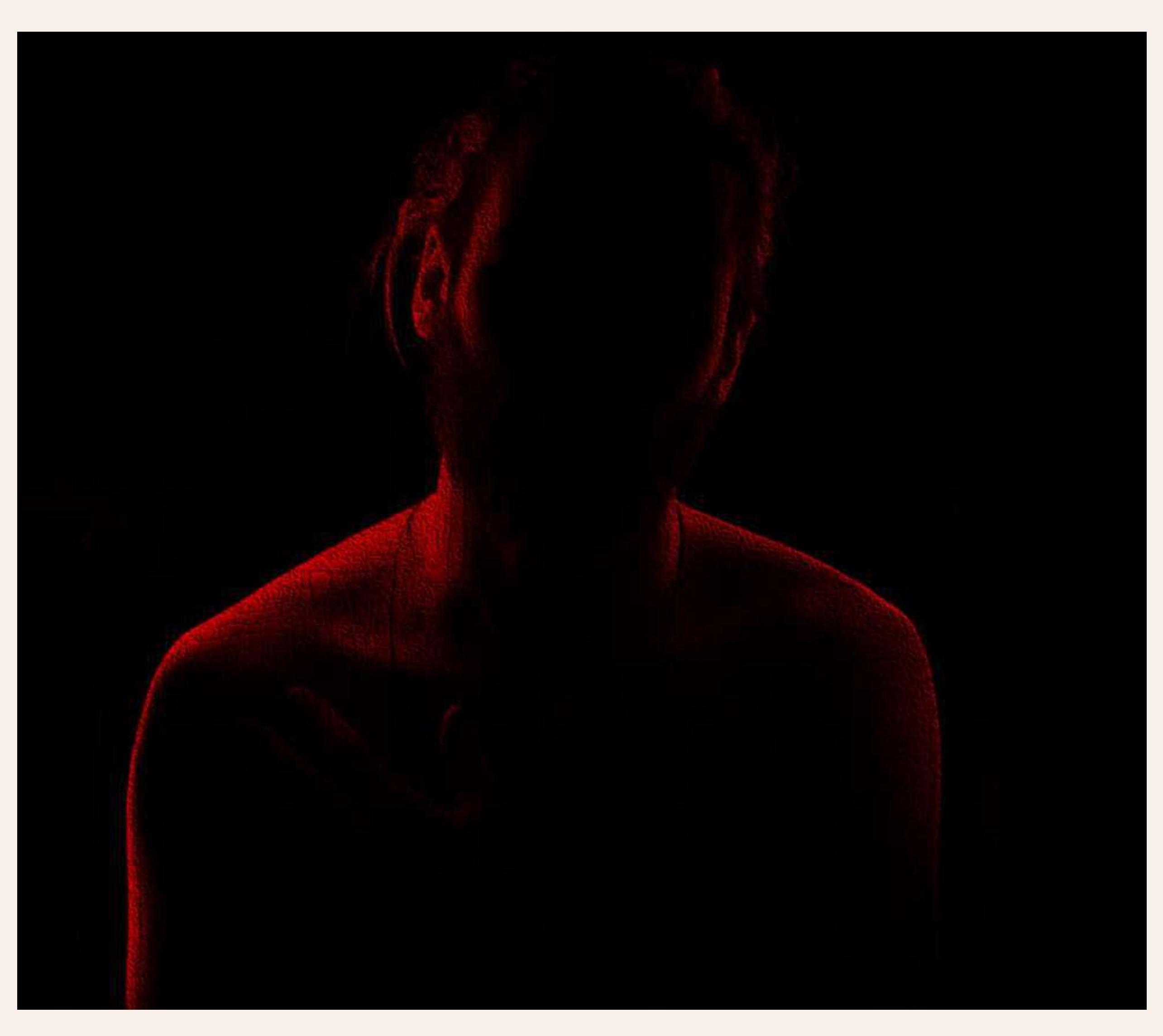
convertirlos en cenizas como los otros sacerdotes, sino que los extraía del hospedador y los conservaba. Cortaba los cuernos y las pezuñas, los molía hasta convertirlos en polvo, y con eso condimentaba sus alimentos. Dejaba caer gotas de los humores demoniacos en sus ojos y luego se lavaba las manos en su sangre, con el propósito de agudizar su visión incluso más y convertir el toque de sus manos en sagrados grilletes. Cercenaba y freía las lenguas bífidas de sus presas, y las comía como si se tratara de lengua de res, buscando tener la locuacidad del demonio al que había pertenecido el apéndice.

Sus pruebas le dieron lo que deseaba durante algún tiempo. Sus ojos se volvieron infalibles, su lengua se volvió persuasiva, su agarre se volvió férreo. Ser divisado por la Mirada de Hoguera de fray Ioas era una sentencia ineluctable. Sin embargo, hay un cierto punto hasta el que puedes modificar tu cuerpo antes de que éste deje de ser ese cuerpo. Para su horror y desesperación absoluta, una mañana fray Ioas descubrió que ya no podía llamarse humano, sino que, más bien, pertenecía al género de los demonios. Inexorable como había sido hasta entonces, se inmoló a sí mismo en nombre de la Santa Cruz de los Prodigios, y ahí donde quedó la negritud de su hoguera, no hay planta alguna que pueda crecer, y todo edificio que construyen en ese sitio se derrumba.

Ésa es la verdad y quiero que la recuerdes. Por esto, expropiamos el convento, lugar de tantas atrocidades cometidas contra nuestra estirpe, y ahora nos pertenece. Por esto, la población demoniaca es tan baja en este pueblo, comparada con las de las zonas aledañas, pues los que no huyeron despavoridos fueron reducidos a piezas mutiladas y frascos de sosa cáustica y formol. No obstante, aún estamos aquí, como estamos en todos los rincones de la Tierra, que fue nuestra al completo antes de la llegada de los hijos de Eva y Adán.

Y nosotros recordamos. Recordamos siempre.


Poemas



Fotografía de Toa Heftiba, 2018

El nombre de mi demonio

Pluma de Ícaro

España

X (antes Twitter): @plumadeicaro
Instagram: @plumadeicaro

Hay un demonio dentro de mi cuerpo.
Le noto pulular por entre mis capilares,
estirándolos como una cuerda tensa,
rasgándose poco a poco.
Le noto remover mis riñones
hinchados de alcohol
por las noches de añoranza;
no le importa lo que sienta,
pero sabe que entonces mi cuerpo es débil
y puede ser suyo.
Le noto apretar mi garganta por la noche
mientras lloro,
y mi respiración se corta
igual que sus uñas arañan mis antebrazos
y los tiñen de sangre.

Si me miro al espejo, le veo.
Está en mi propio rostro
cuando mis ojos se vuelven rojos,
mi cuello se retuerce una y otra vez
como un tornillo que gira y gira,
de mis labios magullados
salen larvas, que son moscas,
que me comen poco a poco
mientras la mugre crece por mi piel,
por mi pelo, por mis dedos,
por dentro de mis huesos.
Está en mis hombros,
pisándolos, lamiéndolos, royéndolos,
cargando peso sobre ellos
para hundirme más y más.
Está en un torso que no reconozco
como mío.
Mi figura se fue deshaciendo,
quizá fundiendo con la cama,
por los pocos rayos que pasan mi ventana
(siempre cerrada, siempre aislado, siempre solo,
si acaso la luna será testigo de que he vivido,
aunque a nadie le importe)
o puede que la dejara en alguna parte,

no lo sé. Ya me da igual.
Se perdió el dulce chocolate,
ahora soy amargo.

Cuando no hay nadie, sale de mí y me habla.
Me dice que, cuando muera,
saltará a la comba con mis venas
sobre mi tumba.
Que no descansaré nunca
porque ya viví cansado en vida
y que la tierra me escupirá
como la papilla que un niño
no quiere comer.
Mis huesos serán mausoleo
de la podredumbre, de ponzoña,
algo así como un recordatorio
de qué camino lleva a la ruina.
El demonio quemará toda mi ropa
(ya apenas la uso)
borrará todos mis contactos
(ya nadie me llama de todas formas)
y me arrancará los dedos
para que nunca estas manos
vuelvan a escribir sobre la felicidad
(ya no recuerdo qué significa esa palabra)
Lo admito:
hay días en los que todo eso suena mejor
que el olvido
y estoy harto de fingir lo contrario.

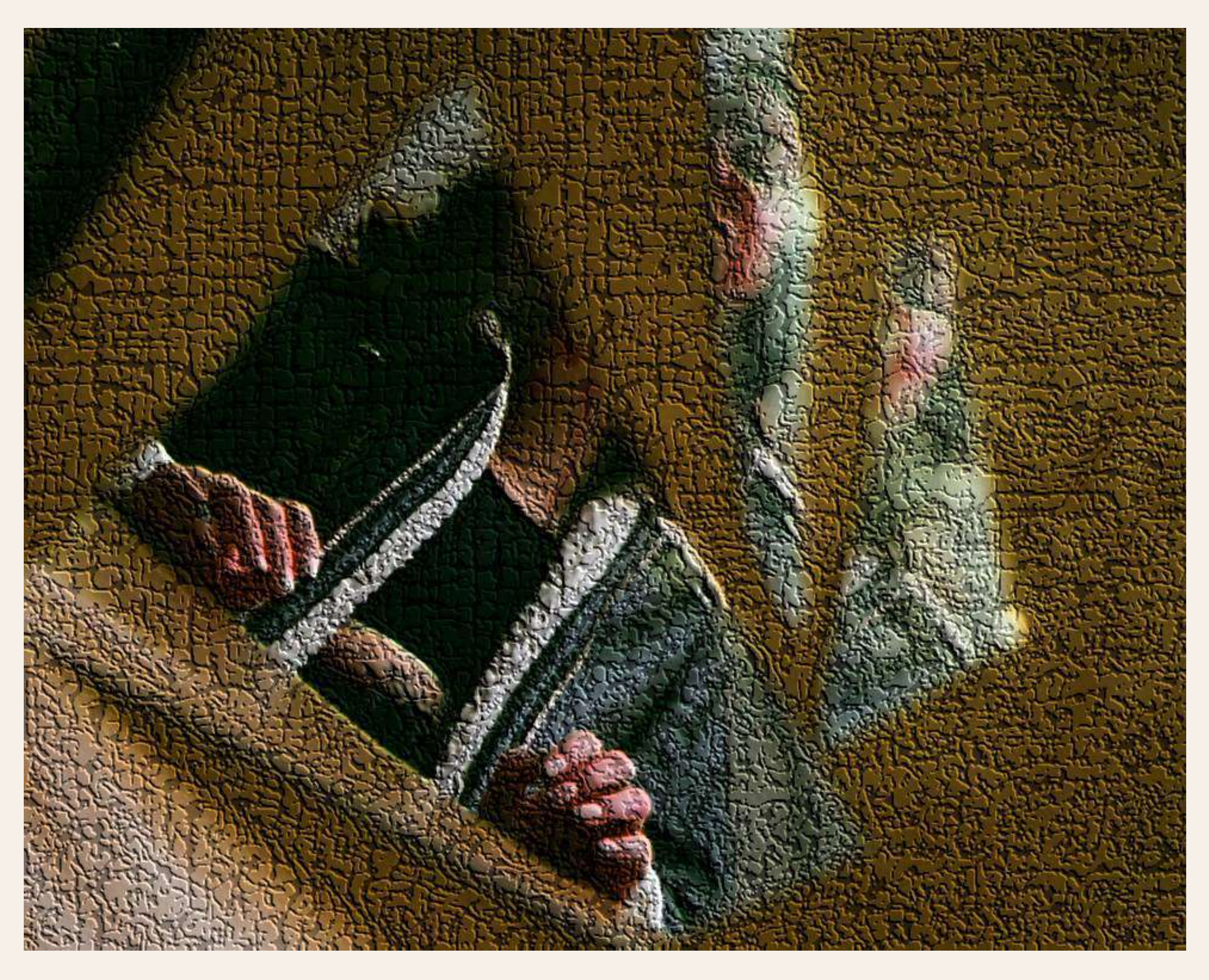
Me duermo todas las noches
con el sonido de sus garras
afilándose.
Casi pareciera metal,
dos cuchillos que chocan entre sí,
pero resuena algo orgánico,
como si fuera hueso.
¿Serán mis huesos los que ha robado
para matarme con ellos cada noche?

¿Seré yo parte
de mi propio asesinato?
Deja marcas sobre todo mi cuerpo
para controlar a su presa.
Tatúa su nombre en cicatrices
y me arranca la lengua para que no hable;
disfruta con mis gimoteos
y odia que intente racionalizar el dolor.
Ya no descanso
ni río, ni sufro. Quizá por eso mismo;
¿qué vitalidad puede tener
un cuerpo apenas vivo?
No obstante, lo peor pasa por el día.
Sus garras estiran mis labios
hasta sangrarme una sonrisa de ellos.
Me tira del pelo hasta arrancarme unos pocos
y controla mis pasos, mis manos,
mis movimientos.
Soy un Pinocho al que solo le crecen los miedos
mientras le cercenan la esperanza.

Le han dado como nombre
a mi demonio Depresión.
Como todo demonio,
había escuchado mil nombres suyos:
Tristeza, Pereza, Estrés,
Necesitar unas Vacaciones,
Desamor, Inutilidad, Molestia,
pero nunca Depresión.
Es un nombre que le pega
y a mí nunca se me habría ocurrido.
Se lo he dicho hoy y me ha mirado
—ojos muy abiertos—
y me ha sacado varios dientes de un puñetazo.

Hoy, antes de dormir,
he dejado las persianas abiertas.
Sé que el demonio no se irá
en lo que queda de día
(ojalá),

pero quizá lo haga mañana,
o pasado.
Tengo miedo de que nunca se vaya
y siga comiéndose mis pies
y escupiéndolos por placer,
pero quiero confiar.
Esta noche me abrirá en canal
y devorará toda mi energía
como un lobo caza un conejo;
esta noche se beberá mis lágrimas de sangre
mientras me lloran las muñecas;
esta noche sufriré, y la luna será testigo
de que hoy sigo a su merced,
pero quizá,
(ojalá, por favor)
(sé que sí, confiaré)
quizá mañana ya salga el sol.



Fotografía de Антон Жук, 2021

Espejo

Jorge de León

Guatemala

Facebook: Jorge de León

Despojado con la epidermis vibrando,
Percibe impuro organismo profano,
Horror en espejo al estarse mirando,
Tristemente no se califica humano.

Espejo refleja lapsos de conmoción,
Despilfarrados en entrañas de la maldad,
Frunces feos en faz, entidad y corazón,
Bazofia su cuerpo hoy en realidad.

Roña de su entidad fruto del abuso,
De vicios e impurezas contra su ser,
Ser lóbrego, expulsando asco profuso,
Piel árida sin anhelo de renacer.

La epidermis muy frágil y desgarrada,
Con copiosas cicatrices imborrables,
Y la figura delgada y encorvada,
Contusiones acerbas e incontables.

Cuerpo de horror en suelo postrado,
Lesiones pretéritas y escondidas,
Aspecto absolutamente trastornado,
Con pupilas de color sangre encendidas.


Galería



Ecosistema del gobierno oculto

Russbelt Guerra

Art Limited: russbelt

Técnica: Mixta sobre madera
Medidas: 140 cm. x 140 cm.
2023, Perú

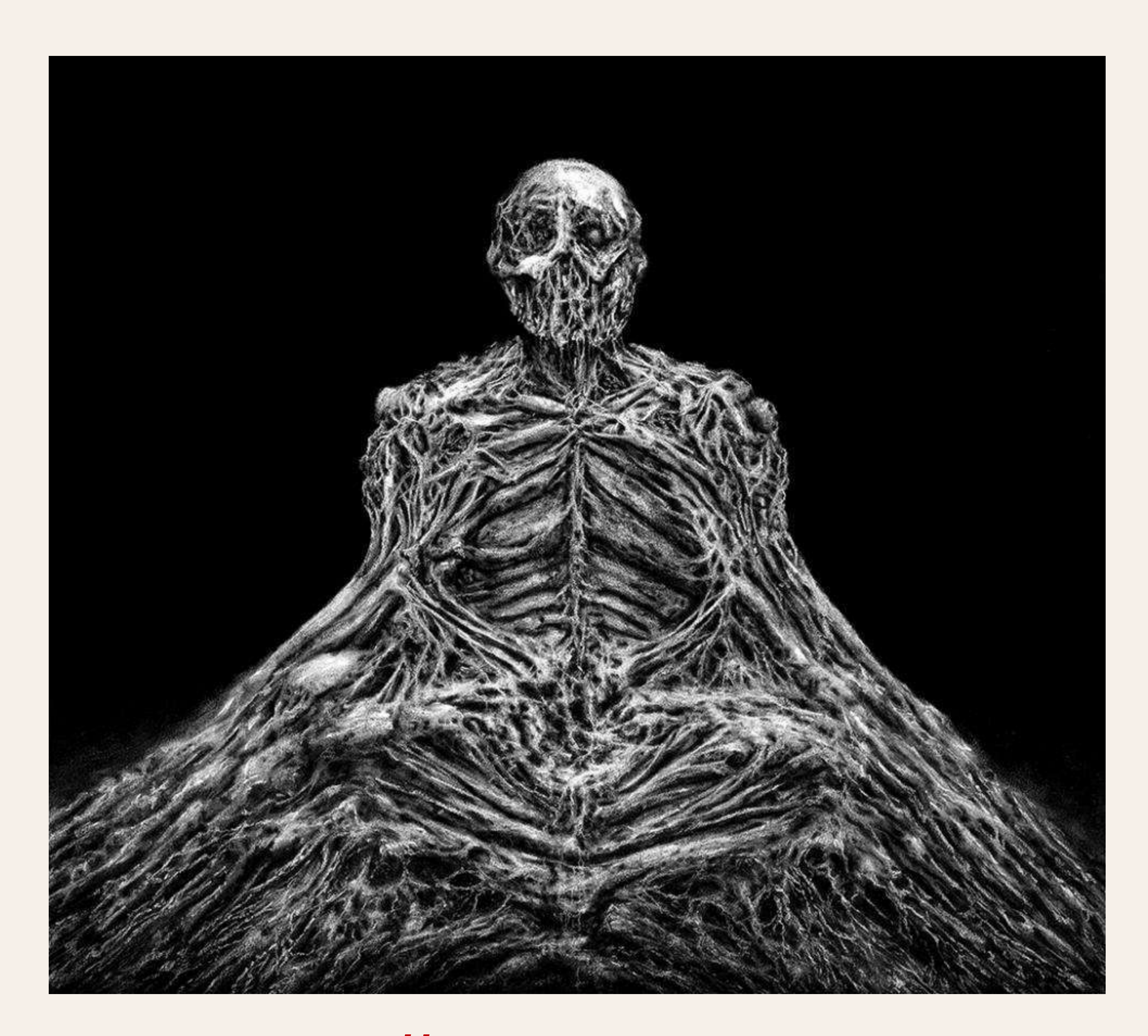


Féminas 2

Gilberto Bustos A.

Wixsite: Gilberto Bustos A. obra gráfica

Técnica: Plumilla
Medidas: 70 cm. x 50 cm.
2023, Colombia



Vortex Entity #2

Giancarlo Melgar

Instagram: @giancarlomelgarn

Técnica: Lápiz Pitt Pastel Blanco sobre cartulina negra
Medidas: 29,5 cm. x 41,5 cm.
2023, Perú

Revista Retazos de Ficción
No. 1: Body Horror

www.retazosdeficcion.blogspot.com
X: @RevRetazosFic
Editora: Egeria Hipona
Costa Rica, 2023